

Bogotá cuenta

HISTORIAS DE A PIE



“Un escritor es quien tiene el extraño y sutil poder de *comparar, distinguir y comprender* para *crear*, de tal manera que no confunda la luz con su brillo, ni exima a la semilla dulce de dar frutos ácidos, y entienda que, como decía Dante, una espada puede cortar más que cuatro”.

ISAÍAS PEÑA GUTIÉRREZ

“Todo escritor debe ser un poeta que juega con los múltiples sentidos de las palabras y construye a partir de ellas mundos que nos enseñan a ver la realidad con otros ojos. Para mi, la escritura es una artesanía que demanda oficio, pero también es cierto que el oficio se aprende y cuando el artesano logra ponerle alas a las palabras, ellas se elevan y logran el ámbito poético”.

AZRIEL BIBLIOWICZ

“Un escritor es, en primer lugar, alguien que desea contar algo. Que su vida solo tiene sentido si lo cuenta. Pero, además, es alguien que tiene la voluntad y la persistencia suficiente para conseguir que la escritura sea el centro de su existencia”.

ROBERTO RUBIANO VARGAS

“Un escritor es una persona que ha decidido que debe, a través del lenguaje, reconstruir estéticamente el mundo en que vive.

Puede ser escritor o escritora sólo quien tenga la obstinación suficiente para dedicarse a la tarea de descubrir las oscuridades del mundo para contarlas, porque la literatura, o la buena literatura, para mí, muestra siempre lo que no queremos ver”.

ALEJANDRA JARAMILLO MORALES

“Nadie es un escritor. Es decir, solo se es escritor mientras se escribe y mientras se lee. El resto del tiempo uno hace lo que puede, vive, mira el mundo, trabaja, tiene hijos, vela muertos, como cualquier hijo de vecino. En ese sentido, cualquiera puede ser escritor. Es un oficio democrático y barato. Al alcance de todos”.

JUAN CÁRDENAS

“Supondría, en una concepción amplia de escritor, que mucha gente escribe. Pensemos entonces que todo el mundo tiene el derecho. De todas maneras uno recuerda a Truman Capote quien dijo que al escritor se le concede un don y también un látigo (...). Claro, ser escritor implica un descolocamiento perpetuo”.

ROBERTO BURGOS CANTOR

“El escritor es una extraña
criatura que combina la disciplina
con el desorden propio de la
imaginación y el acto creativo.
Un desordenado psicorrígido,
un demente con un cable a tierra”.

MELBA ESCOBAR

Bogotá cuenta

HISTORIAS DE A PIE



Alcaldía Mayor de Bogotá

Gustavo Petro Urrego

Alcalde Mayor

Secretaría Distrital de Cultura,
Recreación y Deporte

Clarisa Ruiz Correal

Secretaria de Cultura, Recreación y Deporte

Dirección de Lectura y Bibliotecas

Jerónima Sandino

Directora

Instituto Distrital de las Artes — IDARTES

Santiago Trujillo Escobar

Director General

Bertha Quintero Medina

Subdirectora de Artes

Valentín Ortiz Díaz

Gerente del Área de Literatura

Paola Cárdenas Jaramillo

Profesional especializado

Javier Rojas Forero

Profesional universitario

Carlos Ramírez Pérez

Profesional universitario

Alexander Caro

Contratista

Mariana Jaramillo Fonseca

Contratista

Isabella Bolaños

Contratista

Todos los derechos reservados. Esta obra no puede ser reproducida, parcial o totalmente, por ningún medio de reproducción, sin consentimiento escrito del editor.

Cámara Colombiana del Libro

Enrique González Villa

Presidente

Adriana Martínez Villaba
Directora Feria Internacional
del Libro de Bogotá

Giuseppe Caputo
Coordinador Cultural

Dominique Lemoine
Coordinadora de Comunicaciones

Primera edición: Bogotá, diciembre de 2015

© De los autores

© De la edición:

Instituto Distrital de las Artes - IDARTES.

www.idartes.gov.co

ISBN digital: 978-958-5487-29-1

Marta Orrantia
Edición

Alberto Sierra
Fotografía

La Silueta
Diseño gráfico

Conversión a ePub

Manuvo Colombia SAS/ Mákina Editorial

<https://makinaeditorial.com/>

Bogotá cuenta

HISTORIAS DE A PIE

ÍNDICE

Prólogo

Un escritor, ese animal extraño

Marta Orrantia

Telares del lenguaje (anotaciones al aire)

Juan Manuel Roca

POESÍA

Cerradura

Avril Esnehyder Cotacio

Entrevista a Avril Esnehyder Cotacio

Hálito abortado

Angélica Rodríguez

Identidad

Claudia de Greiff

Ronda fantasma

Leidy Urrego Martínez

Sueño de una escritiente

Camila Becerra Plata

CRÓNICA

Ay sí, papi, qué rico

Natalie Sánchez

El pabellón de los olvidados

Jorge Alejandro Ruiz

Entrevista a Jorge Alejandro Ruiz

La chaza y el chocho

Sergio Enciso Marín

Las bogotanas que no tragan entero

Raúl Piamonte Peña

NOVELA

En la hora del juicio (fragmento)

Aura Salazar Alba

Entrevista a Aura Salazar Alba

CUENTO

Luna bordeando la isla

Daniel Méndez Bernal

Entrevista a Daniel Méndez Bernal

Cita de las 5:00 p. m.

Fernando Guevara

El cazador de hombres

Ismael Alexander Yepes Orduz

El cuaderno de urbanidad

Jota Jota Muñoz Cárdenas

Entrevista a Jota Jota Muñoz Cárdenas

El prestigio de la inocencia

Zue Quintana

La peregrina

Carmen Luisa Castro Carvajal

Entrevista a Carmen Luisa Castro Carvajal

La tintera

Juan Carlos Delgado A.

Marieta: la sirena de los labios encantados

Dayana González Fajardo

SOS

Giovanni Bautista Henao

Un cuento color ratón

Juana Carolina Villa

Epílogo

Hay que romper la maquineta

Entrevista con Federico Falco



Un escritor, ese animal extraño

Prólogo

A veces pensamos que un escritor es un ser raro, que se pasea con aire de suficiencia, lleva un monóculo en el ojo izquierdo y una flor de papel en la solapa, y va a la medianoche a los cementerios a recitarle sus obras a los muertos.

También podemos suponer que un escritor es un ratón de biblioteca, que se recluye en los libros para no tener que hablar con la gente y que, cuando lo hace, usa un vocabulario tan incomprensible que pareciera hablando en chino.

O una especie de iluminado, tocado por los dioses, que levita en lugar de caminar y que recibe su inspiración en momentos de trance, tan infrecuentes como perfectos.

Pues bien, un escritor no es nada de eso. Simplemente es un contador de historias.

Y los contadores de historias vienen en miles de envases, tantos como historias hay en el mundo. Los hay jóvenes y viejos, los hay zapateros, plomeros, carpinteros, historiadores, periodistas, médicos y, por qué no, hasta escritores.

Lo cierto es que todos tenemos una historia que contar. Una historia que nos apasiona, que nos obsesiona, que nos aterroriza, que nos divierte. Una historia que oímos de nuestros abuelos, o que nos ocurrió a nosotros, o que nos contó un desconocido en un bar.

Pero no nos hace escritores el solo hecho de poseer una historia. Un escritor debe narrarla y ahí puede decirse que está el secreto.

Porque para narrarla no se necesita ser un excéntrico, ni un genio. Ni mucho menos. Se necesita disciplina, obsesión, un poco de osadía y una enorme capacidad de disfrute.

La disciplina es la capacidad de leer y de escribir, y de tirar todo a la basura y de comenzar de nuevo. Se trata de no rendirse, porque las buenas historias nunca se escribieron por inspiración divina, sino que necesitaron de unas largas horas de trabajo y dedicación.

La obsesión viene de convivir con la historia que queremos contar. Aprendemos a querer a sus personajes, la pensamos, la repensamos, la odiamos, la amamos y en algún momento tenemos que contarla, porque si no corremos el riesgo de reventar.

La osadía, por supuesto, es asumir que esa historia es digna de ser contada, que no es nuestra sino que les pertenece a los lectores y que tenemos el valor de ponerla por escrito para que obsesione a los demás como lo hizo con nosotros.

Y finalmente el disfrute, porque el ejercicio de escribir es, ante todo, un placer. Libera, sana, entretiene.

¿Quién es, entonces, un escritor?

Aquel que tiene una historia y que es capaz de narrarla. Eso es todo.

¿Se puede aprender esa disciplina, esa obsesión? ¿Puede una persona que no es versada en las letras, es decir, una persona corriente, convertirse en un escritor?

La respuesta está en estas páginas, y es claramente un sí.

Los hombres y las mujeres que hacen parte de esta antología, tienen una sola cosa en común: todos y todas han sido parte de los talleres de Idartes. Y comparten otra cosa: todos y todas han logrado crear una obra hermosa, llena de emoción y divertida de leer.

Es decir, se han convertido en escritores.

Así provengan de diferentes disciplinas –como las entrevistas que responden y sus biografías lo atestiguan–, así no tengan como oficio principal la escritura, así nunca más (algo que dudo) vuelvan a escribir una línea, gracias a los talleres se convirtieron en escritores.

Pero además se convirtieron en lectores. Esa es, tal vez, la más maravillosa enseñanza que pueden recibir. Encontrar en las palabras la posibilidad de aprender, de entender, de descubrirse, de reír, de llorar, de pertenecer. Quienes leemos, sabemos que nunca más estaremos solos. Sabemos que hay miles de caminos en la vida y queremos emprenderlos todos. Quienes leemos, somos tolerantes con las diferencias, sentimos curiosidad por el mundo y, en general, poseemos mejor sentido del humor porque somos más felices.

Quisiera pensar que este libro es eso: una forma de dar felicidad. Un rato de placer. Que podemos leer sobre un crimen que se cometió en México, o sobre unas mujeres que no paran de comer, o sobre un niño que recibirá un castigo ejemplar, o sobre una chica que colecciona besos, y que en cualquiera de estas historias encontramos, de la mano de sus autores, el enorme disfrute de dejarnos llevar a mundos maravillosos y conocer personajes entrañables, de los que nunca nos vamos a olvidar.

Marta Orrantia

Telares del lenguaje

(anotaciones al aire)

Juan Manuel Roca

Taller de Lectura

Para mi resulta una actividad casi patibularia tener que expresarme alrededor de un tema con este nombre tan poderoso y tan aterrador como “La creación”. Creo que sobre la creación es muy difícil hablar y es mejor, generalmente, en la andadura de lo que uno va escribiendo o intentado escribir, plantearse muchas dudas sobre lo que significa eso del asunto creativo. Es un tema que se aborda casi de manera privativa en los talleres. ¿Cómo crear una obra? ¿Cómo realizarla? , en este caso, a partir de las letras.

Hay muchas divergencias. Una de ellas afirma que a escribir no se enseña y muy posiblemente puede ser cierta. Otra expresa de una manera más humilde que deberían llamarse, en lugar de talleres de escritura, talleres de lectura, pues quien quiere ahondar en una poética o en una escritura necesita como equipaje el diálogo con la tradición literaria. Tomaré la poesía como un epicentro de todas las artes escritas, casi para decir que donde no hay poesía difícilmente hay arte, se trate de la música, la plástica , el cinematógrafo o por supuesto las letras.

Quienes afirman de una manera tan contundente y cerrada, “que no se enseña a escribir”, podrían tener en parte razón, siempre y cuando uno no atraviese un palo en el camino de esa verdad unívoca. Posiblemente a escribir no se enseña; pero a leer y a apreciar el hecho estético, sí. Esto

resulta algo fundamental para la búsqueda de una escritura personal. Es impensable que un pintor, un poeta, un narrador, no haya reflexionado sobre el ejercicio de la literatura, y fundamentalmente que no mire por un espejo retrovisor lo que ese largo camino pedregoso de las letras nos ha proyectado, y muchas veces acompañado para siempre. Es una cosa conmovedora pensar, por ejemplo, que en el cielo hay miles de estrellas muertas hace miles de años y que las seguimos contemplando. Y que también existan miles de poetas muertos que nos siguen acompañando. Hay que conocer la tradición, pero no desde un carácter mimético, ni por supuesto iconoclasta, pero hay que hacerlo para no repetir lo que ya está bien hecho. Ese es el sedimento fundamental de un taller de lectura que propicie a su vez la escritura. Creo que a mejores lecturas necesariamente se mejora la escritura. Y que si hubo una niñez de la pintura que pudo ser la expresión del hombre en las cuevas de Altamira, repetirlo no tendría sentido. Para no repetirlo lo mejor es conocerlo e ir al encuentro de la propia voz. A contravía de muchos que creen que el enseñar diferentes poéticas, autores, movimientos, podría propiciar un carácter mimético. Pero quien no tiene influencias es un primitivo. Son precisamente las influencias decantadas las que sirven para una andadura personal, para encontrar filias y fobias necesarias. Sin que tenga un rango de fórmula matemática, a mejores lecturas, en este caso de poesía y literatura, se mejora la escritura.

Este sería un primer estadio de un taller. La lectura de algunos poetas y momentos de la lírica contemporánea, por una parte, y de algunas teorías literarias, así como una serie de ejercicios de imaginación, colectivos o individuales, que logren propiciar textos por parte de los integrantes del taller para entrar a mirar sus aspectos formales, que engloban las nociones de ritmo, de imagen, de conciencia crítica y de ascetismo del lenguaje.

Algunos caminos

Un taller de poesía o de literatura, debe fomentar dos estadios: el de las lecturas de críticos y teóricos de diversas tendencias, épocas y culturas, y el de la creación individual que enseña a traducirse a sí mismo. Un taller debería propiciar la idea de que casi siempre resulta más importante la mano que borra que la mano que escribe, pues esta lo hace “en caliente”,

bajo la emoción o el sentimiento, y entra a reflexionar, a crear una suerte de “aduana del pensamiento” tras la primera escritura. Ejercicios de traslado del lenguaje denotativo al lenguaje connotativo propio de la poesía, realización individual de, por ejemplo, un *cut-up* que estimule al encuentro de una materia poética en donde aparentemente no lo hay, como los periódicos, las revistas de moda, los clasificados, la crónica roja y hasta los obituarios. La apreciación del poema en prosa y de otros asuntos, propios de la poesía contemporánea dan paso a reflexiones y autoanálisis, de lo escrito por los integrantes del taller. Se trata también de fomentar lectores avezados y sensibles, que a su vez puedan trasladar a sus propios escritos esa misma sensibilidad y rigor.

Hay muchos aspectos que podríamos tratar sobre la creación literaria y la creación poética: repetir que en esa teoría general de las artes el epicentro es la poética y cuando digo la poética me refiero no solamente a Platón o Valéry, Auden, Reverdy, a las agudas reflexiones de Pound, Bachellard, Beguin o Henry David Thoreau. A muchos de los que han reflexionado sobre ese tema cenital, de preocupación de todas las artes que es la poesía. En todos ellos hay al menos un atisbo de grandes verdades estéticas. En el arte eclecticismo es belleza, no hay una verdad unívoca para tratarlo. Uno de los elementos importantes para crear una poética tiene que ver también con la apreciación de las otras esferas de las artes y uno de esos ingredientes me parece fundamental tanto para la poesía como para la narrativa: el poema en prosa. Ese carácter liberatorio de los géneros que se inaugura a partir de Baudelaire y antes con Aloysius Bertrand en su *Gaspar de la noche*. El poema en prosa, es una oscilación o una yunta, una mezcla feliz entre el contar y el cantar que por no privilegiar el canto propio de la lírica ni el cuento propio de la narrativa, hace una fusión para que esos dos lenguajes se hermanen. Si hay dos lenguajes siameses en las letras son fundamentalmente el del cuento y el de la poesía, por el ascetismo del lenguaje, porque no se pueden permitir tiempos muertos como puede ocurrir en la novela, aún en la mejor novela; aún en Joyce hay tiempos muertos en los cuales no pasa absolutamente nada y sin embargo se puede tratar de una gran novela. Ni la poesía ni el cuento se pueden permitir esos tiempos muertos. Para la creación de un hecho estético creo que hay que

recorrer muchas lecturas, muchas reflexiones, y por supuesto, mucha escritura, antes del hallazgo personal.

Cuando decía o anunciaba de una manera simple, muy genérica, la idea de que es más importante la mano que borra que la mano que escribe, entran a conjugarse muchas preocupaciones estéticas que recorrieron muchas premisas del siglo XX, por ejemplo la teoría de Max Bense y algunos de los dadaístas que decían que poesía es cuando dos palabras se encuentran por primera vez. Con esto liberaban la carga excesivamente cartesiana, racional, de la poesía francesa, para auspiciar la aparición de una especie de poética que antecede al surrealismo, la aceptación de que el inconsciente puede participar de la creación. Y si bien es cierto que el inconsciente, el rapto poético, la intuición, que Rilke llamaba el *ángel*, que García Lorca llamaba el *Duende*, que Aloysius Bertrand llamaba el *demonio*, que Robert Graves llamaba la *Diosa blanca* y que podría ser la musa de los antiguos augures, tiene que ver con el rapto poético. Con la sin razón de la escritura automática de los surrealistas, que pronto se saturó.

Hay un manifiesto posterior a los de los surrealistas, el de Dylan Thomas, que decía que está bien la irrupción del inconsciente, siempre y cuando esto pase después por una especie de aduana del pensamiento, es decir, por la reflexión. Con esto se reincide, una vez más, en la mano que borra como algo más importante que la que escribe: la que escribe lo hace desde el palpito de la inmediatez. Ahí se queda atrapada también, por otras vías, la poesía conceptual. Concepto que no se vuelve materia poética no pasa de ser un concepto. Y, por supuesto, ahí se queda atrapada también la esfera de lo sentimental, que es uno de los peores dictados para la poesía porque la gente piensa que todo el que siente puede expresarlo de manera estética.

Ahora, lo que uno escribe no existe sino cuando habita en el otro. El verdadero hecho estético no está en la configuración ni en la realización de un texto, sino cuando de verdad habita en alguien, inclusive como discusión, como debate y no sólo como comunión.

Creo que un ingrediente importante en un taller de creación tiene que ver precisamente con la interlocución. Mi generación, por ejemplo, se formó de manera individual. Había decenas de personas que pensaban que

se estaban haciendo únicamente ellos una pregunta sobre la creación, porque no había interlocución, y era una pregunta que se hacía cualquiera que tuviera una mediana sensibilidad. Un taller me parece que lo que fomenta es precisamente esa interlocución, ese mestizaje, ese cruce de ideas. La frase de Rimbaud que ha hecho tanta carrera, *yo es otro*, lo que traduce precisamente es que la más alta creación es aquella que no habita privativamente en un hombre sino también en los demás, la eliminación a veces de un yo individual para dar paso a un yo colectivo. Me parece que ahí entra la poesía a cumplir un papel social sin necesidad de lo imperioso de un asunto programático.

Generalmente la literatura que se ha metido en la novela de tesis y en lo programático no ha dejado muy notables ejemplos, y eso tiene que ver mucho también con que una verdad mal dicha se vuelve mentira, así como una ficción bien elaborada tiene un rango estético que la hace verdadera, y por eso es verdadero Hamlet, por eso es verdadero Don Quijote, por eso es verdadero el señor Montag del *Fahrenheit* de Bradbury: Son verdades estéticas surgidas de la imaginación, que es a lo que más aspira un creador. En esa línea de lo programático siempre hay equívocos; uno cree a veces estar expresando algo que no está expresando. Es como si hubiera tres instancias de la escritura. Una, lo que se escribe. Otra, lo que se cree haber escrito, y otra, lo que verdaderamente se ha escrito. De ahí, por ejemplo, lo sucedido a Nikolai Gogol cuando escribe *Almas Muertas*. Cuando llegan a decirle que él ha hecho la demolición del zarismo, el primer preocupado, inclusive molesto, fue él que se creía zarista. ¿En qué momento esos tres estadios: el de lo que escribió, el de lo que creyó escribir, redundan en el tercero, lo que verdaderamente escribió? ¿Cómo hay un grado de fantasmalidad en la escritura y en la creación, algo que señala muy bien Ernesto Sábato en *el Escritor y sus fantasmas*, que elude la excesiva idea racional y tiene que ver precisamente con la aparición de esos elementos incontrolados que llevan en todas las grandes artes a expresar cosas que no creía haber expresado su autor?

En el telar del lenguaje

Creo que fundamentalmente uno de los temas, más que tópicos, que deberían ser una preocupación clara de los talleres, es el del lenguaje, por esa misma vigilancia que debe haber entre lo que se dice y lo que se creyó decir. ¿Cómo buscar la palabra justa en el inmenso pajar del lenguaje, cómo buscar la palabra que resulte precisa? Yo pienso, con todo respeto, que esto no ocurre, por ejemplo, en buena parte de la narrativa colombiana que a veces desdeña el lenguaje o que está montada en una de tres vertientes, un lenguaje sociologizante, uno historicista o uno periodístico, y no propiamente del mejor periodismo. Lo anterior no se da por supuesto en los narradores de un mayor voltaje poético. Un ejemplo, quizá el más evidente, es el de la escritura de Juan Rulfo. El narrador mexicano atraviesa estos tres lenguajes sin caer en ninguno de ellos. Él traza unos cuadros de la sociedad mexicana, de la época de los cristeros o de la revolución, y no hace costumbrimos ni sociologismos. Al mismo tiempo señala la historia desde la cultura Nahuatl en adelante, y no hace historicismo. Por otra parte, emplea un lenguaje coloquial, de cosa hablada pero en ningún momento es un lenguaje elemental. Tiene una exigencia de lo oído, algo fundamental a la hora de la escritura. “Escribir es escuchar”, decía Denise Lebertov. Las definiciones que hay sobre la poesía en su mayoría se contradicen pero todas, en buena medida, están en lo cierto. Me seduce la idea de Henry David Thoreau. En su libro *Escribir*, que es un pequeño volumen muy recomendable, afirma que la poesía es la salud del lenguaje. En este aserto parece estar de acuerdo con Gottfried Benn, que decía que hay dos tipos de lenguajes predominantes en la vida: uno que es el de emergencia, que nos sirve para pedir una cerveza o para saludar al amigo; y otro que es el de la lengua habitada y esencial. Esto muchas veces se da de manera natural, casi sin el autor saberlo. Es el “no saber sabiendo” de San Juan de la Cruz. De ahí la sorpresa de quien al terminar un texto se diga al leerlo: no sabía que sabía esto.

De la metáfora y la poesía visual

Parece ser que para que haya una poética de lo visual deben existir dos estadios: el natural y una suerte de sobrenaturaleza creada por el hombre. Pierre Reverdy, el poeta, dice que en la naturaleza no hay imagen, que es el

hombre quien la crea. Pero aún no sabemos si la rosa disfruta de su olor, si hay paisajes que se piensan a sí mismos, si el árbol no sabe de su condición vegetal.

Creo, entonces, que para hablar de lo que quisiera llamar la poesía de lo visual, habría que partir de dos vertientes, la que enlaza de nuevo al escindido hombre con la naturaleza, y de ésta como una entidad dialogante. No es exagerado, para quien cree en la poesía como centro visual, aceptar que algún emperador chino, un buen día al amanecer, le dijera al más dilecto de sus pintores cortesanos que suprimiera de su cuadro una cascada, pues el ruido de agua cayendo no lo dejaba dormir. ¿Cómo ese emperador chino podría ponerse de acuerdo con Jonathan Swift cuando éste decía que la “visión es el arte de ver las cosas invisibles”? ¿y en este caso imperial, de oír las cosas inaudibles? Me atrevería a decir que ocurre gracias a un entronque donde la poesía, es decir, no el falso esteticismo sino la esencia de las cosas, se materializa en el arte de ampliar la realidad, esa palabra que al decir de Vladimir Nabokov siempre debería ir entre comillas. Lo que se hace visual en el poema, muchas veces es el entrecomillado de la realidad, su manera de plantear dudas como certezas y certezas como interrogación. “El ojo no es ojo por mirado sino ojo porque nos ve”, decía el poeta Antonio Machado. La metáfora, el pensamiento analógico nos permite evadir el más craso naturalismo. Esta se da al decir de Pierre Reverdy por la unión de dos extremos, de dos realidades distantes. Así, Luis Vidales compara al mar con una carpintería, por la gran cantidad de madera que este arroja desde su garlopa secreta en las playas del mundo. Y allí, de la metáfora que en griego quiere decir traslado, transporte, llevar de un lado a otro, de una realidad a otra, nacen nuevas realidades.

Hay metáforas vivas, visuales, que le dan nacimiento a nuevos mundos y las hay en el habla, en el lenguaje común. Una noche de desvelo, realicé un prontuario de metáforas congeladas en el habla; decía de esta manera:

El brazo del río jamás esgrime espada.

Los dientes de ajo no comen duraznos.

El ojo de agua desconoce el monóculo.

El cuello de botella no porta collares.

La oreja del pocillo no escucha a Beethoven.

Las manecillas del reloj no usan guantes en invierno.
Los durmientes del ferrocarril no se despiertan a su paso.
Las palmas de las manos no dan dátiles.
La luna de miel no atrae a las moscas.
Las cabezas de fósforos no tienen aureola aunque alumbren como santos.

El lomo del libro no recibe latigazos.
La garganta del desfiladero no teme al mordisco del vampiro.
La calle ciega no necesita lazareto.
La silla de brazos no es pródiga en abrazos.
El ojo de la cerradura no duerme de noche.
El ojo de la aguja ni siquiera pestañea.
La luna del espejo no altera sus fases.

Y sin embargo, cuánta poesía visual hay en la expresión brazo de río o dientes de ajo, ojo de agua o cuello de botella, oreja de pocillo, manecillas del reloj, lomo de libro, calle ciega, silla de brazos, garganta del desfiladero.

Todas esas metáforas congeladas en el habla muchas veces las usamos y pensamos que es un lenguaje diferente al de la escritura. Creo que hay que tener una vigilancia particular para darse cuenta de dónde viene el lenguaje. Los académicos, siempre a contravía de la belleza, lo llaman catacresis, espantosa palabra que señala cómo usar una figura retórica para designar una realidad que no tiene un término específico.

Vuelvo al comienzo para preguntarme y preguntarnos cómo crear, cómo realizar una obra. Tal vez sólo quede agregar, sin ceder al canto de sirenas de la época, que antes de cualquier inicio artístico se lo señala como un rotundo fracaso, que los caminos de la creación literaria son múltiples y se transitan mejor en compañía.

A manera de colofón un poema que habla, precisamente, de mi visión de la poesía.

Poética

Tras escribir en el papel la palabra coyote
Hay que vigilar que ese vocablo carnicero
No se apodere de la página,

Que no logre esconderse
Detrás de la palabra jacaranda
A esperar a que pase la palabra liebre y destrozarla.
Para evitarlo,
Para dar voces de alerta
Al momento en que el coyote
Prepara con sigilo su emboscada,
Algunos viejos maestros
Que conocen los conjuros del lenguaje
Aconsejan trazar la palabra cerilla,
Rastrillarla en la palabra piedra
Y prender la palabra hoguera para alejarlo.
No hay coyote ni chacal, no hay hiena ni jaguar,
No hay puma ni lobo que no huyan
Cuando el fuego conversa con el aire.

Nota

Esta charla se dictó en la Biblioteca Luis Ángel Arango el miércoles 29 de julio en la apertura de la tercera edición de la Red de Talleres Locales de Escrituras Creativas – Escrituras de Bogotá de la Gerencia de Literatura del Instituto Distrital de las Artes, Idartes.

POESÍA



Cerradura

Avril Esnehyder Cotacio

Inmóvil

Prostituta de ladrones

Esclava de trompetas y violines

Pequeña

Esperanza del culpable,

Alegría de los perdonados

Guardiana

Horizonte de matronas con delantales de música,

Compañera de mezquinos y de viejos solitarios

Que escriben testamentos para no morir.



Avril Esnehyder Cotacio. Nació en Guacarí Valle. En 1995 inició estudios musicales en la Casa de la Cultura de Calarcá, donde tuvo su primer acercamiento con la literatura a través del colectivo Luna Nueva, dedicado a la lectura de poemas de diversas corrientes literarias. En 2004 ingresó a la licenciatura en Música de la Universidad Pedagógica Nacional, donde escribió “Por los Caminos del Quindío”, antología de obras para banda de viento, como parte de su trabajo de grado. En 2014 fue seleccionada por la Gerencia de Literatura de Idartes para participar del taller de escrituras creativas denominado “Para Romper los Puntos Cardinales”, dirigido por el poeta y escritor Henry Alexander Gómez, del cual surgieron composiciones como “El último viaje”, “Cerradura” y “Bagatela para clarinete”, entre otras.

Entrevista

Avril Esnehyder Cotacio

¿Cómo surgió la idea del proyecto?

Surgió a partir del gusto por la escritura y el sentir de que podía expresar desde la imagen, la metáfora y desde la belleza de las cosas que, de tanto verlas, ya no se ven.

¿Por qué decidió desarrollarlo en el taller de Idartes?

Porque Idartes me ofreció no sólo el espacio, sino también la guía de una persona capacitada, que aparte de herramientas técnicas, nos transmitió el gusto por lo que hacía, por lo que leía. La poesía no se puede enseñar, pero el gusto por ella se puede despertar desde el apreciar y el conocer.

¿Qué herramientas le dio el taller para ayudarla a desarrollar su proyecto?

Además del conocimiento de poemas y narraciones, autores, estilos y herramientas gramaticales, me dio un espacio de encuentro para compartir historias, poesías y diferentes formas de abordar temas que no se me hubiera ocurrido explorar desde la individualidad.

¿Los talleres de Idartes ayudaron a convertirla en lectora?

Creo que ya era una lectora, pero me ayudaron a conocer otros autores y ampliar así mis horizontes e intereses literarios.

¿Le gusta leer?

Me encanta leer y no porque crea que la lectura me transporte a otros contextos, sino porque creo que enriquece el contexto en el que vivo.

¿Qué tipo de libros lee?

Leo poesías, novelas, cuentos y algo de historia y filosofía.

¿Qué relación existe, en su caso particular, entre la lectura y la escritura?

Tal vez un buen lector no llegue a ser un escritor, pero creo que un buen escritor tiene que ser un excelente lector.

Para este texto específico, ¿qué leyó?

Leímos algunos textos de Juan Gelman; a Vladimir Holan, a Octavio Paz, a Giuseppe Ungaretti, Ángelus Silesius, entre otros, que fueron dando forma a construcciones propias y a ejercicios de escritura que aspiran a llamarse poesía y que tal vez algún día lo logren, de ahí la importancia de mantener espacios como los de Idartes, no sólo para el ser, también para el querer ser.

¿Cómo fue el trabajo con el tutor?

Hacíamos lecturas compartidas de diferentes autores y épocas, ejercicios de escritura basados en temas libres o específicos, lectura de trabajos propios comentados por todos los participantes, y asistencia a encuentros locales de escritura, que aportaron mucho para nuestro crecimiento personal con relación a la literatura.

¿Cómo fue el trabajo con sus compañeros? ¿En qué enriquecieron el texto?

Debido a que los textos eran comentados, aprendimos maneras más acertadas de decir las cosas, corregimos errores gramaticales, posibles títulos, cierres, ambigüedades en los escritos y detalles que, sin la ayuda del tutor y los participantes, hubieran pasado inadvertidos.

¿Sigue escribiendo?

Sigo escribiendo, pero he notado que el estar en un grupo no sólo motiva a seguir explorando, también aporta el impulso necesario para continuar.

¿Cree que se puede enseñar a escribir?

Creo que se pueden enseñar herramientas que faciliten la escritura. El resto es bagaje personal y ser capaz de plasmar el mundo interior en textos que transmitan emociones o vivencias.

¿Cree que se aprende a escribir?

Sí. No creo que sea fácil, pero no es imposible. La ventaja es que hay muchos tipos de lectores y en algún momento el texto y el sujeto se conocen para darse sentido mutuamente.

¿Usted es una escritora?

Escritor es un concepto grande para mí, que no tiene una sola definición. Puedo ser una forma de escritora, tal vez no la forma que el común de las personas conoce, pero sí una forma para una forma de lector.

¿Quién es un escritor?

Es quien logra transmitir, no sólo informaciones sino maneras de ver o de sentir a través de un escrito.

¿En qué cambió su vida el haber escrito?

La escritura no cambió mi vida pero sí mi manera de ver la vida, el apreciar cosas que antes pasaban desapercibidas, ver la belleza en dónde otros sólo ven objetos o situaciones. Enriquece la vivencia del presente, es decir, la vida misma.

¿En qué cambió su escritura el haber asistido a un taller?

Cambió en muchos aspectos, gramaticales, de sentido, de forma, de perspectiva.

¿Para qué escribe?

Para acallar la mente que habla a toda hora porque aprecia desde el inconsciente cantidades de cosas que la prisa del mundo moderno no nos deja ver

¿A qué horas escribe?

La escritura no tiene horarios, puede uno sentarse a escribir a media tarde sin que una sola frase venga a la mente y de repente te despiertas a media noche con una frase que necesitas escribir para no olvidar.

¿Cree que cualquiera puede ser un escritor? ¿Qué se necesita para serlo?

No sé si cualquiera puede, pero creo que el que quiera serlo buscará las herramientas y las experiencias que se lo permitan.

Hálito abortado

Angélica Rodríguez

¡Tiemblo de calor!
Una batalla de relámpagos sucumbe el desierto de mi cuerpo
Si sudo, es fuego en condensación.

El ácido corroe los trechos sanguíneos.
Emplomada en nuestra muerte,
La llaga de la vida.

Déjame rasparte la piel
Hasta que trasmigre en arena
Para construir un frasquito de cristal
En el cual poder guardar provisiones para la guerra.

Yo derramaré mi fogosidad en él
Y ésta se hará tuya también.

¡Jamás!, responde él
No prestes la grandeza de mis expectativas
A una muerte tan maltrecha
Como el genocidio sin propósito que significa vivir.

Angélica Rodríguez. De mí sólo hay que saber que no existo, todo lo demás es irrelevante.

Identidad

Claudia de Greiff

Cabalgando hacia el filo del tiempo
En la angustia cósmica
En la cósmica locura SOY.
Yo, en veloz sonido,
Yo, en la luz pálida y rauda
Tangencial a los siglos
Paralela a las épocas.
Como un ebrio muñeco, danzando en el universo SOY
Con el cerebro obnubilado
Mientras la humanidad se multiplica geoméricamente
—aquella multitud, devorándose en el planeta—
En ese mundo de escombros
Reedificado mágicamente
SOY
Una chispa
Un corpúsculo
Una gota
Un ápice
De esa finitud humana
De esa antinomia disfrazada
Espectro de una eternidad voladora
Mientras que se apuntalan de coraje las miradas
Mientras la regresión de los instintos se agiganta
Mientras se curvan otros a mi espalda
SOY

El cansancio atardecido y arrugado
Un grito al infinito desgarrado
Espacio, forma, tiempo, mito,
Grave, insoluto, desangrado
YO SOY, en esencia un ser humano.

Humano ser que sobre mundos inconformes deja huella.

Humano ser, una voz cósmica y eterna.

Humano ser, de senderos inasibles, de luceros y de estrellas.

La identidad monstruosa que se espanta,
Crispando su existencia de nostalgia

YO SOY

El raciocinio endémico

La energía

El fundamento

El hombre vano, inhumano, genérico

El constructor de nuevos calendarios

De futuros y pretéritos.

Sobre mares, desiertos, valles, océanos

Soy barro, soy hambre, soy lumbre

Pueblo entero

Soy una torpe masa de carne, sangre y huesos

Dolor, amor, agonía, deseo, espectro,

Lágrima. Vuelo,

Fuente de todo pensamiento.

Acecho, sueño,

Y las contradicciones ardiendo en el cerebro.

La cadena de todos los placeres y las súplicas.

La entraña palpitante

El gesto insuperable

SOY, el sueño, de un ensueño, sin ensueño.

Claudia de Greiff. Poeta de corazón. Comunicadora Social de profesión. Especialista en Comunicación y Cultura. Periodista e Investigadora en este campo. Corresponsal de revistas culturales. Sus poemas y cuentos han sido publicados en revistas y periódicos nacionales e internacionales. Sus escritores predilectos Margarita Yourcenar, Octavio Paz y Jorge Luis Borges. Está convencida de que la respuesta a muchas preguntas es la cultura y el arte.

Ronda fantasma

Leidy Urrego Martínez

*“Por los solares juegan unos niños
en sus coros de ausencia
juegan a que están vivos todavía,
a que nunca se fueron.”*
Eugenio Montejo

Niños fantasmas juegan al olvido.
Niñas pálidas acunan sus muñecas muertas.
La niñera cocina pasteles de ceniza y tierra.

Con piernas y brazos dibujan rayuelas.
Arrojan una piedra, un ojo,
brincan, 1—2—3, cielo o infierno.

Organizan guerras de agua,
toman rehenes, fusilan traidores.
El capitán ordena invasiones:
¡Hasta el último hombre! ¡Hasta la última sombra!
Pequeños, huesudos, saltan por las ventanas.
Se destrozan contra el suelo.

Por doquier hay zapatos escolares con uñas y dedos,
un guante, un saquito de patos,
una cabecita con los ojos desencajados y la lengua fuera.

Todo son risas y carcajadas infantiles.
Los zapatos con uñas y dedos corren a esconderse,
el guante trepa por las paredes,

el saquito de patos grazna,
la cabecita hace trompetillas con la lengua.

Ellos juegan a que están vivos,
a que nunca se fueron.
Cantan sus rondas, cuentan sus sueños...

Leidy Urrego Martínez. Nací el 8 de mayo de 1992, en ciudad de Bogotá. Estudié derecho en la universidad Santo Tomás. Actualmente presto servicio jurídico como voluntaria en una ONG en pro de los derechos laborales de los trabajadores y el año pasado participé en los talleres de escritura ofrecidos por el Idartes en mi localidad, Engativá.

Sueño de una escritora

Camila Becerra Plata

Escriben las calles y las oficinas,
escriben el humo y el cemento,
escriben el orín y las cortinas,
escriben las ventanas y sus rejas,
escriben los perros callejeros,
escriben los charcos,
escriben los buses saturados
de hombres y mujeres,
de sueños y quimeras,
escribe el polvo de las carreteras.

Sobre mi cabeza,
escriben los árboles,
y en mis manos,
escribe la espuma.

Soñé que mis labios arañaban las palabras,
pero mi mente solo pudo callarlas.
Escribieron los latidos, los espasmos,
y las cosas dieron su alarido.

Fuera de mí conocí un mundo
en el que escribía el mar,
en el que escribía la brisa
y las palabras se envolvían
en los pliegues de la arena.
Pero no germinaron en mí,

esas palabras murieron en mi lengua.
Entonces esperé como si fuese eterna,
con la garganta seca y el pecho herido,
se sucedieron en mí aquellos años
como los días de las mariposas.
Surgió una leve luz, un crujido,
mas las palabras solo fueron eso:
abrieron heridas en mis ojos,
pero mis labios perecieron en perpetuo ruido.

Camila Becerra Plata. Nací el 21 de octubre de 1992 en la ciudad de Bogotá. Estudiante de Licenciatura con énfasis en humanidades: español e inglés de la Universidad Pedagógica Nacional. En 2012, publiqué el poema “Mujer Contemporánea” en el segundo número de la revista *Don Jumento*, de la Universidad Autónoma de Colombia. En marzo del 2013 obtuve mención de honor en el Concurso de cuento corto “El hombre y la máquina”, de la revista literaria y cultural *Malas Lenguas*, por el cuento “La creatura que no tuvo derecho a un nombre”.

En el año 2014 publiqué dos poemas (“Mira que si te quise fue por el pelo” y “Sueño de una escribiente”) y un cuento (“Osito poseído por los duendes”) en el blog *Ciudades Invisibles*, creado y difundido por los asistentes al taller de creación literaria Idartes Bosa.

CRÓNICA



Ay sí, papi, qué rico

Natalie Sánchez

Abro el periódico, busco los clasificados, voy a la sección rosadita que siempre he mirado de reojo, me fijo en los avisos para adultos. Escojo un sitio que quede razonablemente cerca de mi casa porque no hay que perder la etiqueta, y si me van a picar en pedacitos, al menos que mi mamá no tenga que ir a recogerme en bolsas de basura a un potrero de otra localidad.

Reviso testimonios de chicas que trabajan por internet, profesionales del videochat. Todas, felices con su trabajo: aman su horario y el montón de dólares recibidos cada semana a cambio del par de horas que dedican a la labor, desde la casa y sin contacto carnal. Todos esos beneficios son amplia y efectivamente publicitados por un articulado discurso femenino-progresista que las impulsa a salir adelante siendo sus propias jefas.

Encuentro un sitio que se ve decente. Escribo un *e-mail* con una mezcla de datos falsos y verdaderos, y esa misma tarde me contacta Liliana, de Industrias Audiovisuales Szeves.

Al día siguiente, llego a una casa esquinera en el barrio Normandía, que según mi breve pesquisa es el Silicon Valley del videochat en Bogotá. Es *beige*, de dos pisos, y está rodeada por un patio que tiene una carreta adornada con banderitas neón, lo que, según me habían explicado, es el “santo y seña” para encontrar el lugar.

Está rodeada por hogares repletos de viejitos que se asoman con perspicacia, a lo que más les da la nariz entre la reja, a ver a cada persona que llega a la casona esquinera con ventanas tapizadas en papel *contact* opaco. Cuando me planto a buscar un timbre, una multitud de vejestorios desdentados me mira entre curiosa y salivante.

Una señora con aires de cuarentona se asoma desde una ventana del segundo piso. Un cepillo le sostiene el copete. Le digo que busco a Liliana, y no puedo evitar ponerle comillas en el aire al nombre. Sonríe al captar mi incomodidad y baja a abrirme. Desde la reja, se escucha cómo le quita más de cuatro trancas a la puerta. Le lanza a los dinosaurios mirones su cara de flan, se excusa con una sonrisa que ni la senilidad de los 500 años que nos observan cree y me entra a empellones.

El ingreso da a una escalera angosta. Apenas cabemos las dos en el recibidor. A la izquierda, casilleros y una sala con una cama que no parece para dormir; a la derecha, otra sala con otra cama, una sombrilla plateada de fotografía y algunos trípodes sin cámara. Subimos. El ambiente huele a Frunas. Nos sentamos en un pasillo, con un minúsculo escritorio que hace las veces de oficina. Se acomoda el cepillo, saca una lima y, mientras se cuadra la uña del pulgar, sin mirarme, me pregunta:

—¿Eres virgen?

Titubeo porque, aun cuando sabía que esta entrevista de trabajo no sería precisamente una prueba psicotécnica tradicional, tampoco esperaba que la primera pregunta fuera sobre mi ‘kilometraje’.

—Eh, creo que no—, respondo.

Ella, altamente entrenada en técnicas de interrogación femenina, alza la mirada sin dejar de limarse y, con la barbilla pegada al pecho, me pregunta más despacio:

—¿En serio eres virgen?

—En serio creo que no.

Me hace un escaneo rápido. Decidí que una camisa negra y ajustada, acompañada de una chaqueta de cuero, me hace ver lo suficientemente calificada como para aplicar a las labores de furcia. Pone cara de que me cree lo de la no- virginidad. De todas maneras, tengo suficiente delineador para no ser mercancía en su empaque original.

—¿Qué piensas de la prostitución?—, pregunta.

—Que al que trabaje, que le paguen.

Se sopla las uñas con la suficiencia de una labor bien hecha. Le satisface mi practicidad. No hay más preguntas, su señoría.

A través de las puertas cerradas de las habitaciones se cuele una música opaca. De pronto, se abre una caverna iluminada. Delante de unas cortinas furiosamente fucsia, sale una treintañera en un *baby doll* varias tallas más grande de lo que necesita. La chica, rolliza, con un manojito de pelo falso negrísimo hasta la cadera, de manos y pies de lechoncito, me sonrío tan pronto me ve. Liliana la reprende con un tono maternal: “Póngase la bata, que en cualquier momento llega Mohamed”. Entonces se devuelve y sale con un *déshabillé* (una de esas batolas ligeras que las mujeres utilizan en lunas de miel y aniversarios) completamente abierto al frente. Liliana la felicita. Ella pone la expresión de quien ha recibido una carita feliz de parte de su profesora de kínder.

La mujer está estucada en maquillaje. Me pide permiso para pasar, y puedo oler un *splash* frutal de droguería, combinado con una nota sutil del cuncho que queda en un envase en el que se ha fermentado guarapo. Abre la boca y, por su acento caleño, siento que estoy oyendo hablar a un aborrajado. Se presenta: “¡Hola! Mucho gusto, me llamo Viernes”. Nos ofrece chocolate. Junto a la escalera hay una pequeña resistencia que calienta una olleta a punto voltearse con cada *beat* de la música. “Ojalá que alcancemos a reunir la cuota para lo del microondas este mes”.

Liliana procede a registrarme. Las chicas aparecen en cada una de las páginas. Las que utilizan en la casa son tres: LiveJasmin, StreamateModels y MyFree-Cams. La primera es comer a la carta, es una página “elegante” y por eso no permite que las chicas aparezcan en pantalla sin brassiere, desarregladas, con desorden atrás y no pueden dejar la cámara sola (todas son muy atentas a las reglas porque la multa que impone cada página la debitan de la cuenta de la infractora). La segunda es un menú del día, menos estricta con las reglas, y hay un alto porcentaje de hombres modelando. La tercera es perro de mil, se-valetodo, incluso pueden hacer subastas como “Topless” o escena lésbica y lo hacen cuando ha llegado a una meta de dólares. Cada una de las páginas maneja un perfil público de la funcionaria, que es el gancho para atraer a los visitantes potenciales. Crear el perfil es igual que abrir una cuenta en Facebook, pero con un par de preguntas más:

—Nombre: por si no se me ocurría ningún nombre interesante de cortesana, existe una lista sugerida por el sitio. Entre las opciones más populares están Shy Lovely (algo así como Adorable Tímida), Karissa, Bella, New Slutty (Golfa Nueva), Ebony (para las chicas color caramelo, preferiblemente), Hot Princess y mi favorito: Clitopatra. Si una no se está sintiendo especialmente creativa, puede optar por el nombre de bautizo y añadirle un sutil pero sugerente xxx.

—¿Cuáles son tus turn-on? Mmmm... ¿El café? ¿Un Red Bull? ¿Los paseos por la playa? Para que los comensales no se desanimaran al ver un espacio vacío, me fui por la fácil y puse lo primero que me permitió mi asociación libre de ideas: cuero, mirar, rojo, heterosexual. Así, bajo presión, no soy una fulana muy creativa.

—¿Cuáles son tus habilidades? Pensé en el infinito mercado persa que constituye mi espectro de capacidades sobresalientes. Se los dicté para que ella, que era la experta, escogiera cuál calaba como posible fetiche: puedo hacer una bomba de chicle dentro de otra, sé repujar en pergamino, puedo fingir hablar francés, recito de memoria un par de salmos, corro en tacones... y otros tantos con los que armamos un perfil que llenaría con gracia cualquier hoja de vida Minerva.

El siguiente paso es la enseñanza práctica. Me presentan a Kat, una menuda belleza dorada, con el cuerpo más magro de todo el vecindario. En sus tiempos libres es instructora de capoeira, vive a dos cuadras del trabajo y se metió en el negocio cuando tenía 18 años porque se enamoró de un mexicano, pero con lo que ganaba en su incipiente carrera como contadora nunca iba a poder ver al charrito de su vida. Ella, la chica que facturaba más que todas (de cinco a siete millones mensuales, “depende de mi disciplina”), iba a ser mi maestra Yoda en los manejos de la comunicación y los clientes en el lupanar virtual.

La primera lección para la interacción en el chat es escrita. Me asignan un turno en una habitación dotada de un escritorio con computador, una alfombra tan cochina que me es imposible descifrar su color original, un catre con un colchón de esos que la gente dona cuando hay desastres naturales y un juego de cama florido que debió pertenecer a una preadolescente peruana. Desde el encuadre que ve el marrano —perdón, el

“distinguido señor cliente”— se observa a la pelandusca virtual meciéndose, generalmente sentada en una habitación bucólica con cara de set de porno en Corabastos: de cortinas colorinches, con un camastro como de secuestro y un afiche del Divino Niño pegado en la pared.

La primera página para probar es LiveJasmin o, como se llaman ellos mismos, “The World’s #1 Most Visited Video Chat Community” (la comunidad de videochat más visitada en el mundo). Me siento y abro una ventana de chat público donde muchos hombres entran a curiosear y a preguntar huevadas: “¿Hola, quién está ahí?”, “¿por qué no pones la cámara?”, “¿qué te gusta hacer?”. Si logro que algún individuo me pida un chat privado, empezarán a llegar los dólares a mi cuenta.

Antes de pasar a la lección práctica de cómo poner la cámara, me presentan a la gerente financiera de la pyme: la Doña, dueña de un peinado cincuentero y una expresión digna de quien asiste a las escuelas de padres con ombliguera a recoger las notas de la mocosa que tiene (mal) tatuada en el antebrazo. Me dice que ya estoy preparada para maquillarme, no sin antes dejarme un par de enseñanzas breves de seducción, de las que rescato como información vital para cualquier otro trabajo: 1. “Todo tiene su laíto” y 2. “Si usted me enseña, yo aprendo”.

Kat se sienta conmigo para ayudarme en la pintada de la cara. Su primer consejo, utilizar la cámara como espejo porque se “come” el maquillaje. Y entonces entiendo por qué todas tienen la cara cubierta con tremendo pastillaje. Acomoda sobre la cama una caja con todos los “pantones” imaginables de sombras y labiales, que me abstengo de utilizar porque son propiedad comunal de todas las chicas de la mansión, y utilizo el que llevo en mi bolso. Todas llegan carilavadas y se van carilavadas para dejar de alimentar las sospechas de los vecinos, a quienes se les tiene montado el cuento de que en esa casa funciona un *call center*. Apenas quedo como un personaje de Tim Burton, pero chusca para la *web cam*, inicia la fase del aprendizaje audiovisual.

Para mi debut me han asignado un sobrenombre: Lucy Mae. Me registro en la página con mi perfil de furcia a medio asar y me pongo en línea; mejor, la flamante Lucy Mae se pone en línea. Acomodo las luces, busco mi mejor ángulo. Sonrío. Escucho música mientras bailo para que los visitantes

inicien la interacción. La música, que en su mayoría es reggaetón ventiado de ese que dan ganas de bailar encima de la mesa combinado con un poco de champeta y salsa de cama, ha sido seleccionada cuidadosamente por Mohamed, el dueño del negocio, quien también hace las veces de ingeniero de sistemas. Moha, como le dicen cariñosamente, es un muchacho rubio, de aspecto siempre somnoliento, con cara de animal suave de 27 años que todavía parece no haber pasado por la pubertad.

El primero que se reporta es un coreano, que al ver que hablo inglés pide un privado y empieza a preguntar con insistencia por mis zapatos. En ese momento tengo puestos los tenis más roñosos de mi clóset pero, en aras de que se divierta, le describo unas serpenteantes botas negras que suben hasta la rodilla. Me ruega verlas. Desde afuera, la *madame* me indica que se lo niegue, que lo mantenga más tiempo en el chat. Entre más dure conectado, más es el estipendio para todos. El porcentaje que gana la “modelo” —nunca se escucha en la “oficina” la palabra “puta”— es el 60% de lo que el tipo paga en la página, el 40% restante es ganancia de Industrias Audiovisuales Szeves que es lo que les corresponde por poner el computador, el internet y el sitio para ejercer. Cuando las señoritas deciden hacer esto desde su casa, la ganancia va toda para sus arcas. Le aflojo de a pocos descripciones muy técnicas sobre la suela, las tapas, el forro, la punta, el tacón, y es así como logro entretenerlo durante unos buenos 37 dólares de los cuales me quedo con 22. Hasta que empieza casi a llorar como un crío y yo termino con la tortura.

—Ok, te las mostraré, le digo.

Él agradece y reverencia como si le hubiese salvado a un hijo, y yo dibujo en una hoja un par de botas, le digo que se prepare y le muestro el garabato. Estalla en una carcajada, pero se desconecta de inmediato.

Luego aparece un texano setentón que se llama Philip. Indaga un poco sobre el país, sobre mi edad, sobre el color de mi esmalte. Quiere saber si en mi casa hay agua, si mi mamá se dedica a lo mismo, si hago esto porque me dio pereza estudiar. Pide que pasemos a un chat privado y de entrada me pregunta:

—¿Qué quieres que haga?

¡Coño, llamas a mi mamá furcia y luego preguntas sin ningún respeto “¿qué quieres que haga?” ...! Entonces le espeto:

—Quiero que te metas el puño por el culo.

—Ok, pero no sé cómo....

Y yo, calibrando mal los alcances de mis poderes de *dominatrix*, le digo:

—Pues aprende.

Como entendí muy tarde que nadie se mete a un videochat de estos para mentir, mi primera prueba como profesional del oficio es indicarle a un gordo mal encaramado en un sofá el camino correcto de su puño a su intestino grueso. Lo suyo son las órdenes. Acudo a mis nociones más básicas de medicina y le indico que del afán no queda sino el cansancio. Primero lo elemental, un dedo. Con paciencia, vamos avanzando de falange en falange. Si el tipo afloja, yo pongo voz de María de los Guardias y seguimos. De vez en cuando, tapo el recuadro de la cámara porque la cosa se está poniendo muy gráfica para mi gusto. Finalmente Philip, sin más lubricantes que la severidad en mi voz, tiene la mano callejón arriba. Se desconecta 57 dólares (34 para mi) después sin que tenga oportunidad de asistirle la sacada. Así que sóbase que no hay pomada.

Salgo de la habitación y el equipo de trabajo me aplaude. Esa clase de proezas solo son posibles con el lenguaje, y las mozas de la casa no manejan aquello del inglés. Como medida administrativa y pedagógica, Mohamed instaló un tablero afuera de las habitaciones con una lista de términos de gran utilidad para ejercer la seducción y facilitar las transacciones, como “*Hello, is it me you’re looking for*” o “Ay sí, papi, *I want more, qué rico*”.

Entre turno y turno, hay esporádicas reuniones alrededor de la olleta para intercambiar consejos y cotillear (y quejarse de la olleta). Aparte de Viernes y Kat, hoy están una profesora de kínder que se toca todo el tiempo los *brackets* y anda en una faja que se resiste a permanecer cerrada; la señora Érica, una matrona de piernas jamonas aficionada a las pelucas, y una pareja que hace cámara siempre junta. Él es calvo, con ojos color tamarindo, y ella es una pastusa pelirroja con cara de holandesa que ríe nerviosamente mientras me ofrece dos cosas: un líquido que reposa en una

cantimplora y huele a chirrinchi y un trío. Rechazo cortésmente ambas ofertas.

Como sigo bisoña (novata, inexperta, como dice Madonna: “*Like a virgin, touched for the very first time*”), Liliana me manda a ver cómo trabaja Kat, que con 21 años es la que más réditos tiene. A esta altura de la experiencia, y con poco más de 70 dólares en mi puticuenta, pienso en que aquí pagan mejor que en cualquier medio de comunicación que busque periodistas en Colombia, así que mientras ojeo el antro desde donde Kat se hace someramente millonaria, maquinó malévolos planes para seguir lucrándome gracias a tipos morbosos, como el vejete texano de la autocolonoscopia.

Kat me conversa mientras atiende cuatro ventanillas al tiempo: envía emoticones de besitos y me cuenta que sus ‘novios’ le envían giros y propuestas de fuga y matrimonio desde Nueva York, Chile y Guatemala.

Se quita con entusiasmo la ropa, le gusta mucho bailar para la cámara. Tiene un cuerpo firme y bronceado. Es menudita. Se para en la cama mientras me dice que su éxito es una mezcla entre complacencia y creatividad. Yo estoy fuera de cuadro, mirándola desde una esquina. De pronto Moha, que ve todo lo que pasa en las cabinas en un centro de control con varias pantallas, le avisa que se ha conectado uno de sus clientes habituales. Ella lo saluda y negocia en 80 dólares un combo de pollo. Como es muy común que los visitantes les pidan a las chicas que hagan ciertas cosas en cámara, como pintarse las uñas o maquillarse, imagino que es algún fetiche relacionado con comida. Pero por ahí no va el agua al molino.

Mientras bailotea, saca de su clóset un pollo de hule: un ave de juguete con las alas pegadas al cuerpo, cuello largo, cabeza coronada por una cresta suavcita y un brillo casi de resignación en los ojos. Por petición del sujeto, uno de esos ‘novios’ querendones que le consignan cariño en metálico, la chica empieza a —no me pregunten cómo— meterse el animal por una cavidad que estoy segura ni Dios ni la evolución diseñaron como bolsillo para pollos de hule. Tampoco me pregunten cómo, pero me resisto a salir de la habitación de un salto.

Me quedo ahí, fingiendo normalidad para no interrumpir el *show*, porque ese acto se está ganado los 80 verdes completos y no voy a ser yo

quien le arruine el jornal a Kat. Con cada milímetro de pollo adentro se esfuma más de mi mente la idea de hacer de esto una opción salarial: aunque no me ha ido nada mal, me queda claro que no tengo una ganzúa entre las piernas ni ninguna habilidad parecida que me ayude a ganar la atención de estos honorables caballeros con tan particulares peticiones.

La revelación, que veo en los ojos del pollo cuando sale, aún más aburrido de lo que entró, es que en este mercado tan competido no cabe una educación cristiana como la mía, que hizo que hasta bien pasada la adolescencia mi cuerpo permaneciera como un delicado misterio tan misterioso que la primera relación que tuve fue más con el fin de aclararme dónde entraba el tampón.

Después de esa sesión salimos a tomar agua. Mohamed reúne toda su valentía para hablarle a Kat, saca del bolsillo un Choco Break y le dice: “Te traje el postre del almuerzo”. Ella se tapa los ojos y le da un beso en la mejilla, como si ambos tuvieran seis años y él no hubiese visto el *show* del pajarraco asustado.

El amor tiene las formas más raras. El trabajo también.

Natalie Sánchez. Periodista de la revista de arte contemporáneo Espaciominimo.tv. Ha colaborado con otras publicaciones como Semana, Soho y Matera.

@hongopolis es comunicadora de la Javeriana, orgullosa hermana mayor y apasionada lectora gracias a su temporada como librera en La Madriguera del Conejo. Reparte su tiempo entre escribir para su blog hongopolis.wordpress y su trabajo artístico sobre el mar que está expuesto en la galería/restaurante Rey Guerrero. Carga siempre con una libreta de apuntes y dice que cuando sea grande quiere ser Sophie Calle.

El pabellón de los olvidados

Jorge Alejandro Ruiz

*Siempre hay un poco de locura en el amor,
Pero siempre hay también un poco de razón en la locura.*
Friedrich Nietzsche

En el año 2001 fui diagnosticado con el síndrome de trastorno psicoafectivo bipolar¹. Un jeep ambulancia me llevó a la Clínica Santo Tomás. El vehículo me recordaba mucho a los utilizados en la Segunda Guerra Mundial, aunque este era de color beige, con las ventanas laterales y trasera pintadas de blanco. Tenía también una cruz roja en la puerta de atrás, por donde subí, acompañado por un enfermero, mientras mi padre fue adelante, en el puesto del copiloto.

La Clínica Santo Tomás, situada en el barrio Chapinero Alto, es una edificación de cuatro pisos de ladrillo, construida en 1944 por Hernán Vergara Delgado, bajo el gobierno de Alfonso López Pumarejo. Tiene un parqueadero descubierta y está rodeada por jardines con una gran variedad de flores. Eso fue lo primero que vi al entrar.

Cuando bajé del jeep, subimos por una escalera exterior que conducía a la entrada de la edificación. El enfermero se anunció en un citófono, y después de esperar un rato se nos permitió entrar al edificio.

En la recepción había sillas y sofás formando una sala, y detrás de un vidrio se encontraba la recepcionista, una mujer de unos 35 años, que llevaba un traje blanco y una cofia. El ambiente era silencioso, aunque un poco melancólico. Al vernos llegar, la recepcionista esbozó un gesto que más parecía una formalidad que un saludo, y comenzó a llenar un par de formularios. En el primero, me solicitó mis datos personales, mientras que en el otro describió los objetos que llevaba conmigo: una toalla, un jabón y

una pijama. Luego, le dijo a mi padre: “Dentro de unos días le permitiremos traer ropa y más elementos de aseo”. En aquel momento fui consciente de que me iba a quedar allí por un largo tiempo.

Los ojos de mi padre irradiaban compasión y amor. Me despedí de él con un fuerte abrazo. Cuando llegó el momento de entrar en los pabellones de la clínica, la recepcionista oprimió un botón dispuesto en el interior de su habitáculo y otra puerta se abrió ante mí. Entramos con el enfermero y tuve la sensación de sentirme aislado del mundo.

Mientras subíamos por las escaleras, pude ver en uno de los descansos un cuadro de Santo Tomás de Aquino pegado en la pared². El santo tenía puesta una túnica café, y se encontraba rodeado de la aureola de la santidad y con un libro en sus manos. Llegamos al cuarto piso y el enfermero golpeó en la puerta. Estaba en el pabellón de los olvidados. Aún recuerdo aquel día como si fuera hoy: la puerta se cerró ante mí y sentí que todo aquello que yo amaba se quedaba atrás; quise gritar, pelear, llorar. Aquel lugar era frío, y el piso de baldosa y el viento hacían temblar los huesos. Cuando entré, descubrí a un grupo de jóvenes y niños que se percataron de mi llegada.

Las paredes eran de color blanco; el piso era gris y se extendía por un pabellón largo y oscuro; las ventanas eran grandes y te invitaban a escapar de allí, a no ser por aquellas rejas temerarias y tupidas que las custodiaban. Volteé a mirar y vi a dos enfermeros sentados en una mesa, estaban tomando nota en unas hojas.

El enfermero José tomó mis maletas y me condujo por el pabellón, hacia mi habitación. En mi recorrido, podía ver a lado y lado a muchos pacientes, unos acostados en sus camas, otros caminando por el corredor. En la habitación que me fue asignada había una inmensa ventana con su respectiva reja, una cama sencilla y una cómoda metálica donde se supone que debía dejar la ropa. Miré por la ventana y pude ver un hermoso atardecer capitalino.

Aquel día llegué justo a la hora de la comida; por esto, en enfermero José me llevó al comedor que quedaba al final del pasillo. El comedor estaba constituido por dos mesas cafés, cada una con unas ocho sillas. Una empleada de la cocina me sirvió una porción de arroz, ensalada de

remolacha, un pedazo de carne y jugo de guayaba, todo en una vajilla de pasta verde y como único cubierto, una cuchara.

Junto a mí se encontraba un paciente de aspecto indígena. Nos presentamos y me dijo que su nombre era Neliño.

Después de salir del comedor, me dirigí a la sala de televisión. Había allí unas ocho sillas Rimax, y una larga silla en madera. El televisor del pabellón se encontraba encerrado en una pequeña caparazón metálica. Neliño se encontraba allí mirando la televisión. Tenía unos ojos negros muy penetrantes, y era bajo, de 1.60 aproximadamente, más bien pasado de peso, con piel trigueña y un incipiente bigote. Llevaba una radio en su mano porque le gustaba escuchar música colombiana o las noticias. Me senté a su lado y lo saludé.

Esa noche hablamos largamente. Le pregunté cuánto tiempo llevaba allí y él respondió que unos quince años. En aquel momento sentí un escalofrío en todo mi cuerpo; la idea de permanecer solo un día en aquel lugar me atemorizaba. Luego me contó que había nacido en Toribío, Cauca, y que fue abandonado por su padrastro antes de cumplir los diez años. Aunque su semblante se veía tranquilo cuando me relataba la historia, se notaba que aquella situación había marcado su vida para siempre. Me dijo además, que su mamá había muerto cuando él era aún muy pequeño y como resultado de esto, Neliño intentó cortarse las venas. En aquel momento me mostró la parte baja de sus manos, donde se podían ver las cicatrices. Debido a que Neliño sufría de ataques epilépticos fue remitido a la clínica Santo Tomás. A pesar de esto, daba la apariencia de ser una persona muy calmada y taciturna.

Después de hablar con Neliño fui conducido al consultorio del psiquiatra en turno, el doctor Hernández. Era un hombre de complexión robusta, alto, colorado, con unas gafas de marco negro; se encontraba sentado tras un escritorio. Fui invitado a sentarme frente a él, y me hizo las preguntas de rigor:

—¿Alguna vez ha fumado marihuana?

—Sí.

—¿Ha tomado alcohol?

—Sí.

—¿Ha probado otras drogas?

—Sí. Probé bazuco en un par de ocasiones.

Sus preguntas eran concisas y directas, sin un dejo de humanidad o calidez. Luego me preguntó qué tipo de alucinaciones tenía. Yo le dije que sentía que Dios y María me hablaban y que yo los podía escuchar. Luego de permanecer un instante en silencio, me dijo que me iba a recetar unas medicinas y que al día siguiente, el doctor Díaz me iba a tratar.

Mientras que el doctor me hablaba, yo paseaba mi mirada por las paredes del consultorio, donde colgaban diferentes diplomas de medicina. Todos ellos se encontraban dispuestos de forma piramidal, y expuestos en finos marcos dorados.

Al anochecer, me condujeron nuevamente al cuarto piso. Eran aproximadamente las ocho de la noche. El enfermero José organizó a los pacientes en una fila, y me situé en el último lugar. Cuando llegó mi turno, recibí una pequeña copa plástica con dos medicamentos, una cápsula azul y una pasta blanca, así como un vaso con agua para poder tomarlos. Simulé que me tomaba las pastas y me dirigí a mi habitación; las saqué de debajo del paladar y las eché en el cajón de la cómoda metálica. Durante dos horas, cavilé si debía o no tomarme la medicina. Pensaba que si no las tomaba, no iba a poder dormir durante toda la noche; pero que si las tomaba, iba a cambiar una adicción por otra. Finalmente, después de pensarlo mucho y de sentirme observado por los enfermeros de turno, decidí tomarlas con agua del lavamanos.

Una pastilla para cada uno

Los enfermeros nos despertaban a eso de las seis de la mañana, cuando el frío es más intenso. Pasaban cama por cama entregando las novedades de su turno, como cuando el enfermero José le decía al médico:

—Neliño, 24 años. Miró la televisión durante una hora, habló con el paciente Alejandro, tomó la merienda a las ocho de la noche y luego se le suministró Fenobarbital de 200 miligramos. Después se acostó a dormir.

A los pacientes nos designaban con números y recetas: el paciente de la cama ocho se sintió un poco ansioso y deprimido durante toda la noche, la paciente de la cama número diez gritó durante cinco minutos en el pabellón.

Parecía que cada uno de nosotros, como lo decía Michael Foucault en su *Historia de la locura en la época clásica*, éramos construidos por el discurso de los médicos y de los enfermeros.

Las medicinas que tomábamos eran diferentes para cada paciente. El litio era utilizado en los pacientes con trastornos bipolares, producía somnolencia, mareos, alteraciones visuales y disminución de la capacidad de reacción. Algunos pacientes tomábamos Milanta o Milpax, para disminuir la acidez gástrica que provocaba el consumo de medicamentos. La Clozapina, que disminuía el nivel de vigilia, la tomaba en una dosis de trescientos miligramos y ocasionaba un estado de adormecimiento durante todo el día. El Valium era utilizado en las personas que sufrían de esquizofrenia³ y tenía efectos tranquilizantes y anticonvulsivos.

En una ocasión vi a una paciente que entró remitida al pabellón. Gritaba toda clase de groserías e improperios (“suéltense, estúpidos, desgraciados, malparidos”). Dos enfermeros la llevaban alzada, y la condujeron a una habitación donde le suministraron Valium y durmió durante tres días seguidos, durante los cuales solamente se levantaba a comer.

Al pasar el tiempo, me suministraron mil miligramos de Valcote o Ácido Valproico. Sus efectos eran devastadores, sobre todo cuando quería jugar micro o baloncesto en el patio de la clínica. Me sentía en un túnel a través del cual podía ver la luz del día. Tenía mi cuerpo cansado y mi mente embotada. El Ritalin generaba movimientos nerviosos involuntarios, convulsiones y dolores de cabeza. Su poder de adicción es tal, que se encuentra entre las drogas más adictivas del mundo, junto con la heroína. Otra de las pastas que me fueron suministradas fue la Olanzapina que, como las otras, tenía un efecto tranquilizante. Sin embargo, lo que más me llamaba la atención de esta medicina era su precio: cada pastilla valía veintisiete mil pesos. Esto lo pude saber por las cuentas de cobro que llegaban mensualmente a la clínica, y que ascendían a cuatro millones doscientos veinte mil pesos, una suma que el Estado pagaría y que yo, “un loco” del pabellón de los olvidados, firmaría.

Después de un tiempo en ese lugar, tuve más amigos aparte de Neliño. También estaba, por ejemplo, el soldado Ladines, diagnosticado con esquizofrenia. Ladines tenía ojos verdes claros y piel blanca como el

mármol, y su sonrisa iluminaba aquel lugar de por sí monótono y oscuro. Nos encontrábamos cuando íbamos a lavar la ropa justo en la parte baja de la cancha de microfútbol, donde había cuatro lavaderos cubiertos por unas tejas. Muy cerca de ellos había unos hermosos jardines que eran arreglados por el jardinero de la clínica. Aquel lugar era ideal para socializar, pues allí no iban los enfermeros a vigilar a las personas. Sin embargo a Ladines lo acompañaba una enfermera durante el día, según los doctores porque estaba en peligro de suicidarse o de matar a alguien.

Tiempo después supe que Ladines estaba a punto de ser indemnizado y pensionado por el ejército debido a su enfermedad. En ese momento caí en cuenta de que el interés quizá no estaba centrado en cuidar su vida o la de los demás. Debido a su enfermedad, para que pudiese cobrar su pensión, Ladines debía estar bajo la potestad de un familiar, y el único que tenía era su tío, que podía cobrar la pensión a nombre de su sobrino enfermo y así lucrarse a costa suya. Por esto, para impedir que Ladines se hiciera daño y se acabara el dinero de la pensión, el tío contrató a la enfermera diurna.

Ladines era una persona muy amigable, confiaba en mí y me contaba sus alucinaciones. Me decía que veía a un hombre con capa y sombrero negro que se aparecía de repente a su lado, y que lo incitaba a matarse y a matar a los demás. Por momentos se sumía en un silencio continuo y luego me decía que el intruso se encontraba muy cerca de los lavaderos. Yo lo instaba a conservar la calma, y a hacer caso omiso de sus alucinaciones. Obviamente me asustaba, pero también me embargaba una risa nerviosa, porque veía en dicha alucinación al tío que le quería quitar su pensión.

El personal de la clínica

Por lo general había dos enfermeros en cada pabellón y un doctor en la clínica, encargados de salvaguardar el orden y la paz de aquel lugar. Eran tres pabellones: el Pabellón de los olvidados, Canarias (donde se encontraban los pacientes estables médicamente), y el Pabellón de los niños enfermos, que habían sido abandonados por sus familias por tener una enfermedad mental crónica, y al tiempo olvidados por el Estado en un lugar tremendo.

Al día siguiente de mi llegada pude conocer al doctor Díaz, un hombre de unos 45 años, piel blanca, ojos verde oscuros y cabello canoso, que llevaba siempre una bata blanca. Hicimos una buena amistad. Al doctor le gustaba compartir momentos de ocio con los pacientes, y en ocasiones salíamos a jugar baloncesto en la cancha de la clínica. Allí me enteré de que tenía dos hijas, y aunque le preguntaba por ellas y les mandaba saludos, nunca supe sus nombres.

Todos los días después de desayunar, nos dirigíamos a las duchas, dispuestas en la mitad del pabellón. Eran cuatro, y se encontraban separadas unas de otras con una división plástica. El baño, que duraba aproximadamente cinco minutos por persona (un enfermero nos apuraba si nos tardábamos más), era obligatorio para todos.

Después pasábamos a las habitaciones y nos vestíamos, aproximadamente en otros cinco minutos. Luego hacíamos la fila para ir a desayunar. Una mujer vestida con un traje azul y una pañoleta blanca en su cabeza nos servía un pan, una rodaja de queso, una taza de chocolate y un vaso de jugo, todo en la ubicua vajilla de pasta verde. En ocasiones, cuando sobraba algo de comida, hacíamos fila para una segunda ración.

Las cocinas de la clínica se encontraban en el primer piso. En alguna oportunidad pude bajar y vi aproximadamente a unas cuarenta cocineras, todas uniformadas con trajes azules y blancos y la pañoleta en sus cabezas.

Durante dos semanas, los pacientes en observación médica fuimos conducidos al patio. Este se parecía al patio de una prisión y me recordó a la película *Alcatraz*: con altos muros inexpugnables y una malla puesta encima de ellos. salíamos durante unas dos horas a caminar con otros pacientes de la clínica; algunos nos dedicábamos a andar en círculos, mientras otros se sentaban en unas bancas ubicadas en una pequeña tienda y algunos más hablaban de las alucinaciones, o las apariciones de fantasmas, que habían tenido el día anterior. Como en el caso de Ladines, los pensamientos de suicidio eran recurrentes en casi todos los pacientes. Andrés —un interno— me contaba que había alucinado cortándole los senos a su mamá con un cuchillo y yo, por mi parte, me veía ahorcado en la columna de una edificación con un lazo.

Mientras nosotros caminábamos, los pacientes más antiguos se ocupaban en diferentes trabajos: la panadería, la carpintería y los trabajos manuales. Después de que pasaran dos semanas de mi llegada, los doctores me hicieron escoger una de estas actividades. Yo escogí la panadería. Con ayuda de otros pacientes preparábamos las mezclas del pan y los pasteles. Para tal fin, había unos toneles metálicos donde se mezclaban los huevos, la mantequilla, la harina de trigo, la levadura, la sal y el agua. Una vez quedaba la masa homogénea, nos disponíamos a amasar el pan, en unas mesas metálicas dispuestas en el taller. Cada uno de nosotros recibía pequeños pedazos de masa y hacíamos bolitas que luego enviábamos a los hornos en unas bandejas metálicas. Este era el negocio perfecto, mano de obra gratis y un producto final para vender en las panaderías cercanas a la clínica.

Don Diego era el encargado de inspeccionar que todo anduviera sobre ruedas en la panadería; era joven y alto, de unos treinta años, grandes ojos negros y un carácter rudo que lo hacía parecer muy estricto con los pacientes. Nos hacía bañarnos las manos antes y después de tocar la masa de los pasteles y el pan, y había dispuesto para tal fin un lavamanos con un jabón que olía a perfume. Al final de la jornada —que era de seis horas— se nos daba un pan de doscientos pesos como pago.

En las horas de descanso conocí a varias personas. Entablé amistad con Santiago, un anciano sociólogo de la Universidad Nacional, de pelo blanco y piel rozagante. Era un hombre muy amable, casi siempre de muy buen ánimo, con quien me gustaba hablar. Siempre llevaba una bolsa con colores y unas grandes hojas tamaño bond en las que pintaba. Tenía una habitación fija en el pabellón de Canarias, y en el tiempo que estuve allí nunca vi a nadie que lo visitara. Con frecuencia me preguntaba qué circunstancias de la vida lo habían podido llevar a ese lugar. Santiago siempre dibujaba unos hermosos paisajes llenos de color y vida, y a veces nos hacía sentar alrededor suyo para mostrarnos su nueva creación artística.

Otra paciente a quien apreciaba mucho era Juan, amante de los libros de Carlos Castaneda. Siempre hablábamos de ellos en el descanso, y coincidíamos en que el libro que más nos gustaba era *El lado activo del infinito*: en él Don Juan, que era un chamán de una tribu de los toltecas,

daba unas enseñanzas de vida a Carlos Castaneda, un antiguo estudiante de antropología de la universidad de UCLA. Los dos nos podíamos pasar horas enteras hablando de estos libros sin aburrirnos. Juan me confesó que un día había probado hongos alucinógenos y que había podido ver cómo las plantas y los animales le hablaban, y había sentido tanto amor hacia la naturaleza que no sabía cómo explicarlo.

En ocasiones recibíamos jornadas deportivas, habitualmente los fines de semana. Jugábamos a los encostalados, saltábamos por aros plásticos dispuestos en el piso, jugábamos baloncesto o microfútbol; estas actividades físicas eran todo un reto teniendo en cuenta nuestro estado de ánimo, que por lo general era de tristeza y embotamiento mental. Mientras tanto, los enfermeros se ubicaban estratégicamente entre los cuatros puntos que formaban el rectángulo: en la panadería que tenía arriba una cafetería donde se vendían papas, pasteles y jugos en leche; en el pastal, donde se encontraba la caseta, lugar de tertulia entre pacientes; en la cancha de micro fútbol y de baloncesto, y en los lavaderos y los jardines cercanos a las canchas.

Los métodos

El hospital Bethlem Royal de Londres⁴ fue la primera institución psiquiátrica del mundo. Allí se encerraba a los locos en jaulas, closets, y establos, y se les azotaba y encadenaba. Muchos médicos neurólogos reconocidos utilizaron algunos tratamientos aterradores, como poner a un paciente en un ataúd y sumergirlo en una bañera de agua, luego sacarlo y abrir el ataúd para tratar de revivirlo.

El distinguido psiquiatra Benjamín Rush propuso la idea de que la locura era causada por el exceso de sangre en la cabeza, y por lo tanto la cura era quitar la sangre por cualquier medio, desde la inmovilización pasando por el agua helada y hasta el sangrado.

Por su parte, Henry Cotton mutilaba a sus pacientes quitándoles partes de su cuerpo como el estómago, el bazo o el colon, pues consideraba que allí se encontraba la raíz de las enfermedades mentales.

Sin embargo, uno de los métodos con mejores resultados fue la drogadicción masiva, pues hacían pensar a las personas que no eran lo que ellos creía ser.

Un día fui testigo de cómo a Pedro le ponían una camisa de fuerza. Estas camisas eran blancas y tenían unas mangas largas que llevaban los brazos hacia la espalda del paciente donde se ajustaban fuertemente con unas correas, dejando al paciente inmovilizado del tronco para arriba.

Pedro, que era vecino de mi cama, sufría un retraso mental leve. Un día se levantó y se negó a tender la cama; el enfermero lo obligó a tenderla y él le gritó y golpeó la mesa donde comíamos. El enfermero y su ayudante se abalanzaron sobre él, al estilo de una pelea de lucha libre, y lo redujeron en el suelo. Después le pusieron la camisa de fuerza. Yo le grité al enfermero pues me pareció injusto que trataran así al paciente, y por poco resulto peleando con él. Solo me detuvo la idea de que yo podía ser el próximo portador de aquella camisa.

Luego de estar aproximadamente durante un año y medio en la clínica Santo Tomás, y de no mostrar ninguna mejoría, los doctores decidieron conversar con mis padres y ofrecerles otro tipo de tratamiento médico: la terapia electro convulsiva (TEC)⁵. Sabía de ella por la película *Una mente brillante*, protagonizada por Russell Crowe: la terapia electro convulsiva es la que le aplicaron al famoso científico John Nash. Bueno, yo no era científico, pero me encontraba allí en la sala de espera, en un pequeño consultorio improvisado dentro de la clínica. La camilla era negra; había allí dos médicos, un enfermero y la anesestióloga; me canalizaron las venas justo encima de la mano y la enfermera inyectó la anestesia en un aparato. Luego me pusieron una careta plástica durante cinco segundos. En el término de este tiempo yo perdí totalmente la conciencia y después no me acordaba de nada. Recibí dicho tratamiento durante una semana continua. Sin embargo, los síntomas de depresión continuaban por lo que los médicos siguieron experimentando con otras alternativas.

Un viaje a San José de Suaita

Todos los miércoles, los médicos se reunían en un cuarto ubicado al interior de la clínica, en lo que ellos denominaban las “juntas médicas”. Allí había

un cuarto con unas seis sillas y una gran mesa, alrededor de la cual se decidía el futuro médico de todos los pacientes, y además hablaban de las últimas medicinas lanzadas al mercado psiquiátrico y su posible implementación en los enfermos.

El doctor Díaz, al ver mi resistencia a la “estabilización médica”, decidió reunirse con mis padres. Él, en nombre de los médicos y los dueños de la clínica, les expusieron la idea de llevarme a una filial de la clínica Santo Tomás ubicada en el pueblo de San José de Suaita, ubicado en Santander. Aquel lugar era importante para mi familia, pues allí habían nacido mis abuelos maternos, mi mamá y gran parte de mi familia.

Después de meditarlo un tiempo, mis padres decidieron dar vía libre al viaje. En este travesía me acompañarían mi madre (Gloria) y mi sobrino Juan Esteban, de cinco años. que fue para mí un apoyo incondicional, porque me acompañaba a todas partes. Los dueños de la clínica y los doctores hicieron los preparativos, y partimos un jueves a las cuatro y media de la mañana, acompañados por el enfermero Julián. Tomamos una flota Omega en el terminal de transporte de Bogotá y después de ocho extenuantes horas de viaje, llegamos a nuestro destino.

San José es un lugar paradisiaco tiene aproximadamente unas siete u ocho calles. Su tierra, considerada hasta los años cuarenta como una de las mejores para el cultivo del algodón, hizo que se desarrollara allí el complejo textil Coltejer, en lo que fuera una fábrica de chocolates, una refinería de azúcar y el molino de trigo Caballero hermanos.

A los lados de la única vía de acceso (recientemente pavimentada), se encuentran unas antiguas casas coloniales e infinidad de árboles frutales de naranja y mandarina. Al final del pueblo hay una gran cascada de unos cincuenta metros de altura, rodeada por una cadena montañosa, y en una colina se encuentra la iglesia del pueblo. La belleza del paisaje me hizo pensar en un cuadro pintado por Frederick Edwin Church, llamado El corazón de los Andes.

Bajamos de la flota Omega y nos invadió enseguida el ambiente caluroso y el olor a campo. Se sentía un delicioso aroma a naranjas y mandarinas y el sonido de los árboles nos daba la bienvenida. Tomamos nuestras maletas y caminamos aproximadamente unos cincuenta metros. A

medida que caminábamos, veíamos un gran edificio en ruinas y junto a este un gran árbol quizá centenario, testigo mudo de aquella disputa que otrora tuviesen los Pumarejo con los hermanos Caballero. En una piedra se podía distinguir el nombre de Sociedad de Hilados y Tejidos de San José de Suaita. La antigua fábrica era ahora un lugar fantasma, de virios rotos, desolado y carcomido por las enredaderas y el musgo, y rodeado por un cercado hecho con un herrumbroso alambre de púas. En la entrada a la fábrica había una reja metálica de un metro y medio de alto, con una inscripción en la que se podía leer: Coltejer.

Cuando el enfermero Julián dijo “hemos llegado”, mi madre y yo nos miramos. Mi sobrino, que era aún muy pequeño, pensaba que nos encontrábamos allí en plan de paseo, pero nosotros sabíamos que no era así. Atravesamos un prado grande bordeado de frutales junto a los cuales se podía ver la fábrica. Aquel lugar inspiraba miedo, no porque allí hubiesen fantasmas, ni cosas parecidas, sino porque la ausencia de personas me recordaba a los campesinos que un día hicieron de esta fábrica un imperio. De esta época tan solo quedaban las ruinas.

Contigua a la fábrica había una casa blanca de un piso, con tejas coloniales color naranja. Cuando el enfermero Julián nos hizo entrar, puso llave a la puerta de entrada a la casa. Días más tarde, mi madre me contó que le había extrañado que cerraran las puertas con candado, algo a lo que yo ya me había habituado porque, como le conté, era costumbre en la clínica de Bogotá. Adentro había otros pacientes, en su mayoría niños y jóvenes con retrasos mentales leves. El enfermero nos condujo a nuestra habitaciones y nos dejó instalarnos.

Al día siguiente nos levantamos de madrugada. Los niños que se encontraban en aquel lugar realizaban las labores típicas del campo: ordeñar las vacas, matar los pollos para el almuerzo y recoger los frutos de los árboles. Todos estos recursos eran utilizados para hacer nuestras diferentes comidas. Había dos niños que nos dedicamos mi mamá y yo a cuidar y a proteger como hijos nuestros. Uno de ellos tendría unos cinco años, era de tez trigueña y cabello era negro y tenía la mirada tan brillante como los diamantes africanos. Se llamaba Simón y, como era de la misma edad que mi sobrino, jugaba con él en los momentos de ocio. El otro niño era

Jerónimo, de unos diecisiete años, contextura delgada y cabello liso. Su cercanía con Simón me hacía pensar que él era su alma gemela, pues a cualquier lugar donde iba el pequeño iba él. Era un lazo de amistad tan hermoso que aún no he podido olvidar.

En las horas de la noche, antes de orar con mi mamá, íbamos a cenar con los demás pacientes. Los dos suponíamos con mi madre que los demás pacientes dormirían en sus respectivas habitaciones, pero nos sorprendimos al descubrir que en la parte trasera de la casa, en una habitación oscura, se quedaban Simón y Jerónimo. Aquel lugar me recordó el dolor y el olvido que había experimentado en el pabellón de los olvidados. Quise entrar y abrazar a aquellos pacientes, decirles que los amaba y que no se encontraban solos.

Enseguida, el enfermero Julián nos llevó a nuestra habitación, y después de darnos una despedida de buenas noches, nos encerró con candado.

La semana siguiente, mi señora madre decidió que debíamos ir a visitar a unas primas suyas que vivían en el pueblo. Para ello, debíamos pedirle permiso al enfermero Julián con antelación, ya que él tenía que llamar a Bogotá y desde allí se nos autorizaba la salida por un determinado tiempo, que por lo general era de tres horas.

Salimos varias veces, mi mamá, mi sobrino y yo. Íbamos a pasear por el pueblo y en cada una de esas ocasiones, la sensación de libertad invadía todo mi ser. Visitábamos al tío Joselyn, y a las primas Graciela y Marta. Aprovechábamos la salida para comer algo en la tienda de las primas o en la casa del tío.

Mi mamá desahogaba su corazón con nuestra familia; les decía a las primas que nos vigilaban hasta cuando íbamos a ir al baño, nos echaban candado en las puertas y llegaron a decirle que no se maquillara pues estaba prohibido. Ellos le aconsejaban a mi mamá que me sacaran de aquella “cárcel”.

El sonido de las grillos y los bellos atardeceres nos indicaban que ya era hora de volver a la clínica.

El enfermero Julián nos invitó un día a llevar unas veladoras a una familia que vivía muy lejos de la fábrica, en la parte alta de las montañas, como a unas tres horas de camino. Los tres, mi señora madre mi sobrino y

yo junto con el enfermero, nos fuimos aquella mañana y cruzamos por hermosos paisajes y riachuelos, y llegamos a un pequeño caserío justo en medio de las montañas. La familia, que estaba constituida por tres niños y dos adultos, eran ayudantes en los cultivos de papa que la clínica tenía en la parte alta de la montaña.

Cuando no podíamos salir, mi mamá se entretenía contándome historias de cómo había aprendido a montar caballo a los cinco años. Ella tenía un caballo negro azabache y era muy diestra en montarlo; me prometió que algún día íbamos a poder conocer la finca del primo Marcos y probar las mandarinas que cultivaba, así como conocer su trapiche de panela. También soñábamos con ir a la cascada, la chorrera, para disfrutar una deliciosa picada de carne y cerdo con nuestra familia.

La última temporada en la clínica

Después de unos veinticinco días de estadía en la filial de la clínica en San José de Suaita, regresamos mi madre, mi sobrino, el enfermero Julián y yo, a la clínica Santo Tomás. Mi señora madre, que era mi acudiente en la clínica, fue invitada a tomar parte en una reunión junto con los médicos, para hablar del proceso que tuve en ese lugar.

Yo le había comentado a mi madre el deseo que tenía de salir de la clínica. Una vez más la historia se repetía; desde la creación del Hospital Bethlam en Inglaterra, ningún enfermo se había curado de las enfermedades mentales. Por ello lo más conveniente era probar fuera de aquel lugar.

Los médicos hicieron la reunión con mis padres un martes en las horas de la mañana. Le preguntaron a mi mamá qué le había parecido el viaje a San José de Suaita.

—Yo, que soy una persona “cuerda”, me sentía encerrada. Tenía que pedir permiso hasta para ir al baño o maquillarme. Esto es una cárcel, ahora entiendo a mi hijo y a los pacientes— respondió.

Los doctores guardaron un silencio sepulcral; mis padres esperaban una respuesta, pero solamente se atrevían a mirarse entre ellos. Luego, mi madre agregó: “voy a sacar a mi hijo pronto de este lugar”. Los médicos asintieron sin decir una palabra.

Duré una semana más en la clínica. Mis padres me sacaron de aquella “cárcel” dos años después de mi ingreso. El día que salí, volteé a mirar hacia aquella edificación colonial y pensé en todos los que se quedaron adentro, en mis amigos Neliño, el soldado Ladines, Santiago, Juan, Simón, Andrés, Pedro, aquellos hombres valiosos que querían ser escuchados, queridos, recordados.

Un reencuentro con el destino

Diez años después, mi padre y yo caminábamos por la calle 53 con carrera cuarta hacia el hospital militar; giramos por la carrera tercera y nos encontramos con un paciente de la clínica Santo Tomás, llamado Daniel. Nos saludamos cordialmente. Él podía salir de la clínica, pues distribuía los panes y los pasteles en las panaderías cercanas. Le pregunté por Neliño, a quien alguna vez había intentado visitar (infructuosamente, pues se requería un permiso del médico tratante). Daniel se quedó en silencio por unos instantes y me dijo: “Neliño se suicidó”. Quise preguntarle cómo, cuándo, por qué, pero me quedé mudo. Lo más paradójico de todo esto es que, a pesar de mi cercana amistad con Neliño, él me lo dijo en tono de secreto, como si aquello que había pasado no debiese ser revelado. Daniel me comentó además que don Santiago había muerto de un paro cardíaco. Desde aquel día no dejo de pensar en mis queridos amigos y en su suerte. ¿Será que Neliño intentó escaparse de aquel lugar, con tal mala suerte que se cayó desde aquellos muros inexpugnables? ¿Será que el corazón fatigado de don Santiago se cansó de vivir en medio de la indiferencia que hay en el pabellón de los olvidados?



Jorge Alejandro Ruiz. Nací el 2 de Junio de 1981 en Bogotá. Estudié Licenciatura en español y filología clásica en la Universidad Nacional de Colombia. Fui ganador de la beca de Taller de crónica ciudad de Bogotá, y de la beca de escrituras creativas en el Clan Quiroga de la localidad Rafael Uribe Uribe. Estoy estudiando francés en la alianza Colombo francesa, así como Inglés en la plataforma Rosseta del Banco de la República. Además dicto talleres de cuento a los alumnos del grado séptimo del Colegio parroquial San Luis Gonzaga.

- 1 El trastorno psicoafectivo bipolar afecta tanto al estado de ánimo como la conducta. La persona que padece de esta enfermedad, pasa por estados emocionales extremos, que van desde la energía excesiva y la euforia hasta la depresión y los pensamientos suicidas.
- 2 Santo Tomás de Aquino (1224—1274) fue un teólogo y filósofo católico perteneciente a la Orden de los Predicadores. El principal representante de la enseñanza escolástica. Entre sus obras más conocidas se encuentran la *Summa theologiae* y la *Summa contra gentiles*. Fue muy popular por su aceptación y comentarios sobre las obras de Aristóteles, señalando, por primera vez en la historia, que eran compatibles con la fe católica.

- 3 La esquizofrenia (del griego clásico σχίζειν schizein ‘dividir, escindir, hendir, romper’ y φρήν phrēn, ‘entendimiento, razón, mente’) es un diagnóstico psiquiátrico que se utiliza para personas con un grupo de trastornos mentales crónicos y graves, caracterizado a menudo por conductas que resultan anómalas para la comunidad como la alteración o la falta de percepción de la realidad.
- 4 El hospital Real de Bethlem (Beckenham, Bromley, Londres) fue el primer hospital psiquiátrico conocido en Europa. A pesar de que ya no existe la edificación original, se sabe que fue fundado en 1247. Ha sido llamado Santa María de Bethlem, Hospital de Bethlem y Bedlam (que significa “casa de locos”). El hospital hoy en día se encuentra a la vanguardia del tratamiento psiquiátrico, aunque en parte de su historia fue famoso por su crueldad y su trato inhumano.
- 5 Durante la terapia electroconvulsiva la corriente eléctrica provoca una convulsión en el cerebro. Los médicos creen que la actividad convulsiva puede ayudar al cerebro a “reconectarse” a sí mismo.

Entrevista

Jorge Alejandro Ruiz

¿Cómo surgió la idea del proyecto?

El director del taller, Cristian Valencia, nos propuso hacer una crónica de tema libre. Debido a la experiencia que viví en la clínica Santo Tomás y lo que había pasado con los pacientes y mi amigo Neliño, creí oportuno narrar dicha historia.

¿Qué herramientas le dio el taller para ayudarlo a desarrollar su proyecto?

Me dio muchísimas herramientas. Desde los textos que nos daban el profesor y los compañeros para leer, hasta los ejercicios propuestos en clases, de corrección de estilo y redacción.

¿Qué tipo de libros lee?

Me fascinan los cuentos de ciencia ficción: Julio Verne, H.G. Wells, las crónicas, y las novelas europeas, como *En busca del tiempo perdido* de Marcel Proust.

¿Los talleres de Idartes ayudaron a convertirlo en lector?

Claro que sí, pienso que es un espacio muy importante no solo para mí sino también para todos aquellos escritores que buscan una oportunidad para compartir su talento.

¿Qué relación existe, en su caso particular, entre la lectura y la escritura?

Es esencial. Yo tenía un maestro en la universidad que me decía: “si quieres escribir una hoja, primero debes leer cien páginas”.

Para este texto específico, ¿qué leyó?

La historia de la locura en la época Clásica, de Michael Foucault; *la Summa theologiae* y *la Summa contra gentiles*, de Santo Tomás de Aquino. Vi un documental que se llama *La psiquiatría, industria de la muerte*, y leí un artículo de la revista *Historia crítica* de la universidad de los Andes llamado “Entre la religión y la política”, de Hernán Vergara Delgado. Además de películas como *Una mente brillante* y *Atrapados sin salida*, entre otros.

¿Cómo fue el trabajo con el tutor?

Fue genial, nos proponía ejercicios de corrección de estilo, nos hacía leer los textos en voz alta, enriquecía la clase con dinámicas, música y análisis crítico de lecturas.

¿Cómo fue el trabajo con sus compañeros? ¿En qué enriquecieron el texto?

Los compañeros ayudaron muchísimo en la elaboración del texto, pues la práctica de la escritura se enriquece a partir de las correcciones y sugerencias que hacen los otros, así como del intercambio disciplinario y cultural.

¿Sigue escribiendo?

¡Claro! En este momento estoy finalizando un proyecto de escritura de cuento en el Clan de Idartes de escrituras creativas.

¿Cree que se puede enseñar a escribir?

Claro que sí. En la actualidad dicto unos talleres de narración a los alumnos del grado séptimo del colegio San Luis Gonzaga. Creo que cada persona escribe de una manera diferente, tiene una voz propia, la idea es extraer esa voz y dejar que tome vuelo y forma. Para ello es indispensable el conocimiento de la técnica de la escritura.

¿Cree que se aprende a escribir?

Justo en estos días calificué sus procesos de aprendizaje y me siento satisfecho con lo que han hecho. Aunque soy consciente de que el aprendizaje de cada persona tiene unos tiempos diferentes, creo que teniendo paciencia se pueden lograr excelentes resultados.

¿Usted es un escritor?

Bueno, lo que sé es que me apasiona el ejercicio de la escritura, pues es un proceso en el cual uno nunca acaba de aprender. Además soy consciente de que la escritura sirve para cimentar la verdadera paz en un país, por ello le apuesto a este tipo de expresión.

¿Quién es un escritor?

Pienso que todas las personas potencialmente pueden serlo. Cualquiera que tenga la necesidad de comunicarse con sus semejantes, sin importar su estatus ni su nivel social.

¿En qué cambió su vida el haber escrito?

En mucho. Soy una persona nueva gracias a aquellos que algún día se interesaron en legar su conocimiento. La escritura puede edificar la paz y la reconciliación en un país, estoy seguro de eso.

¿En qué cambió su escritura el haber asistido a un taller?

Fue maravilloso, aún hoy, cuando dicto los talleres de narración, me acuerdo de las enseñanzas que recibí de mi tutor y puedo aplicarlas.

¿Para qué escribe?

La escritura es mi segundo amor después de Dios, mi familia y todos los seres humanos. Es la manera en que me puedo aproximar a amar y entender a las personas.

¿A qué horas escribe?

Me siento cómodo al escribir en las horas de la mañana, mi mente está descansada y mis ideas son más claras. Me encierro en mi cuarto de estudio e intento dejarme llevar por mis ideas.

¿Cree que cualquiera puede ser un escritor? ¿Qué se necesita para serlo?

Cualquier persona es un potencial escritor, como lo dije anteriormente, desde el joven o el niño que le hace una dedicatoria a su familia, a un amigo, a una amiga, a un novio, hasta las personas que utilizan la nueva tecnología: teléfonos, mensajes de texto para comunicarse con los otros. Hoy el mundo necesita comunicarse a través de la escritura.

La chaza y el chocho

Sergio Enciso Marín

A las siete de la noche Carlos ya llevaba un rato con la chaza en la calle. Estaba en una esquina, al frente de la entrada de un bar donde algunas chicas semidesnudas invitaban a los hombres a entrar. El artista tenía puesto un jean viejo, un sombrero azul claro que le ocultaba la cara y un chaleco verde al que él le había añadido toda clase de bolsillos útiles para tal ocasión: su primera sesión de venta ambulante en el barrio Santa Fe. A esa hora lo alcancé en la esquina de la calle 23 con 16 donde él estaba y me paré a su lado.

Así fue que yo también vencí el miedo y me introduje por primera vez en la carrera de las ventas callejeras. Lo hice como parte del proyecto con el que Carlos pretende adentrarse en la cotidianidad de la marginal Zona de Alto Impacto ubicada en la localidad de los Mártires. Carlos construyó una chaza y se disfrazó de vendedor para poder deambular sin levantar sospechas y retratar las calles del barrio con sus prostitutas y sus clientes. Lo hace encubierto porque sabe que ninguno de ellos se dejará fotografiar. Carlos ha visto cómo las prostitutas les rompen los vidrios a los carros cuando ven un tipo con un celular; se puede armar un lío de golpes, puñetera y cuchillo. Las trabajadoras gritan “foto, foto, foto” y se van a buscar al tipo, le quitan el celular y le agarran el carro a patadas. A pesar de esta dificultad, Carlos desea crear un registro fotográfico íntimo y detallado que documente la realidad y la cotidianidad de la Zona de Alto Impacto. Por eso tuvo que ingeniar una manera para tomar las fotos sin ser visto.

Carlos Manríquez, a quien conozco desde el primer día que entré a la escuela de artes en el 2000, decidió dejar su natal Bosa en el 2005 para pasarse a vivir a la calle 22. Lo hizo por la centralidad de la zona y por los

bajos precios de la finca raíz. El artista plástico se declara un enamorado del barrio por la presencia constante de mujeres semidesnudas. Las prostitutas se exhiben en los pórticos de los edificios de varias calles en ropa interior o vestidos pequeños y son visibles desde su ventana. En su apartamento aparecen en su mesa de dibujo y en las paredes los retratos de algunas prostitutas, entre ellos uno a tamaño real de la Blanquis, una mujer que trabaja en la calle 22 con 15. “La Blanquis —dice Carlos— siempre está muy bien tuneada, siempre anda bien arreglada, tiene un personaje muy bien instalado de prostituta”. Blanquis no es su nombre, pero así la llamamos todos los que visitamos la sala/taller por la palidez de su piel y el contraste con la negrura de su pelo liso. Ella y otras chicas aparecen en los retratos hechos por el artista en contrapicado debido a la distancia y al ángulo en que se ubican respecto a la ventana desde donde Carlos las observa. Sin embargo, el último proyecto del artista va más allá de la observación lejana. La chaza es el medio con el que Carlos registrará esa cotidianidad, no como un fotógrafo invasor sino como un habitante y trabajador.

Carlos siempre se ha sentido atraído por las cosas prohibidas, siempre le atrajeron las prostitutas y reconoce que fue por su crianza católica estricta. “Lo prohibido me gustaba y cuando descubrí que había un espacio donde podía acceder a ellas, pues me gustaba ir y mirar. Me gustaba pasarme por las enrejadas, mirar, mirar. Yo hacía uso de mi derecho a la microeconomía prostituyente. Luego ligué eso con la afinidad artística y en la universidad comencé a retratar las habitaciones de las enrejadas”. Tampoco para él es nuevo el tema de los vendedores ambulantes: ya antes se había interesado por realizar videos e instalaciones utilizando como tema y objeto a los comerciantes ambulantes de Bosa. En cambio para mí este asunto es nuevo. A pesar de que he tenido muchos trabajos diferentes a lo largo de mi trayectoria profesional —he sido profesor de idiomas, asistente de investigación, de montaje, técnico, escritor, traductor e intérprete, profesor de arte e incluso mesero y cajero de restaurante— nunca he sido chacero.

La conversación que tuve con Carlos sobre su trabajo y el conocimiento previo de las calles y los bares son el mayor entrenamiento que recibí para el empleo con el que recorreríamos en la noche la Zona de Alto Impacto.

Tal zona está ubicada en la localidad de Los Mártires, una de las tres localidades que componen el centro urbano de la ciudad junto con Santa Fe y Candelaria. En ese triángulo se ubican los espacios que componen el eje de poder político, cultural y económico del país, y a la vez sus zonas más problemáticas. Los museos y las casas antiguas de la Candelaria, la Plaza de Bolívar, el Capitolio Nacional, la Casa de Nariño, el Palacio de Liévano, el Centro Internacional con nuestro pequeño Manhattan, las universidades de élite y no tan de élite, la Torre Colpatria y la naciente torre Bacatá, están a muy pocos pasos del Bronx —un callejón de miseria y el mayor foco de tráfico de sustancias psicoactivas del Distrito Capital—, de las plazas de mercado llenas de vendedores e indigentes y de la Zona de Alto Impacto. Desde las ventanas de los edificios de la zona se miran unos a otros sin saludarse y sin reconocerse las prostitutas, los chaceros, los indigentes, las amas de casa, los oficinistas, el Alcalde Mayor, los Ministros y el Presidente de la República.

En la Zona de Alto Impacto aún se siente la belleza de las construcciones judías de antaño. Muchas de sus edificaciones fueron levantadas por alemanes, polacos, rusos e ingleses que llegaron a Bogotá huyendo de la lucha antisemita propiciada por Hitler a principios del siglo xx. Los grandes clubes y las grandes discotecas han cubierto con baldosas de colores, pinturas fosforescentes, grafitis y avisos de neón los edificios de estética inglesa con techos terminados en punta. Allí, donde antes habitaron familias de ricos aristócratas, artistas y poetas, ahora se vive una atmósfera agresiva y la temperatura de sus calles se percibe por lo menos dos grados más alta que en el resto de la ciudad. En la noche se siente el fervor de la fiesta, del consumo, del límite entre lo legal y lo ilegal y un calor que obliga a que las mujeres se muevan con el vaivén de las calles llevando poca ropa.

Filas interminables de mujeres como la Blanquis, ponen su cuerpo —su vagina, su chocho, como lo llama Carlos— al servicio de los clientes que llegan a buscarlas en edificios donde antes hubo casas de diseños innovadores que recordaban la Escuela de la Bauhaus¹. Ésta es tal vez una de las particularidades que hacen única a la zona de Zona de Alto Impacto: su arquitectura y ordenamiento urbano actual se han adaptado alrededor del cuerpo exhibido y público de la mujer. El cuerpo de las prostitutas expuesto

en los garajes y los pórticos, en el afuera, ha llevado a que, entre las calles y carreras se desarrolle —junto a los grandes emporios comerciales— un nuevo “modelo de negocio”, como lo llama Carlos.

El recorrido que Carlos planteó incluía visitar con la chaza los locales comerciales en los que, según Carlos, “usted no va solo a tomar cerveza escuchando música de la rockola, sino que va a ver la prostituta enfrente, a la chica que está ahí medio empelota”, en medio de la marea tronadora compuesta por carros particulares, taxis y motos que solo pasan por la carrera 15 para ver a las prostitutas (el conocido cuquitur). Desde esos locales se puede observar a las señoritas a cualquier hora del día con sus rostros perfectos, maquillados, y con sus galas elegantes o extravagantes y zapatos de tacón.

El trabajo de chacero, en cambio, demandaba un atuendo completamente diferente. Carlos me dio dos instrucciones simples: no boletée el celular y no se venga vestido gomelo. Me llevé solo un saco gris de capucha y un jean. Además de eso, Carlos me dio tres puñados de monedas para dar vueltas y la promesa ir a comer algo cuando termináramos (el trabajo no incluía ganancias ni pago). La dinámica de las ventas entre Carlos y yo consistía en que él vendía los minutos del celular y dirigía la expedición, mientras que yo distribuía los cigarrillos, las mentas y los chicles.

La venta empezó en la esquina donde nos habíamos encontrado. Carlos caminaba al frente y decidía en qué sitios nos parquearíamos para dejar que la cámara que se escondía en el interior de la chaza hiciera lo suyo mientras el artista le ordenaba con el mando a distancia qué imágenes debía robársele a la noche. Yo empujaba el carrito esquivando las trochas en el asfalto y cuando nos deteníamos tomaba notas. La gente en la calle nos gritaba “chaza, chaza, espérese, deme un Mustang” y nadie en apariencia nos veía como algo diferente. Esta normalidad en el trato me tranquilizó y dejé de sentirme como un intruso.

Seguimos avanzando por la carrera 16, empujando la chaza hacia el sur. En ese trayecto se calma el ruido, la marea de carros y la música desaparecen, la calle se oscurece pero luego regresa un ambiente festivo y fogoso. En la esquina de la calle 21 con 16 aparecen dos cariátides

vigilantes. Dos construcciones que se asemejan a las estatuas de piedra que resguardan la tierra de la fantasía y las que Atreyu tiene que sortear en la *Historia interminable*. Esas dos edificaciones, una casa llena de grafitis y un bar llamado el Imperio Romano, anuncian que uno está traspasando la frontera que divide en dos la Zona de Alto Impacto. Al cruzarlas —ya no se está en el barrio Santa Fe sino en la Estanzuela— se entra al desfile de las prostitutas trans en todo su esplendor de la noche. Se abandona una parte de la zona marginal que es la Zona de Alto Impacto para entrar en una cuadra aún más marginal: un mundo dentro de otro pero a su vez al límite.

Desde la calle, junto a la casa de los grafitis (la Corporación Trans), apareció una mujer con unos tacones color naranja. Tenía un vestido negro estampado con rosas rojas que le llegaba hasta las rodillas y el pelo color zanahoria recogido en una cola de caballo. Llevaba al descubierto los brazos y los hombros, que eran del mismo color trigueño de su rostro. No sonreía. Desde alguno de los bares, una caja musical computarizada con forma de Blackberry gigante dejaba escapar una selección de canciones. “No se qué es / qué es lo que tú tienes / que me tienes loco y envuelto / y quiero otra vez / que dure mas que la última vez / Yo quiero una mujer como tú”. Mientras escuchábamos en silencio la poesía contemporánea de Lui-G, Carlos y yo observábamos desde la chaza a la dama de los tacones. Ya antes la habíamos visto, pero nunca tan cerca. Carlos y yo nos habíamos sentado antes dentro del Imperio Romano, o en el bar de las Mariposas a hacer lo que hacen todos los hombres que pasan por allí: mirar a través del plástico reflexivo que cubre las ventanas desde el interior de los bares el desfile constante de mujeres extravagantes como la señorita del vestido negro de rosas y sus compañeras.

Carlos me hizo parquear con la chaza justo al frente del Shangay, un bar en el costado contrario al bar de las Mariposas en el andén gobernado por las trans. No nos habíamos atrevido antes a entrar allí porque su portón está siempre rodeado de chicas. Por eso yo lo llamaba nuestra “última frontera”. El parasol abierto que Carlos le puso a la chaza nos protegía y por eso nos hicimos lo más cerca que pudimos a las damas que bailaban y se apretujaban con los clientes de los bares.

Aparte de los asuntos de género, hay algo que diferencia a las trabajadoras trans, las que ejercen cerca al Shangay, del resto de las mujeres que trabajan en el grueso de la Zona de Alto Impacto. Las damas cisgénero, las que no son trans², están sentadas o de pie en las puertas de las residencias, en los pórticos o en los garajes de los hoteles con una actitud serena. A pesar de lo excéntrico de sus atuendos —unos minivestidos tejidos en macramé o en seda de colores fosforescentes— y de estar mostrando sus senos o sus vaginas, ellas están generalmente tranquilas (excepto cuando las van a fotografiar). Se acercan a los hombres, los tocan, los halan, los “pisperan” y les dicen cosas bajito, pero están allí apacibles, puestas como maniqués. En cambio, en la calle de las trans, las trabajadoras están en constante movimiento. Como no tienen pórticos ni residencias con parqueaderos, se mueven de costado a costado de la carrera, entre los bares en donde interactúan con su clientela. Recorren su andén mientras bailan para llamar la atención de la clientela de los carros. Ellas son las dueñas de la acera y se comportan como representantes departamentales de la belleza sin supervisión de Raimundo en una ballenera.

El resto de quienes se ven obligados a transitar por allí, lo hacen por la mitad de la calle, con los carros y los perros callejeros. Intentan huir de la esculturalidad de las chicas, de su belleza, de sus invitaciones e insinuaciones hechas a gritos, de sus voces gruesas. En alguna ocasión observé cómo una de ellas le hacía un baile sugestivo a un joven inamovible que esperaba al otro lado de la carrera. La dama, con un pantalón de rayas y un top pequeño con los colores del uniforme de la mujer maravilla, movía su enorme trasero apuntándolo al joven, a los carros o a otros posibles clientes, al mismo tiempo que les clavaba los ojos. La música del Shangay le servía de pista para que ella moviera la cadera y diera brincos mientras se sostenía de un aviso de prohibido parquear.

La calle de las trans tiene para sus clientes una gran variedad de trabajadoras con aspectos físicos diversos: las hay grandes y voluptuosas, como la chica del pantalón de rayas, o jóvenes adolescentes con cuerpos de niñas; también las hay con pintas gomelitas o de damas sencillas, casuales o elegantes. Hay costeñas, paisas, rolas; también góticas, shakirescas o

beyoncescas; la mayoría de ellas están en la flor de la vida y no sobrepasan los 35 años.

La Zona de Alto Impacto se ha convertido en un lugar de Bogotá que acoge no solo a personas que buscan refugio por el conflicto armado en todo el país, sino en una zona de liberación (tolerancia) identitaria. Allí llegan muchos jóvenes trans —o del colectivo LGBTI— con la esperanza de asumirse y de vivir en tranquilidad. Muchos los hacen después de huir del desprecio y el rechazo de sus familias o de los grupos sociales que no los entienden. María Mercedes Miranda, directora de la Fundación Transgredir la Indiferencia, me comentó en una oportunidad que “aquí llega mucha muchacha joven, o muchachito que quiere hacer su tránsito. La mayoría de ellas no llega a la zona de alto impacto queriendo ejercer la prostitución pero se contaminan muy rápido”.

Lui-G seguía cantando en el Blackberry gigante, “desde que te vi / supe que me iba a jukiar contigo / desde que te vi lo supe / pero no te preocupes / no es que esté enamorado / es que estoy apasionado / de ese culo que vino en tamaño exagerado”. Carlos y yo descubrimos que si queríamos clasificar a las señoritas que vimos en la calle de las trans podíamos dividir las en dos grupos: en el primero tendríamos a aquellas chicas que conservan sus cuerpos en relativa “normalidad”, sin quitar ni negar su diversidad. En el segundo están las chicas con grandes culos, la moza bailarina del aviso, junto con la doncella del vestido de rosas y otras más cuyos cuerpos se han transformado hasta convertirse en beldades impresionantes.

A esta transformación se le llama “hacerse el cuerpo” e implica rellenarse con diferentes productos los glúteos, las piernas y caderas. Este procedimiento debería ser realizado por un profesional de la medicina, pero ellas lo hacen en sus mismos apartamentos. Incluso utilizan materiales como Super Bonder para sellar las heridas, porque no cuentan con los recursos ni con el acceso a lugares médicos profesionales donde ejercer estas prácticas. Según la legislación colombiana, el estado debería asumir los costos de la terapia hormonal y los tratamientos del tránsito para las personas transexuales, pero eso en la realidad no se da. “Para que una persona entre al Sisben, el Sistema De Identificación De Potenciales Beneficiarios De Programas Sociales, dura nueve meses. Cuando usted

ingresa pide una cita y eso es cinco minutos —cuenta Mercedes Miranda— la chica dice ‘yo quiero hacer mi tránsito, es que yo soy niño pero yo quiero ser niña’, entonces el medico le dice ‘usted está es como mal psicológicamente porque yo no le veo nada, yo lo veo a usted como un niño’. Y las chicas ya lo saben, y para acceder a eso duran mes tras mes tras mes para una cita y se aburren y no lo hacen. Para lograrlo tienen que llegar es ya convertidas, transformadas. Son muy pocas las personas transexuales que conquistan el tránsito a través del sistema legal de salud, para lograr luego cambiar la cédula de sexo hombre a mujer, en el caso de quienes buscan hacerlo.

Del primer grupo de chicas trans, las mas jóvenes que no han modificado su cuerpo, recuerdo una porrista que desfilaba de costado a costado de la carrera. Ella no llevaba tacones y tenía el cuerpo de una adolescente en crecimiento, sin culo ni tetas redondas. Sus tenis Converse la llevaban entre los huecos, los charcos y las piedras con pasitos suaves y angelicales. Era blanca, tenía una camiseta de baloncesto de un equipo americano que le llegaba abajo de la cadera y un short de jean. No llevaba medias y caminaba revoleando una carterita parecida a un carriel paisa. Su cara era larga y pálida, sus ojos negros y profundos y tenía los dientes chuecos, lo que le daba a su rostro un toque de ingenuidad similar al de Kirsten Dunst, pero con voz paisa, gruesa y nasal. Carlos me dijo que le parecía muy sexy. Ella construye personajes para la jornada de trabajo y estoy seguro de que si ella los ofrece es porque alguien los desea y los compra, pero ¿quién? ¿quiénes son los clientes de las trans?

Al otro lado de la calle, frente al bar de las Mariposas, un hombre joven, con un saco gris de lana, un jean y pinta de mecánico o de obrero, fumaba de pie apoyado en la pared. Tendría unos 35 años, la piel quemada y la mirada de niño travieso en sus ojos azules. Una de las chicas mas jóvenes en apariencia, se le acercó. El tipo volteó la cara y leí sus labios: “¿A cómo la vuelta?”, preguntó. La niña me daba la espalda y no pude saber la respuesta. De una puerta junto al Shangay, salió una de las señoritas que trabaja en la calle, se arregló el pelo y se retocó el maquillaje. Detrás de ella salió un muchacho de unos 25 años, con un pantalón amarillo, un saco habano de capucha y una gorra verde. Se escabulló en el andén y se perdió

entre la noche. La primera vez que estuve en el Imperio Romano el año pasado pude ver un par de jóvenes de unos treinta años, que venían en un Twingo. Los dos tenían pinta de ser estrato cinco. La noche que los vi, cada uno estaba emparejado con una de las chicas, bailaron y cantaron sin ocultar su gusto ni sus erecciones, se abrazaron con sus parejas y luego uno de ellos, el de la pinta más intelectual, se fue para la residencia. Mercedes me cuenta que allí se ve de todo: “llega gente con carrazos, señores a pie en vestido de paño, el jíbaro, el habitante de calle. Lo que llega son clientes”. Me pregunto ¿son los clientes de las chicas trans hombres gay, heterosexuales? ¿tener relaciones con una chica trans te pone en alguna categoría diferente? ¿es posible capturar la complejidad de este lugar con una cámara fotográfica escondida dentro de una chaza?

De esa calle me queda solo una certeza: que sus bares y sus andenes son un cruce de caminos donde el lenguaje se corta. Las categorías del género y de la identidad sexual no funcionan. Es imposible etiquetar a los hombres que bailan sonrientes y cómodos con las mujeres trans dentro de las categorías tradicionales. Decir que son “gay” o “heterosexuales con gustos extraños” no es suficiente y no aplica. Las mujeres de esa calle no son mujeres, no son hombres, son demasiado mujeres para ser trans, pero son muy trans para ser mujeres. Son prostitutas, pero también son amantes y novias por el rato. Son personas de carne y hueso y a la vez son ilusiones etéreas. Se comportan como delicadas geishas, pero son guerreras, titanes, estrellas pop o bailarinas. Todo en la calle de las trans se desdibuja, se vuelve volátil aunque muy pesado.

El Shangay, el Imperio Romano o el bar de las Mariposas, no son tan diferentes a los otros bares de la Zona de Alto Impacto como el Moulin Rouge o el Melrose Place, lugares a los que los hombres van a ver las mujeres trabajar desde lejos. Pero esos dos tipos de bares, esas dos zonas, están separadas por una barrera invisible. Una barrera que se atraviesa al pasar las cariátides solitarias y que las chicas a lado y lado no pueden cruzar. Nadie sabe quién regula esa frontera, pero mezclarse entre trans y mujeres cis-género está prohibido. Las chicas trans se mantienen en su espacio, se quedan confinadas lejos del centro de la máquina de hacer

dinero que es la Zona de Alto Impacto. Aunque para que ese sector haya llegado a ser lo que hoy es haya sido fundamental su existencia.

Para finales del siglo xx el barrio Santa Fe se había convertido en una arena en la que se enfrentaban varios jugadores con intereses diferentes. Por un lado estaban los habitantes del barrio, quienes se resistían al cambio. Luchaban en asociaciones políticas y con la iglesia por conservar impoluto el hogar de sus familias y sus tradiciones a pesar del eminente cambio que parecía venir. Por otro lado estaban los agentes de la prostitución y el comercio. Las prostitutas empezaron a concentrarse y a hacerse más visibles, a pesar de que al final de la década de los noventa una orden de la alcaldía las confinó a trabajar en la parte de arriba de la avenida Caracas y la carrera 13. Allí, ellas podían únicamente ofrecer sus servicios detrás de las pesadas rejas de hierro que yo recordaba haber visto en la televisión y en los corredores oscuros que retrató Carlos. En esa misma época las prostitutas trans comenzaron a hacerse un espacio en la calle y escogieron la esquina de las calles 24 y 25 con avenida Caracas como centro de trabajo³. Diana Navarro, la defensora más notable de los derechos de las prostitutas en el barrio Santa Fe, en una entrevista concedida a Isabel Cristina Buriticá, comenta que uno de los motivos relevantes para la creación de la Zona de Alto Impacto fue el fallo de la Acción de Tutela No. 2000-0672. Un ciudadano de la localidad de Barrios Unidos abogó por los derechos de los habitantes del barrio; alegaba que las prostitutas, en especial las trans, con sus cuerpos desnudos, le estaban violando el derecho a una vida digna, a la tranquilidad y a la paz a las familias y a los niños. La acción de tutela resultó en que el juez 31 penal municipal le ordenó al alcalde mayor Antanas Mockus, que reglamentara en seis meses la prostitución en Bogotá y creara zonas para el ejercicio de la misma. Luego de una serie de ejercicios de participación, realizados por el Departamento Administrativo de Bienestar Social con la ciudadanía, surgió el Decreto 187 del 2002. Ese decreto dictaba que la UPZ Sabana No. 102⁴ era la más idónea para la realización de la actividad debido a que en ella se localizaba más del 70% de los predios destinados a uso comercial. A partir de ese momento, la prostitución y los negocios relacionados con ella, las casas de lenocinio y las whiskerías, debían concentrarse allí. El Montecarlo dejó de ser uno de

los pocos clubes de la zona y se le abrió paso a locales como La Piscina, Atunes, la Casona y Paisas Club. Muchos de los habitantes de antaño se vieron afectados y debieron vender sus viviendas a bajos precios por la devaluación del sector y por no estar de acuerdo con esa forma de trabajo. Las prostitutas, las mujeres cisgénero y las trans, se instalaron en el barrio. El paisaje del Santa Fe cambió con el consumo de alcohol y la venta de drogas.

Pusimos la chaza de nuevo en movimiento y dejamos la algarabía de las trans. Teníamos que seguir avanzando. Empezamos a subir por la calle 20 y nos internamos en la oscuridad y el silencio. En la zona, casi a la media noche, quedan muy pocos lugares abiertos que no sean de expendio de alcohol. No quedan tiendas, ni papelerías disponibles al público. Por eso la calle por la que subimos estaba vacía, calmada. Marchamos despacio observando el mar de soledad que únicamente era interrumpido por dos prostitutas al frente de un local cerrado de autopartes y una señora de unos 65 años que vendía café en la entrada de un edificio, acompañada por dos muchachos jóvenes.

Sin explicarme por qué, Carlos me pidió que nos detuviéramos en la esquina que estaba una cuadra debajo de la bomba de gasolina. Me pidió que lo esperara, dijo que se demoraría diez minutos y cruzó la calle en diagonal, traspasó la puerta de un local y desapareció. Yo me quedé allí, a unos metros de la señora de los cafés, con la chaza, solo, sin refuerzos. Por unos minutos temí lo peor, me imaginé que pasaría una banda de ladrones y me quitarían el carro con la cámara y con los 300 mil pesos en mercancía y que cuando Carlos saliera de donde quisiera que estuviera, me encontraría sentado en una esquina llorando por el robo, si es que me encontraba. Pero eso no pasó, si pasó un taxi y su conductor me compró un cigarro y luego Carlos regresó.

Durante esos quince minutos, los más largos y aterradores de mi existencia, Carlos había ido a hacer una compra en un local de la mitad de la cuadra. Desde donde yo estaba vi la gente llegar y tocar. Una porción pequeña de la reja se abría y según quien fuera lo dejaban seguir. La gente salía 10 ó 15 minutos después con las manos en los bolsillos y se echaban a correr. Tal lugar era una “olla”, término con el cual se denomina a los

lugares donde se expenden sustancias psicoactivas. En la Zona de Alto Impacto es común encontrarlas; son inmuebles que funcionan las veinticuatro horas, pero vistos desde afuera parece que estuvieran desocupados e inhabitados. Su interior funciona como una especie de banco, donde la gente compra las sustancias de su predilección.

Durante el tiempo que estuve parado en la esquina, la fila no dejó de formarse: jóvenes, hombres y mujeres se acercaban a la puerta, entraban y volvían a salir. También llegaban algunos carros y taxis. Cuando un taxi se detenía, uno de los muchachos que acompañaba a la señora que vendía café, se levantaba y se acercaba. Del interior del carro las personas le entregaban dinero y el muchacho salía corriendo para el local, tocaba la puerta, lo dejaban entrar y salía de nuevo a los diez minutos. Corría hacia el carro y entregaba la mercancía. Él era el vínculo entre los clientes de los taxis, los carros y el lugar de expendio. Gracias al joven los dueños de los automotores no tienen que exponerse ni dejar el carro solo.

Las ollas elevan la temperatura del barrio. Hacen que se sienta caliente a pesar de la oscuridad y la soledad. La policía sabe que esos locales están allí, pero no hacen nada. María Mercedes me contó que para ella la Zona de Alto Impacto es algo diferente al resto de la ciudad. Allí predomina la ley del más fuerte: “la zona de tolerancia es algo así como ‘el oeste’. En el Santa Fe se consume muchísima droga y el que tiene la línea de ese consumo es el que manda. Aquí hay mucho muerto por eso, por ese consumo, y nadie dice ‘vamos a poner una denuncia’, aquí se van dando unos contra otros. La policía es pura pantalla, usted ve los policías viendo a las chicas en los sitios, pero si hay una pelea o un robo ellos no intervienen”. La gente de los bares más grandes pone su propia seguridad y decide quién pasa y quién no; ellos deciden por cuáles calles pueden transitar los carros particulares, los taxistas, por dónde transitan los vendedores o las prostitutas trans y por dónde no. Sin embargo en las calles de la Zona de Alto Impacto se puede ver a la policía circulando constantemente y eso le da a uno una leve sensación de seguridad.

Por el resto de calles oscuras y silenciosas hay que tener cuidado al caminar. De algunas de las puertas de los hoteles o de los rincones oscuros aparecen solitarias algunas de las damas y se le acercan a los hombres que

pasan. Les mandan la mano a los genitales, les dicen que no sean tímidos, no los dejan pasar. Cuando los tipos reaccionan e intentan soltarse o escabullirse, levantan los brazos y las prostitutas les meten la mano a los bolsillos. Les quitan lo que traen sin que ellos se den cuenta. Si alguno osa discutir o reclamar, de alguna puerta sale un grupo de cinco o seis prostitutas a defender a la que estaba sola en la calle.

La última estación de nuestro recorrido con la chaza fue en la calle 24; por ella hay un flujo mucho mayor de gente. Rodeamos la zona después de que el cuerpo de seguridad de la carrera 16 nos informara que no podíamos ingresar por allí. Ya a esa hora, cerca de la una de la mañana, la venta era principalmente de cigarrillos para los clientes de los bares. Un señor con una gorra roja se nos acercó, tenía la piel canela y los ojos miel. El tipo era bajito y hablaba con un acento marcado del Valle. Nos contó que era de Cartago y que estaba muy emputado. En uno de los bares había estado bebiendo y le había solicitado a una de las señoritas que le proveyera sus servicios. Los dos se fueron para la pieza y él le dio los cincuenta mil que ella le pedía para la pasada del rato. En esas, contó el señor, el cuarto se llenó de mujeres, él les pidió que se fueran para terminar el negocio, pero ellas no los dejaban solos. Como no se iban, él les pidió de nuevo que se marcharan pero ya la prostituta le dijo que él estaba muy borracho y lo sacó de la habitación sin devolverle el dinero y sin darle el polvo acordado.

Cuando salió del bar se encontró con nosotros y nos compró un cigarrillo. Mientras fumaba, enfurecido, nos dijo se iba a traer un combo de amigos, unos negros de dos metros de su barrio, el mismo barrio donde habían nacido los hermanos Orejuela, Gilberto y Miguel, los fundadores del Cartel de Cali. “¿Dónde está la policía cuando uno la necesita?”, nos preguntó ofuscado, y Carlos le respondió: “pues allá —señalándole a un grupo de hombres vestidos de verde con chalecos fosforescentes que estaban en la esquina calle abajo junto a sus motos— vaya y quéjese con ellos”. De lejos yo lo observé manotear un rato, pero no creo que la policía se fuera a meter a un prostíbulo a reclamarle a las prostitutas por los cincuenta mil del cartaginés.

La chaza sirve como un pequeño refugio en medio de la rumba. Los clientes alicorados, como el señor de Cartago, conversan con los chaceros,

les piden instrucciones, les averiguan sobre cuál lugar es mejor o cuál es más barato. Incluso algunos de ellos vienen pidiéndole a uno, cuando vienen solos, que los ayuden. Por ejemplo, antes de empezar a recorrer el barrio, en medio del boroló de las ventas, un señor de unos 55 años salió del bar que estaba más cerca. El moreno, calvo, sudoroso, le compró un cigarro a Carlos y se le acercó cómplice. Le contó que tenía una plata que necesitaba guardar. Carlos y yo nos quedamos estupefactos. Esperé a ver cómo manejaba Carlos la situación, pero él seguía igual de sorprendido y solo le pidió que lo dejara trabajar. Lo más seguro era que el tipo quisiera irse a utilizar el servicio de una de las trabajadoras y le diera miedo llevarse la plata que tenía, porque de pronto se la robaban.

En otros casos el chacero también sirve como confesionario o amigo para desahogarse. Un señor que no podía hablar muy bien, porque estaba ebrio, vino a comprar un cigarrillo. Yo, muerto de hambre y de aburrimiento, lo atendí mientras Carlos miraba absorto a una de las mujeres en un local. El señor se quedó mirándome y me dijo “hijueputa, no se me paró”. La frase nos golpeó, nos sacó de la inanición y le escuchamos el cuento. El señor, muy triste y ofendido con su pene, continuó hablando con un acento costeño: “fuera de que lo tengo chiquito, el muy hijueputa no se me para, yo soy vallenato y mi mujer es guajira y la mujer mía me dijo que me ponía una maldición, que si yo me iba a acostar con otra, no se me iba a parar y vea que no se me paró”. El señor amagó con comprarnos unas cervezas y luego se fue para otro de los bares, no sin antes afirmar que “lo peor es estar uno con plata pero mal”.

Casi al final de la jornada, cerca de las dos de la mañana, pareció buena idea comer algo. Había llegado la hora de mi merecido pago por el trabajo de la noche. A esa hora la variedad de comida se reduce y lo que se encuentra son los carritos de las esquinas que venden arepas rellenas con carne y/o pollo desmechados, chorizos, empanadas y fritos de todas clases que no me dan mucha confianza. En el día el panorama es completamente diferente: hay restaurantes para todos los presupuestos y gustos, a donde llegan las damas trabajadoras que viven en el barrio en pinta melgareña, con los muslos y los brazos al aire. Ellas caminan a desayunar en los restaurantes pequeños donde ya las conocen y están acostumbrados a su

presencia, presencia de puta, de clienta predilecta. Ellas son el centro de un mercado que se ha desarrollado en el que es posible encontrar, en medio de útiles escolares y productos para el hogar, los insumos necesarios para ser trabajadora sexual. Se ven en cajas de vidrios tangas de dos mil pesos, maquillaje y esencias florales. Por cada cuadra existen por lo menos dos peluquerías o salones de belleza que ofrecen los servicios que ellas necesitan: corte, cepillado y extensiones de pelo; manicure, pedicura; maquillaje y productos de belleza. Estos servicios y productos no son algo que consuman exclusivamente las prostitutas, pero en su profesión la apariencia es indispensable. En el Imperio Romano, una de las trabajadoras nos contó que para ellas es de vital importancia el aseo y la apariencia, “incluso más que para cualquier otra mujer. Nosotras debemos estar limpias, vernos aseadas, como recién arregladas. Digamos que yo te atiendo a ti, y luego atiendo a otro cliente, para los dos yo tengo que estar completamente limpia y oliendo muy rico, muy bien arreglada como si fuera la primera vez”. Por esto han pululado en el barrio los servicios para ellas.

Sin embargo, a pesar de tener un barrio que ha evolucionado y ha formado un comercio y una arquitectura a partir de la venta del sexo y de que el gobierno creó la única zona del país en la que la prostitución es legal, su trabajo no es reconocido. En Colombia la prostitución ha sido objeto de tratamiento directo e indirecto por distintas políticas públicas a través de la historia. Según afirma Misael Tirado —en su artículo titulado *El debate entre prostitución y trabajo sexual, una mirada desde lo socio-jurídico y la política pública*⁵— tales políticas han oscilado entre la represión y la tolerancia regulada. En el país se ha penalizado directamente el ejercicio de la prostitución y las expresiones relacionadas a ella consideradas más ofensivas por la colectividad social o la moral religiosa. Así mismo, se ha reglamentado sobre los temas incidentales al trabajo sexual pero tan solo con fines criminológicos, sanitarios y urbanísticos.

En los últimos años en Bogotá se ha presentado una tendencia que se orienta hacia la legalización y se ha comenzado a gestar una senda reglamentarista a través de múltiples decretos que han reconocido la existencia del fenómeno. Tal fue el caso de los decretos de ordenanza de la

Zona de Alto Impacto. También la Sentencia T-629 de 2010 de la Corte Constitucional reconoció que la prostitución es un trabajo, pero aún no es reconocida en el código laboral y no está regulada, de modo que los derechos fundamentales de la población trabajadora no son garantizados y se hallan en una situación de vulnerabilidad.

La sentencia del 2010 estableció un precedente judicial y abrió las posibilidades de una legalización reglamentada del trabajo sexual y la protección de los derechos humanos de la población que lo ejerce. Con esta regulación se permite diferenciar el trabajo sexual de la trata de blancas y el tráfico de personas. Es innegable que la venta del sexo es una actividad económica que genera beneficios y recursos necesarios para subsistir de forma individual y/o colectiva. Así lo es para las trabajadoras del barrio Santa Fe y para quienes viven de los negocios relacionados a su trabajo.

Junto a Paisas Club, uno de los locales más conocidos de la zona, hay un local de comida. Carlos fue a comprar allí una picada de carne de 15 mil. La idea de comer carne asada a esa hora me hacía agua la boca pero había un detalle que yo no había considerado: no tenía acceso a cubiertos, ni a un baño para lavarme las manos, ni gel antibacterial. Tenía las manos sucias porque para ese momento ya le había dado la mano a varios vendedores ambulantes y algunos clientes y había manipulado monedas, billetes y todo tipo de mercancía. La carne estaba allí, lista para ser comida, caliente y yo no me atrevía tocarla porque me sentía más puerco que nunca. A los tres minutos tuve que hacer de tripas corazón y atacar las porciones de carne de cerdo, de res y chigüiro con las manos como las tenía y terminar de comer como lo haría cualquier vendedor ambulante: al tiempo que trabaja. Masticar y vender cigarrillos y chicles.

Cuando terminamos de comer nos percatamos de que la cámara llevaba ya un tiempo largo sin batería y había dejado de capturar lo que sucedía en el barrio. Yo seguí conversando con Carlos y tomando notas. Él esperaba que lo que la cámara captó hubiera sido suficiente y empezó a soñar con la idea de hacer secuencias, unas “peliculitas”, un video que estuviese pasando constantemente, mostrando todo el día de una prostituta, desde que llega por la mañana hasta por la noche. Todo el trayecto de las mujeres que laboran vendiendo su chocho, cuando se comen un mango, cuando

caminan, si se cambian de ropa, cuando se van y cuando vuelven, alguna quieta fumando. Carlos llamará a esas secuencias “apreciaciones visuales de la cotidianidad”. Según él “la gente no aprecia la cotidianidad de las prostitutas porque pasa caminando muy rápido”.

Sergio Enciso Marín. Egresado de la Escuela de Artes de la Universidad Nacional de Colombia, donde aprendió diversos medios como la pintura, la fotografía, la instalación y la intervención espacial. De allí también surgió su pasión por las letras, por la investigación y por la cultura. Se graduó en 2013 de la Maestría de Estudios culturales de la universidad de los Andes y desde ese momento se ha dedicado a cultivar su interés por contarle a la gente sobre la belleza y la extrañeza de la vida cotidiana y de los seres humanos, a través de cuentos y novelas cortas, y ahora, después de terminar el taller de Idartes, con crónicas. Sergio escribe para su propio blog lavidadelrolo.blogspot.com y para diferentes medios independientes en línea. Nació en 1982 en Bogotá.

- 1 A Bogotá, durante la primera mitad del siglo xx, llegaron personas de todas partes huyendo de la violencia, no solo nacionales, sino también alemanes, polacos, rusos e ingleses. La Estación de la Sabana, en funcionamiento desde el 20 de julio de 1889, recibió a una creciente migración debido a la lucha antisemita propiciada por Hitler en Europa. Karl Brunner, arquitecto austriaco que llegó a Bogotá en 1933 —quien se encargaría posteriormente de la dirección del Departamento Municipal de Urbanismo de Bogotá— propuso un plan para el ordenamiento del centro occidental, incluyendo los barrios Santa Fe y Samper Mendoza. Brunner proyectó un primer plano de desarrollo basado en los problemas de higiene y salud de la época y le otorgó una importancia mayor a la posibilidad de circulación del centro al resto de la ciudad. Su propuesta incluía la construcción de bulevares, jardines, parques en diagonal, plazas ajardinadas en un trazado urbano que seguía la topografía del terreno.
- 2 Por trans me refiero a aquellas personas cuya identidad de género —asignada culturalmente al momento del nacimiento por sus familias y colectivos sociales dentro del binomio hombre o mujer— no corresponde al sexo genital. Es decir, son personas que al observar su cuerpo sienten que no corresponde a lo que la sociedad les ha enseñado que son, un hombre o una mujer. Lo trans se ha convertido en un término sombrilla que acoge a personas con identidades diversas y a maneras de ser y a una intencionalidad diferente relacionada al cuerpo. Bajo lo trans se agrupan principalmente dos categorías: por un lado están los transexuales, las personas que buscan una congruencia de sexo y género por medio de la cirugía de reasignación sexual. La transexualidad es considerada en el Manual Estadístico y Diagnóstico de los Trastornos Mentales de la Asociación Americana de Psiquiatra (DMS IV) y por la Clasificación Internacional de las Enfermedades de la Organización Mundial de la Salud como un trastorno, por lo tanto, cuando una persona es diagnosticada con ese trastorno, el sistema de salud debe cubrir los costos del tratamiento. Por el otro lado están los transgeneristas, quienes se sienten identificados con el género contrario a su sexo genital pero no desean modificarlo a través de la cirugía de reasignación. En ambos casos las personas trans pueden utilizar tratamiento hormonal y modelantes estéticos para cambiar la

fisionomía del cuerpo, aunque en el caso del transgenerismo se abre la puerta para distintas formas de ser diferentes a hombre o mujer.

- 3 Isabel Cristina Buriticá López (2013) *El discurso antagónico de la sexualidad y la participación ciudadana: el caso de las travestis prostitutas de Mártires, Bogotá. La manzana de la discordia*, Enero - junio 2013 - Vol. 8, No. 1: 37—54
- 4 Unidades de Planeamiento Zonal, áreas urbanas más pequeñas que una localidades y más grandes que un barrio.
- 5 Tirado Acero, Misael (2011) *El debate entre prostitución y trabajo sexual. Una mirada desde lo socio—jurídico y la política pública*. Revista de Relaciones Internacionales, Estrategia y Seguridad, vol. 6, núm. 1, enero-junio, 2011, pp. 127- 148. Bogotá: Universidad Militar Nueva Granada.

Las bogotanas que no tragan entero

Raúl Piamonte Peña

Eshet Jáyil está en pie de lucha contra su enemigo íntimo desde los trece años. En la guerra es sabido que el enemigo más tenaz es el que se alimenta de tus fallas, el que sabe cuánto aguantan tus tripas y el que acecha sin descanso hasta que cometas el error estúpido que te matará. Pero ella, que hace siete años sostiene una tregua no declarada, no piensa rendirse ante la pérfida compulsión por comer.

Mi guía, cuyo sobrenombre en hebreo significa “mujer guerrera”, me introduce en la reunión del grupo Usaqué. Este es uno de los cinco grupos que se reúne todas las semanas en Bogotá y que hace parte de la Corporación de Comedores Compulsivos Anónimos de Colombia. En Medellín ya llevan 25 años y en la capital el grupo “Caminando” es el pionero, con 14 años de experiencia.

Antes de la reunión, ella me contó que estuvo viviendo en Israel debido a su doble nacionalidad —israelí y colombiana— y que trabajó como guía bilingüe de obesos sacerdotes y católicos golosos que querían conocer las tierras donde Cristo ayunó. En esa etapa feliz vivió al fin sin la presión social de ser delgada para que la Schtjen (casamentera) la tuviera en cuenta.

Eshet Jáyil ha sido la madrina de una docena de mujeres que paso a paso desterraron la gula. Y también lleva la cuenta de las glotonas caídas en acción. Recuerda a una ahijada que llevaba seis años intentando vencerla hasta que sucumbió una noche cuando, dulcemente, desde la nevera, la llamó el último postre de tres leches:

—Ven mami, soy tuyo, devórame otra vez.

Cada kilo pesa más en la cabeza

La sesión de hoy comienza a las diez en punto. Es la misma hora en que en las casas y oficinas de casi todo Usaquéen se sirven y engullen las medias nueves, pero en el salón de la CCA no se puede consumir ese rito de media mañana. No hay nada de comer, ni una migaja en el piso de baldosas blancas. Aquí se moriría de inanición una hormiga arriera. Nos sentamos en sillas Rimax color verde tamal y hacemos un círculo imperfecto. Esta habitación fue antes un consultorio médico y ahora sus paredes están cubiertas de cuadros con un marco delgado y leyendas macizas que rezan: “Dios me guía en mi debilidad”, “Con Dios Todo, sin Él Nada”.

Atrás hay un baño que se oye pero no se ve, y la pared del fondo está cubierta por una biblioteca repleta de folletos, libros y prospectos de la asociación. Cierra la escenografía una mesa de madera, especie náufraga de algún comedor de familia, sobre la que una de las comedoras anónimas prepara tintos y aromáticas para los once asistentes que nos encontramos esa mañana.

En esta sesión hay dos caras nuevas: una joven señora de unos 25 años que carga con frescura su evidente sobrepeso, y yo. La moderadora es la señora S... que preside la reunión detrás de un escritorio de madera. En una de las esquinas de la mesa brilla encendido un gran velón blanco.

S... usa anteojos y viste un conjunto en lana color chocolate. Es su segunda sesión como coordinadora así que se apega al guión que las veteranas le trazaron.

—Leeré los doce pasos.

El programa de la Asociación de Comedores Compulsivos comenzó en 1960, en la ciudad de Los Ángeles, la tierra de los atléticos cuerpos californianos. El programa consta de doce pasos precisos y comprobados

para vencer el mal. Cada comedor los puede escalar a su ritmo. Algunos llegan hasta el paso tres y abandonan. Otros suben hasta la escala ocho y allí se quedan esperando los refuerzos que nunca llegan.

—Paso 1. ¡Admitimos que éramos impotentes ante la comida y que nuestras vidas se habían vuelto ingobernables! ¿Alguien desea comentar su experiencia?

Una mujer a mi lado levanta vigorosamente su mano.

—Hola, soy B... y soy comedora compulsiva.

Al unísono todos contestan:

—¡Hola B...!

Entonces B... continúa:

—A los compañeros nuevos les digo: Creo que lo más terrible es la mentira. La compulsión de comer se vale de la mentira. Yo llegaba a donde mi suegra y me preguntaban: “¿Ya desayunó mijita? Y yo miraba los *croissants*, la mermelada y los huevos y descaradamente decía: “¿yo? Noooo” y me sentaba para mi tercer desayuno del día.

En ese momento B... parece estar a punto de atragantarse de la vergüenza que le produce hablar de sus penas ante desconocidos y camaradas de armas, pero aparta con un gesto ese cáliz amargo.

Diagonal a mi silla está sentada una mujer de cabello castaño con una enorme cartera, donde cabría toda la sección de *delicatessen* de un almacén Carulla. Ella recoge la palabra que dejó a medio empezar B.

—Hola soy C... y soy comedora compulsiva en recuperación.

En masa coreamos: ¡Hola C...!

—Quiero animarte a que sigas este camino —dice, mirando a la novata—. Yo llegué a este grupo con el propósito de adelgazar. Había intentado todas las dietas del mundo. La última dieta fue la de la cebolla. Pero era otro paso en falso. Así que llegué a nuestro grupo porque me di cuenta de que antes de moldear mi figura tenía que moldear mi carácter. Yo era soberbia. La mata de la soberbia. Bueno, lo sigo siendo, pero ya no como por ese motivo.

Solo somos tres hombres en este grupo. Mientras las compañeras se lamentan, uno de ellos, un tipo de unos cuarenta años, mastica pequeños

puñados de maní y uvas pasas que solapadamente saca del bolsillo de su chompa. Cuando C... se calla él alza su voz:

—¡Buenos días soy F... soy comedor compulsivo!

—¡Buenos días F...!

—Voy a ser franco, de pronto hiriente, pero yo era un adicto. La diferencia es que yo me embuto una hamburguesa doble carne y el adicto se mete un pase. Pero le estoy haciendo daño a mi cuerpo tanto como el bazuquero. Y solo me detuve cuando empecé a desarrollar una hipoglicemia. Yo tengo una familia rota. Un papá que no conocí y cuando lo conocí, deseé no haberlo conocido. Y todos esos problemas los pretendía solucionar con mi vicio: la comida.

Las sesiones de los Comedores Compulsivos Anónimos son generalmente de dos horas como máximo. Cada testimonio reafirma que los asistentes somos gordas o gordos que ya rebasamos los kilos socialmente correctos. Al final nos ponemos de pie, tomamos la mano de cada vecina creando así un lazo fuerte, como quien cierra un tamal, y rezamos:

—Dios, dame la serenidad de aceptar las cosas que no puedo cambiar, valor para cambiar las cosas que puedo y sabiduría para conocer la diferencia.

Déjeme... No soy yo cuando me engordo

—Si el programa es positivo y se obtienen resultados ¿por qué no hay más personas en él?— pregunto.

—Porque este es un hueso duro de roer— contesta Eshet Jáyil. Es como convivir con un monstruo en tus entrañas, vive de lo que comes y siempre quiere más y más. Por ejemplo, en mi caso, yo no bebo jugos pero sí me como las frutas enteras. Creo que si tomo muchos jugos el mal que hay en mí se llenará de fructosa.

No es una coincidencia. En los cuatro grupos de comedores compulsivos anónimos donde estuve, siempre hay una persona que cree vivir como el doctor Banner, preñado de un engendro como Hulk, y que se despierta con incidentes banales: el provocador olor a pan caliente cuando pasa al frente de cualquier panadería o la ida a sentarse a ver una película imposible de ver (no porque haya olvidado sus gafas, sino porque el

monstruo exige sentarse con el max combo: balde de crispetas cubiertas de margarina —pero *light*— vaso de 12 onzas de gaseosa negra, perro caliente recubierto de viruta de papa frita y de postre, una chocolatina *Milky-way* rellena de caramelo).

Ese monstruo fue clasificado en la Edad Media como el pecado de la gula. Según Santo Tomás, la gula es el apetito desordenado de la comida y la bebida. Creada para supuestamente castigar los desmanes de las aristocracias: la de la Iglesia y la del rey, la gula fue elevada a la categoría de pecado capital por San Gregorio El Grande y se castigaba con el infierno. Basta leer a Dante para ver el terrible suplicio de los glotones condenados a querer comer y no poder.

Cuando la modernidad se impuso la gula dejó de ser pecado y se trata de un problema de apariencia y de salud. O eres un gordo feo o eres un gordo enfermo. No hay talla media. Además el tipo de obesidad “colombiana” generalmente se genera por exceso de grasas y carbohidratos que producen un mal metabolismo. El colombiano promedio come pocas proteínas y consume demasiado plátano, yuca, arracacha y arroz. Y lo deseable al alimentarse no es siempre lo más fácil. Los dietistas coinciden en que deberíamos comer más fruta y menos roscones con arequipe, pero los alimentos más saludables, sin colesterol malo, con vitaminas y proteínas, realmente cuestan el triple de los refritos o los desbalanceados.

Además la mayoría de las personas que transita del peso normal a la obesidad mórbida, comienza por comer más de lo que necesita. A la edad de 35 años un adulto normal, con un trabajo que no demande exigencia física, necesita 2.600 calorías por día. Mis trece compañeras del Grupo Usaquéen solo necesitarían 2.000 calorías por día. Entonces ¿por qué alimentamos a ese engendro?

Porque como lo comenta el Dr. Arieh Goldberg Kalik, médico bariátra, y médico certificado especialista en nutrición, y una de las autoridades mundiales en trastornos alimenticio, es una enfermedad mental. Una porción muy significativa de los compulsivos no pueden dejar de comer o tragar casi de manera obsesiva. Según el Dr Goldberg, ellos y ellas comen porque hacen una trágica mezcla de perfeccionismo, ansiedad, baja autoestima y un elevado nivel de estrés. Es posible incluso que hayan tenido

una infancia en la que comer era el único rito cercano al afecto y que si dejaban el plato sin una migaja recibían una rebanada de cariño, delgada, pero cariño al fin de cuentas.

Bogotá, la gata golosa

Es difícil enfrentarse a un enemigo que te roe el estómago, pero tratar de ser un comedor moderado en la Bogotá golosa, puede resultar un imposible para los débiles de carácter o los depresivos.

Esta ciudad es una golosa matrona que tiene para dar y convidar con sus platos tradicionales: un espeso ajiaco rebosante de mazorcas, el puchero santafereño con sus cuatro carnes distintas y abundantes en grasas, la aguapanela repleta de queso y flanqueada de almojábanas o un tamal de medio kilo.

Y si quiere pecar en grande vaya a donde Las Ojonas en el Samper Mendoza y siéntese frente a una bandeja con arroz blanco y decenas de papas chorreadas que escoltan fielmente a una enorme sobrebarriga al horno. Cualquier bogotano puede llenarse con las incontables delicias que se pueden devorar en alguno de los 496 reconocidos puntos de venta de fritanga y en sitios tan disimiles como La Última Lágrima, al costado sur del Cementerio Central o sentarse a manteles en el exclusivo Club Colombia de la novena con calle 82 para comer lo mismo pero siete veces más caro. Y, claro, hay que acompañar el banquete con una docena de amargas con todo su peso de calorías vacías.

Bogotá es la ciudad colombiana con más restaurantes tipo corrientazo —los que venden almuerzos con precios entre 4.000 y 9.000 pesos—. En total son 4.559 locales, según el censo de establecimientos de noviembre del 2011. En todos ellos encuentra variaciones de un clásico del almuerzo rápido que millones de bogotanos engullen para no afectar demasiado su famélico salario mínimo: el A.C.P.M (arroz, carne, papa y maduro).

En la ciudad hay opciones culinarias para todos los apetitos y bolsillos. En El Criterion, uno de los dos restaurantes colombianos que aparece en la guía europea de gastronomía, podría degustar 30 gramos de caviar *river beluga malossol* con la guarnición clásica: *blinis* o tostadas de pan brioche, sour cream, huevo duro, cebolla roja y perejil picados, acompañado de una

copa de *Champagne Freixenet* Cordón Negro y cancelar cerca de 323 dólares o, también, con 50 centavos de dólar, pedir el afamado combinado que tiene arroz, papa y unas hebras de carne servidas en un plato de icopor y pretender que se almuerza, sentado a la sombra de La Mariposa de Edgar Negret, en la plaza de San Victorino.

Los glotonos criollos nunca leen los informes de la Organización Mundial de la Salud, que en su sitio web declara que la obesidad puede aumentar significativamente los riesgos de mortalidad prematura y elevar más la morbilidad en niños y adultos. Ninguna otra enfermedad no contagiosa y prevenible causa tantos estragos como la obesidad.

Y contra ella combaten sin dietas, sin balones gástricos, sin coserse la boca y con toda su voluntad empeñada estas valientes bogotanas que no tragan entero.

De sobre mesa

Con Eshet Jáylil me veré la próxima semana. Tenemos una cita con una comedora anónima que vendrá desde Ibagué y está muy interesada en crear un grupo de apoyo en la tierra de la lechona.

Los Comedores Compulsivos Anónimos libran su gesta sin cuartel contra la demasia y el desorden alimenticio. Son como la legión extranjera de la lucha contra la gula. Una legión que marcha decidida pese a las emboscadas de la glotonería. A sus improvisados cuarteles llegan ocasionalmente desertores de banquetes. Y en la legión no se les pregunta de dónde vienen y cuánto tiempo estarán, pero ahí están, luchando hombro a hombro con otro legionario veterano que no los abandona, especialmente en la noche, que es cuando más ataca la terrible compulsión por comer.

El mundo duerme. La señora Eliza, en la alcoba contigua, disfruta el sueño de los justos. Pero cuando estoy repasando este manuscrito escucho ruidos en la sala comedor. Me despego del computador con cierto temor. Y a medida que camino en la penumbra la voz se torna rotunda. Al parecer proviene de la panera. Levanto la tapa y allí está ella. Sin ningún pudor me muestra sus cremosas partes: ella, la última milhoja que sobrevivió a la cena. Seductora, con voz de arequipe, me susurra agónica:

—Papito, soy tuya, devórame otra vez.

Raúl Piamonte Peña. (Bogotá 1956). Estudios de Filosofía y letras, Universidad de los Andes. Ha combinado su actividad como profesor e investigador social. Ha redactado una gama de textos educativos, memofichas y textos de investigación en diferentes campos del conocimiento. También laboró en diferentes medios de comunicación. En 2014 obtuvo el Premio Distrital de crónica ciudad de Bogotá de Idartes por su crónica “Esta maleta es mía”. Actualmente está vinculado a la Secretaría de educación de Bogotá.

NOVELA



En la hora del juicio

(Fragmento)

Aura Salazar Alba

1.

Estoy recluida hace dos años en una cárcel femenina al Noroeste de México. He sido condenada a treinta años de prisión por homicidio calificado. Soy el expediente 1999 - 00109-0-1903-sp... Creo que el 1999 corresponde al año en el que fui encarcelada. Hubiese preferido que en vez de esos números usaran mi nombre. Bueno, no voy a reflexionar aquí sobre lo que considero más o menos conveniente. Esas reflexiones las incluiré en un próximo relato que titularé “Acerca de las razones de una asesina”.

Revelaré aquí los motivos que me movieron a matar a Raymundo Pedreros. Trataré de darle información auténtica, veraz, certera; pero no me interesa la opinión que como lector se vaya haciendo de mí. Le doy la libertad de que piense lo que quiera y que abandone el texto cuando se le ocurra algo más interesante que hacer. Si es usted un moralista, ha sido un placer tenerlo como lector; no soporto el moralismo en ninguna de sus presentaciones, y es mejor que no pierda su tiempo tratando de entenderme.

Estas páginas podrían definirse como una confesión. No obstante, esa es una palabra que no soporto porque me parece demasiado piadosa. No voy a confesar nada porque no habría ningún ser humano capaz de juzgar o siquiera nominar mis actos. Lo que sí puede hacer usted es pensar. Piense lo que quiera, le repito. Está en libertad de hacerlo y cuando lo acoja el deseo de juzgarme, recuerde el último de sus gestos innobles: la última vez que se negó a cederle el puesto a alguien en una fila, que quiso insultar al joven

que lo pisó de manera inconsciente, o siquiera la última vez que ante un elogio público se sintió superior al resto de mortales. Así se le pasará, se lo aseguro.

2.

No diré que vivo en condiciones inhumanas ni que sufro humillaciones y malos tratos. No me interesa hacerle aquí una apología a la miseria y mucho menos generar lástima. La lástima es propia de seres miserables, incapaces de sentir o despertar en otros sentimientos más dignos. No creo que se trate de un sentimiento humano, se trata de una energía despreciable que han propagado en el mundo quienes nacen con espíritu de víctimas y viven anclados a la compasión de otras víctimas.

En esta celda me siento bien, cuento con el papel y el tiempo necesarios para escribir. Si estuviera libre, de seguro estaría enredada en las naderías propias de vidas normales: trabajando a favor de una institución con ánimo de lucro, escribiendo textos científicos publicables, asistiendo a la fiesta de cumpleaños de un amigo o frecuentando recitales poéticos de gente que se cree más importante que el resto de la humanidad. Perdóneme si es usted un alma sensible, pero los ritmos de las vidas comunes me parecen demasiado lentos, rutinarios, propios de seres que anhelan vivir por la eternidad.

Disfruto mi estancia aquí. En el día me dedico a escribir y en las noches a pensar el plan de lo que escribiré el día siguiente. Siempre lamenté no contar con el tiempo necesario para producir literatura. Hoy creo que la vida me ha dado la posibilidad de dedicarme a lo que realmente me interesa y esta oportunidad resulta más pertinente al saber que estoy pagando la condena por un crimen que cometí y que volvería a cometer y a contar las veces que fuera necesario.

3.

El mundo sigue empeñado en ver mi arrepentimiento. Esperan verme decir, en medio de lágrimas y sollozos, que lo maté de forma inconsciente, que no pensé antes de actuar, que no entiendo qué pasó. Sé más que nadie cómo lo hice. Tal vez hubiese logrado una rebaja considerable en mi pena si

demuestro que actué en un momento de ira e intenso dolor. Pero las cosas no fueron así, yo actué con premeditación y alevosía.

El arrepentimiento será indigno para todo aquel que reflexiona sobre su condición de humano. Se dice que todo ser humano es imperfecto. El humano asume así una condición que no eligió y para la cual no se le prepara. Es imperfecto y desconoce cuál es el patrón con respecto del cual se le compara. Se han inventado una categorización para definir a los buenos y a los malos, a los santos y a los demonios, una categorización en la que seres nobles y puros serán siempre víctimas de perversos perniciosos dedicados a propagar la maldad.

El arrepentimiento fue un sentimiento que me atormentó desde niña. Es para mí la capacidad de llevar a grado máximo el sentimiento de miserabilidad y de repudio propio. Una lucha mental por lograr el mayor grado de desprecio por uno mismo. Es un acto inhumano. Todo el tiempo era obligada a arrepentirme de todo: de las ganas de matar a mis enemigos, del deseo vehemente de tener sexo con mi profesor de gramática y de las perversidades que cada tanto invadían mi mente.

4.

Siempre soñé con escribir la novela de mi crimen. En mis épocas de estudiante de escuela leí *El Túnel*, de Sábato, y me impactó encontrarme un relato de esa naturaleza. Me obsesioné con el tema de tal manera que, antes de cumplir veinte años, ya había releído esa novela unas diez veces. El sarcasmo y el desparpajo de Castel no dejan de sorprenderme. Sin embargo, me daba temor no ver en mí la firmeza de su carácter y el convencimiento de sus ideales. No sé si lo que me motivó a cometer el crimen fue el deseo de venganza o la obsesión por tener por fin mi propia historia.

Siendo honesta, esta no es la historia de mi crimen, es la historia de mi venganza. Me equivoco cuando digo que pretendo ser honesta. La honestidad me parece tan aborrecible como el arrepentimiento. Diré mejor que quiero ser leal a mis principios o mejor, a mis criterios. Quiero contar aquí cómo fue que decidí vengarme de Raymundo. Sé que a ustedes les interesa saber por qué estoy aquí y sienten que estoy dando muchos rodeos.

Quiero que por lo menos quede claro qué tipo de relaciones hubo entre nosotros.

5.

Llegué a México unos días después de haber cumplido veintidós años. En Colombia hice dos años de periodismo confiada en que tendría la opción de venir a licenciarme a este país.

Y así fue. Terminando el segundo año, recibí la notificación de una beca de estudios en la Universidad de Sonora. De inmediato empecé a hacer las vueltas necesarias para ser admitida en la Licenciatura en Lingüística.

Mis padres nunca estuvieron de acuerdo con mi decisión. Mi madre me aconsejaba, entre la nostalgia y el desconcierto, que terminara mi carrera y que luego con cabeza fría y tiempo tomara cualquier otra decisión. Intentaba de una u otra forma hacerme cambiar de parecer. Le decía una y otra vez a mi padre: por favor, haz algo para que Emma aplace ese viaje. Ahora que me sabe en la cárcel no hace más que decir que todo es producto de la secuencia de malas decisiones que es mi vida.

La relación con mis padres empezó a ser distante desde que decidí abandonar todo precepto religioso. Mi casa fue siempre una especie de templo cristiano donde los rezos, las alabanzas y los sacrificios eran permanentes. Ayunábamos entre semana y hacíamos proselitismo sábados y domingos. Casi que me entrego a la obra de misionera de tiempo completo. Por fortuna, desistí de esa idea a los quince años cuando comprendí que era una de esas almas libertarias a las que les resulta imposible llevar una vida piadosa.

Nunca tuve espíritu de mártir ni deseo de cuidar de las viudas y de los enfermos. No se trata de que yo misma me considere un ser indolente. Se trata de que la abnegación no es un valor propio de seres como yo; nos resulta indigna, no nos está permitida. Lo supe cierto día que me propusieron hacer una campaña evangelística en un lejano pueblo de mi país. Cuando me dijeron que debía caminar horas y horas, y sostenerme a punta de pan y agua, desistí de inmediato. No he amado nunca de tal forma

a mi prójimo. Esa primera prueba me reafirmó que debía obedecer mejor a mis instintos de ave.

Mis tres hermanas menores se casaron todas por la iglesia, vestidas de blanco y en un aparente estado de santidad. Mi madre siempre decía que había que salir de la casa con velo o con hábito. Una tarde estábamos las dos en un centro comercial donde había una exposición de trajes de bodas, y al ver toda esa parafernalia me preguntó emocionada cuál de todos esos modelos quería llevar el día de mi boda. Ninguno, le respondí. Me pareció que esa era como la elección del uniforme que me gustaría llevar cuando fuera una reclusa.

Yo tuve claro desde el principio que lo único que necesitaba para salir de mi casa era una maleta y una caja para guardar lo que creía necesario. Empaqué algunos de los libros que me han acompañado siempre: *Antígona*, *Edipo Rey* y *El Túnel*. Mi madre consideró mi partida un acto de rebeldía indigno para una joven casta e impoluta como yo. Cuando salimos de la casa hacia el aeropuerto, dijo casi que entre susurros: sueño con que un día vuelva a casa la hija que yo parí y crié. La que se va hoy no es mi hija. No sé dónde ni cuándo me la cambiaron.

Nunca pudo aceptar mi renuncia al cristianismo, aunque era consciente de que tarde o temprano ocurriría. Una mañana, mientras leíamos un pasaje bíblico dominical, me previno de los peligros de escuchar los razonamientos del anticristo. Pero fue inevitable: la filosofía y la literatura me tomaron de modo tal que había días en que yo sólo dejaba de leer mientras comía. Mi amor por los libros surgió de manera temprana. Fui yo quien improvisé la que sería la primera y única biblioteca pagana (así la llama mi madre) que habría en mi casa.

En mis épocas de estudiante no tenía manera de comprar muchos libros, así que fui haciéndome a métodos astutos para conseguirlos. Es probable que lo que yo considere astucia le parezca a usted deshonesto, pero sepa que en este punto menos me interesa su opinión. La versión de *Los pasos perdidos* que tenía, la había tomado prestada de una biblioteca pública en un pueblo cercano a Cartagena. *Crimen y Castigo* y *Las Olas*, los conseguí prestados con un profesor de la escuela secundaria. Nunca volvió a tener razón de sus libros.

Y así poco a poco fui creando mi propio inventario. De los que me regalaron recuerdo *Cien Años de Soledad*, *La Ilíada*, *La Odisea*, *Edipo Rey*, *Antígona* y *Medea*. De los que compré, *El extranjero*, *El Túnel*, *La Peste*, *La Metamorfosis*, *Rayuela* y *Pedro Páramo*. Mi hermana menor decía que el tema de mi locura era una obsesión por tener más y más libros. A ella le incomodaba muchísimo verlos porque le parecían objetos demoniacos, los miraba incluso con recelo, casi que con odio. Un día cuando llegué de clases descubrí que todos mis libros habían sido mudados para el cuarto del olvido. Sentí una sensación de soledad muy cercana a la muerte. Quise hacer algo, pero descubrí que la solución era partir. Ya mi lugar no estaba allí.

El único ser de mi familia con el que tuve una relación que de muy cercana pasó a ser extraordinaria, fue mi padre. Era mi ídolo. Yo lo seguía a donde quiera que fuera, con los pies y con la mirada. Me resulta interesante ver cómo hoy he terminado siendo yo su ídolo. A veces siento que la gente, cuando me ve, trata de buscar en mi esa figura mesiánica que él ha creado. Dice sin falsa humildad que tiene una hija que, si no es perfecta, es cercana al supremo bien. No es ningún adulator. Es un hombre profundamente sensible cuya alma dialoga permanentemente con la mía.

Se enteró hace unos meses que estoy en la cárcel. Mi madre se ha encargado de mantener mi buena imagen. Para mi padre no ha sido muy traumático saberme en la cárcel. Cuando se enteró, quiso saber en qué condiciones me tenían y por eso vino a México. Hablamos muchísimo, le relaté brevemente la historia de mi crimen y estoy segura de que se fue tranquilo. Pudo advertir que lo que para el mundo es un delito, es para mí una lucha por la dignidad y por el respeto a esos principios que él pudo comprender, a pesar de que fueran siempre en contra de la moral impuesta.

La semana pasada vino mi madre. Ella ha venido tres veces este año. No me agrada que venga porque siento que sus esfuerzos por generarme algún tipo de arrepentimiento resultan en vano. Cómo le digo que maté a Raymundo y que si resucita lo vuelvo a matar. Siento que me ve como una especie de karma que tiene que vivir porque no todo en su vida pudo ser perfecto. De las veces que ha venido tengo recuerdos nítidos como la vez

que me llamó atea y lanzó su sentencia: Espero no morir antes de verte arrodillada y humillada ante los pies del Señor.

6.

Raymundo y yo nos conocimos en la Universidad de Sonora, mientras yo estaba en último semestre y él llegó como profesor a la Facultad. Tengo en mente la prepotencia de sus gestos la primera vez que entró a clases. Llevaba un vestido de fiesta que me pareció muy exótico para la ocasión. No comprendí con qué le hacía juego el corbatín azul oscuro y quise pensar que se trataba de un rasgo tan personal como mi manía de no peinarme para eventos especiales. De inmediato supe que era extranjero, pero su acento logró confundirme.

Ese característico golpe al final de algunas sílabas me hizo pensar que era un cubano que llevaba poco viviendo en México.

La primera clase se dedicó a enaltecer su ego. Soy Raymundo Pedreros, estudié en esta y esta otra universidad, he viajado por el norte y el sur del mundo, he vivido en esta isla y en esta otra. Su sobradez me resultó insoportable. Siempre he tenido problemas con los tipos que intentan descrestar me con títulos, viajes o propiedad privada. Sin embargo, este hombre logró envolverme. Ese primer día me enamoré.

Ese me enamoré me sonó tan ridículo. Pero bueno, sí, me enamoré. Hoy digo abiertamente que no creo en el amor a perpetuidad. Creo en el amor como un instante muy cercano al placer, aunque no equivalente. Me he enamorado tantas veces que no veo el enamoramiento como nada sublime, mágico ni del otro mundo. Es algo común, natural. No puede ser más ridícula esa visión del amor donde idealizas al otro y crees que asistes a un acontecimiento del que sólo tú haces parte. En esa época yo creía en el amor como esa lámpara de inagotable aceite de la que habla Sabines.

Raymundo era un hombre de una puntualidad obsesiva, no lo puedo negar. La clase empezaba generalmente a las 6:00 de la mañana y a esa hora, no antes ni después, estaba él ahí, con una camisa perfectamente llevada y unos zapatos bien cuidados. La corbata no acorde con su vestido continuó llevándola una vez a la semana o a veces dos veces al mes. Me

perturbaba la idea de no saber quién lavaba y planchaba su camisa. Me aterraba la imagen de una esposa dedicada al cuidado de su marido.

Pensé además que si ese era el caso, debía de tratarse de una de esas mujeres que viven a la sombra de un hombre. Sé de algunas que renuncian a sí mismas para dedicarse a mantener contentos a sus maridos. A esos mismos que no dudarán ni un instante en irse tras las faldas de otra mujer que sea capaz de vivir por sí misma y que no les brinde ningún tipo de placer más allá del sexo.

Creí que era necesario un elevado nivel de menosprecio propio para compartir la vida con un ser tan ególatra como el profesor Pedreros, pero no descarté la posibilidad de que fuera casado. Siempre habrá seres dispuestos a entregar su libertad para abandonar el peso de la existencia propia en manos de otro. Pero eso ya no me afecta en absoluto. Me aferro cada vez más a la idea de que lo único que quiero conservar es mi libertad. Me importa un bledo vivir en medio de cobardes mediocres que nunca se cuestionarán acerca de la insoportable levedad del ser.

7.

Cuando Raymundo llegó a la Universidad de Sonora debía tener unos 47 ó 48 años. No sabría con exactitud. Su rostro le daba la apariencia de un hombre maduro al que los años no le pesan. Vino a México empujado por la decepción y el peso de su fracaso. Su ex mujer lo había involucrado en líos jurídicos que lo estaban sumiendo en una tremenda crisis económica. Tuvo que salir huyendo para protegerse de esa arpía. Pobre hombre, las mujeres fueron siempre su perdición.

Era un hombre solitario que cargaba con el peso de dos matrimonios mal llevados. Su primera mujer fue una argentina quince años mayor que él que, dos años después de estar conviviendo, lo abandonó misteriosamente. La segunda era una chilena con la que mantuvo una relación de más de cinco años. Era esta una mujer sufrida que vivía atormentada por sus frecuentes infidelidades. Cierta día decidió separarse de él y se encargó de hacerle la vida imposible durante dos largos años de contienda ante juzgados de familia.

Estos aspectos que aquí les cuento los supe yo años después de haberlo conocido. Era un hombre muy reservado al que costaba sacarle detalles específicos. Pocos conocieron esa incapacidad de Raymundo de mantener una relación duradera. No tuvo ningún hijo con sus dos primeras mujeres. Decía que no estaba interesado en tener descendencia y que no se veía como padre. Ahora que lo pienso, fue mejor que no dejara hijos. Los hijos heredan los vicios y las virtudes de los padres y por eso el mundo está plagado de sujetos perniciosos e infelices.

8.

Creo que ya dije que vine a México a estudiar. Reconozco ahora que quería venir a México sobre todo para liberarme de mis miedos y de la sombra de esa mujer que mi madre siempre vio en mí. México fue para mí como una especie de esas ciudades de refugio que acogían a los asesinos involuntarios del pueblo de Israel. Aquí estuve a salvo y siento todavía hoy que aquí estaré siempre a salvo, aún en esta cárcel.

Mis primeros veintitrés años los viví en la más absoluta de las abstinencias. A los veinte años empecé a frecuentar un bar cercano a la Universidad con dos o tres amigos. Teníamos tertulias todos los viernes hasta la media noche. Yo tenía permiso para llegar a mi casa hasta cinco minutos antes de las doce de la noche. Después de esa hora, estaba vetada la entrada. No era bien visto que una joven como yo pusiera en duda su reputación llegando a la madrugada. Qué dirán los vecinos, que yo soy una alcahueta, decía mi madre. Nunca permitió que nadie distinto a ella o a mi padre tuviera llaves de la casa. “Esta puerta la abro yo”, advertía frecuentemente.

Un par de veces me pasé de las doce y tuve que quedarme por fuera. Quedarme una noche fuera implicaba ganarme la enemistad de mi madre durante tres o cuatro días. Mi padre no estaba de acuerdo con que me quedara en otro lado, así que me propuso un trato: cuando llegues pasada la hora, tocas la ventana del cuarto, yo voy a estar pendiente. Así ocurría, yo tocaba el vidrio y él se levantaba a abrirme la puerta.

Mis hermanas me miraban con extrañeza desde que empecé a salir y a llegar pasada la media noche. Les parecía insólito que yo estuviese pasando por alto las reglas del hogar, pero nunca hicieron (por lo menos, públicamente) ningún tipo de comentarios al respecto. Venirme a México fue también la posibilidad de actuar libremente sin afectar la consciencia de aquellos seres piadosos que me rodeaban y se veían casi que obligados a soportar mi intrepidez.

Uso el término consciencia a pesar de considerarlo inútil aquí. Asumo la consciencia como una especie de voz que inventaron los moralistas para liberarse indefinidamente del peso de la existencia y las decisiones propias. Decía una profesora de primaria que era la voz de Dios que te impulsa a hacer el bien y desechar el mal. Siempre estuve más de acuerdo con un profesor de filosofía de secundaria que decía que no tenemos derecho a trasladarle a nadie nuestra existencia, y que la consciencia era una invención pensada con ese fin.

9.

A los hombres que amé de verdad (que fueron pocos) nunca los llevé a mi casa. Invité a dos o tres que eran insoportables, porque sabía que si iban una vez, no volverían jamás. Pocos hombres soportan la cantaleta permanente de una presunta suegra que insiste en que de sus hijas nadie se va a burlar, que de su casa salen todas casadas, y que el que se atreva a meterse con una de ellas que vea bien qué es lo que hace. Uno tiene que estar cuatro ojos porque ahora los hombres son dos cucharadas de caldo y manos a la presa. Mi hermano Eduardo, por andar dejando que la hija saliera con el uno y con el otro, se la dejaron preñada y ahí está, ahora sí ni quién responda. Yo sí tengo que saber quiénes son los que visitan a mis hijas y cuáles son sus intenciones. Aspiro que vengan hombres de bien y que piensen en serio con ellas.

Mi vida emocional fue antes y después de Raymundo un desastre. Siempre fui consciente de que mi aspecto físico, que para algunos era señal de algún trauma psicológico atípico, me alejaba de cualquier vínculo amoroso. Una mujer fea que además es nerd evapora la menor oportunidad

de un romance. Empecé a usar lentes desde los quince años y a los veinte ya hacían parte importante de mi particular estilo. A los diecisiete entré en la crisis del acné y empecé a sufrir los estragos del desarrollo hormonal tardío.

Cuando entré a la universidad acostumbraba a vestir de manera descuidada: usaba jeans una o dos tallas superiores a la mía, medias de hombre y zapatos grandes, me obsesioné con toda la ropa vieja y dañada que iba encontrando en mi armario. Casi nunca me peinaba porque creía que andar despeinado era una forma de exteriorizar mi caos interior. Cuando vas muy bien peinado demuestras que buscas establecer en tu mente cierto orden, a mí me apasiona más el caos.

Durante esa época no creo que ningún hombre me imaginara más allá de los anaqueles de una biblioteca. Lo sé porque cierto día Ramírez, el Casanova de la Facultad, hizo una fiesta y dijo que no tenía ningún sentido invitarme. En mi casa sólo tengo literatura erótica, señaló en un tono que de irónico pasó a ridículo. No estaba yo interesada en asistir a esas fiestas tipo orgías que organizaban ese grupo de pseudoartistas. Era mucho más interesante cualquier novela romántica de Corín Tellado.

No mostré nunca el más mínimo interés por ningún hombre, y no precisamente porque me sintiera un ser asexuado o necesitara reafirmar mi heterosexualidad. Amé en secreto a varios hombres, pero nunca les di una señal siquiera equívoca de amor o deseo. Me enamoraba con vehemencia y siempre en secreto, pero esa misma fuerza me hacía entrar en un ensimismamiento del que sólo salía cuando tenía el corazón nuevamente deshecho.

El trauma con mantener escondidos mis sentimientos tenía que ver con mi temor al rechazo. Quería no necesitar la aprobación de otros, pero en esa época era cobarde. Detesto tanto a los cobardes pusilánimes porque la cobardía fue una especie de lastre del que me casi no logro liberarme. No intento aquí justificarme, pero hacía yo parte de una de esas generaciones en las que el hecho de que una mujer le declarara su amor a un hombre, aunque fuera de forma indirecta, era muy mal visto. Era casi que algo indigno.

A los veintidós años mi sexualidad se dividía en dos esferas que no lograban conciliarse: el campo de lo que deseaba y el campo de lo que físicamente era capaz de experimentar. Este último campo, que yo llamo el de lo físico, era todavía un terreno inexplorado. En el campo de mis deseos, soñé con llegar algún día a ser una heroína de la talla de Emma Bovary o Ana Karenina. La infidelidad me apasionaba en secreto.

Desde niña me gustaron las novelas y las películas donde había una mujer infiel. En mis épocas de adolescencia me obsesioné con *Madame Bovary* y Janine, el personaje central de *La mujer adúltera* de Camus. Siempre he estado obsesionada con la idea de ser un personaje de novela: unos días creo que soy Madame Bovary, otros días actúo como Antígona, y otros días termino creyéndome Ana Karenina. Me paseo arbitrariamente de una novela a otra, siempre asumiendo la forma de un personaje central.

Esa obsesión ha sido alimentada por el hecho de que usualmente me ocurren cosas que he leído en novelas, creo que lo mismo le pasaba a Ana Karenina. He tenido que hacer viajes relámpagos y definitivos como Ruth, el personaje de *Los pasos perdidos*, me he enamorado en unas cuantas horas como Teresa la de *La insoportable levedad del ser*, suelo comer tierra cuando estoy desesperada como Rebeca Buendía y maté al hombre que amaba del mismo modo que Juan Pablo Castel en el *Túnel*.



Aura Salazar Alba. Soy una monteriana condenada hace años a la soledad de la escritura. De profesión soy Licenciada en Lengua Castellana de la Universidad de Córdoba y Magister en Investigación Social de la Universidad Distrital, trabajo como docente de Humanidades en la Secretaría de Educación Distrital. De pasión, soy una loca que se fuma sus días al son de los libros y el vallenato. Asumo el trabajo del escritor como un trabajo silencioso y liberador con el que uno logra no salvarse de la vida, sus riesgos y sus maravillosos peligros.

Entrevista

Aura Rosa Salazar

¿Cómo surgió la idea del proyecto?

Esa idea venía rondándome la cabeza hace rato y logré consolidarla a finales del año pasado, cuando participé en los Talleres Distritales de Escritura de Idartes.

¿Por qué decidió desarrollarlo en el taller de Idartes?

Creo que los jóvenes escritores hemos encontrado en Idartes un espacio de formación y proyección que no nos ha ofrecido ninguna otra entidad.

¿Qué herramientas le dio el taller para ayudarla a desarrollar su proyecto?

El taller de novela que dirigió Pedro Badrán me ofreció herramientas en cuanto a la técnica para narrar una historia y los autores que debe considerar como referentes todo aquel que desee ser un buen novelista.

¿Le gusta leer?

Leo todo el tiempo. Soy una lectora apasionada desde hace ocho años.

¿Qué tipo de libros lee?

Novelas y en general mucha narrativa.

¿Qué relación existe, en su caso particular, entre la lectura y la escritura?

Todo buen escritor es, sobre todo, un buen lector. Cuando leo, estoy trazando el bosquejo de lo que más tarde escribiré. La lectura diaria alimenta y sostiene mi trabajo de escritura. Leo todos los días un fragmento, un cuento, un poema, algo. Llevo un libro donde quiera que voy, de camino a la Universidad, al banco, a la plaza de mercado, al centro comercial, a

cualquier lugar. Los libros me generan seguridad, me resultan atractivos, necesarios, imprescindibles.

Para este texto específico, ¿qué leyó?

En ese texto aparecen los libros que han marcado mi existencia. De los que recuerdo, *Medea*, de Eurípides; *El túnel*, de Sabato; *La insoportable levedad del ser*, de Kundera, y *Crimen y Castigo*, de Dostoievski.

¿Cómo fue el trabajo con el tutor y con los compañeros?

Con el tutor, hubo acompañamiento tanto en las sesiones de taller como en las asesorías individuales. Los compañeros comentaban nuestros avances en las lecturas de los proyectos.

¿Sigue escribiendo?

Tengo un blog literario. Trato de escribir algo en él todos los días.

¿Cree que se puede enseñar a escribir?

Las técnicas las enseñan los maestros, sin duda alguna.

¿Y cree que se aprende a escribir?

Sí, la técnica se aprende de los grandes escritores.

¿En qué cambia su vida el haber escrito?

Estoy condenada a escribir hasta que me muera y desde hace cinco años.

¿En qué cambió su escritura el haber asistido a un taller?

El taller me aportó herramientas en torno a las técnicas narrativas.

¿Para qué escribe?

La escritura es para mí una fascinante condena. Escribo para liberarme de los fantasmas que me asfixian cada noche. Estos fantasmas son la muerte, el dolor, la soledad y el peor de todos, la locura.

¿A qué horas escribe?

En las noches, generalmente después de las diez.

¿Cree que cualquiera puede ser un escritor? ¿Qué se necesita para serlo?

El escritor nace con la condena, él decide si la asume o no. Se necesita tener la sensibilidad del poeta y la obsesión de un loco.

CUENTO



Luna bordeando la isla

Daniel Méndez Bernal

Recuerdo pocos sueños. Dice Draco Rosa en una de sus líricas: “Todo acontece, nada se recuerda”, refiriéndose al mundo de los sueños, y yo pienso de una manera parecida. Acuden a mi mente solo chispazos, fulgores, milisegundos de memoria inconsciente que rebosan mi percepción ordinaria del mundo, de las cosas, de mí mismo, que es otro fuera de mí o mejor dentro mío o algo así. Puedo decir que entre las imágenes que retengo de mis sueños está la presencia de un río tormentoso y caoba que me intimida y me fascina con su aura despiadada y abrumadora. En ocasiones camino a sus orillas aterrado de su poder y su dolor, otras veces lo miro desde arriba cruzando un puente endeble que me ofrece el abismo a cada paso, entonces me pregunto por qué no pasa alguna de esas cosas que suelen acontecer en los sueños, como salir volando o desaparecer con un guiño o sencillamente despertar; pero no, porque no. En cambio quedo atrapado en la realidad onírica de un río que me reclama, que me exige, que me habla.

En días irremediamente idos, junto a mis hermanos mayores y menores, exploraba las orillas del Tunjuelo. Con mis padres recorríamos nuestro pequeño bosque cercano y la orilla del río. No tuve la fortuna de conocerlo en sus mejores tiempos, pero entonces era mucho más río de lo que, tristemente, es hoy en día. Durante una época más reciente tuve perros, primero una sola, Luna, luego sus hijos, luego sus nietos, luego sus bisnietos y así y así la vida, como el río, vuela, transita, transcurre y llega a su fin; que es su nuevo principio, su emancipación.

Antes de Luna, Sayonara, su madre, me fue dada a cuidar como un favor para mi amiga la gran pequeña Sandoval. En ningún momento me

negué. Entonces tuve el primer galgo Afgano del barrio Venecia y sus alrededores, una belleza infrecuente en una vecindad de clase media. Sayonara era ámbar intenso y nos hicimos grandes amigos de inmediato. Yo nunca había tenido un perro y la llegada de ‘Sayo’ fue un acontecimiento que transformó mi vida. La cuidé alrededor de ocho meses, luego de los cuales Alexander, el hermano de Sandoval, regresó de su viaje de trabajo y la recogió. Trabajaba en una multinacional confitera y su afición era darle costosas chocolatinas a su mascota, quien las recibía encantada, sin saber que lentamente la estaba envenenando. Los perros no asimilan el chocolate, no lo pueden metabolizar y su hígado se colapsa. ‘Sayo’ murió de insuficiencia hepática y exceso de amor, pero antes de morir dejó una camada de seis cachorros. La última que nació, Luna, más pequeña y frágil que los otros, enfermó y no pudo ser vendida como los demás. Sandoval entonces me preguntó si la quería. En ningún momento me negué. Así fue que terminé con una cachorra de Afgano, rubia clara, blanco el pecho y las manos, que nos cautivó a todos en mi casa y nos preocupó también, pues su salud estuvo delicada en los primeros meses de su vida de 16 años. Mejoró de su afección y se hizo una criatura luminosa y ágil como el galgo que era, como la luna que era. La orilla del Tunjuelo, a la altura del barrio Isla del Sol (junto con el Lago Tímiza y el Canal del Nuevo Muzu), era uno de mis destinos junto a Luna, porque los afganos necesitan más ejercicio que comida. Conservo entre las fotos de ella una del día antes de su muerte, enferma y vieja pero hermosa y digna como lo son los perros del desierto. Miles de veces y millones de pasos, cualquier cifra ínfimamente cercana al infinito, caminamos juntos por la orilla del Tunjuelo. Yo la consideraba como mi hija y fue mi hija y cuando se fue, la recogí en mis brazos y la devolví a la tierra.

Andando por la orillas del Tunjuelo junto a Luna, a Faraón su hijo, a Luxor su nieto, atestigüé durante años, en medio de nubes de humo, la debacle de la ciudad, atravesando desde la Isla del Sol, por la orilla del río hasta la entrada a la Coruña, detrás de Colmotores, causante de parte de la desgracia del Tunjuelo, junto a las otras industrias y fábricas que han abusado de él impunemente, infamemente. Llegando a ese punto de la Coruña se percibe el olor a curtiembre (cualquiera que lo haya

experimentado sabrá de lo nauseabundo y aprensivo que es) y los perros levantaban la cabeza y hacían vibrar sus narices, ignoro si les disgustaría tanto como a mí, creo que no, parecían disfrutarlo inclusive. Allí es relativamente lejos de la zona de los cueros, pero aun así llegan oleadas de ese olor a carroña viscosa, a mortecino invencible, produciéndome casi arcadas de náusea y desesperación. Dando media vuelta por el mismo camino, con inquietud me preguntaba como haría la gente de san Benito para soportar ese hedor cada día, cada hora. Recordé las palabras de mi amigo John Rastaman, habitante de San Benito, una vez que hablamos acerca de los sueños de cada uno. El rasta me dijo: “sueño sembrar, bajo el puente de Meissen y por todo el separador vial hasta el Tunal, todos los ‘Caballeros de media noche’ que pueda, así en las noches ya no olerá a muerte sino a jazmín”.

Al retornar, ardía en mis sienes pensar, saber, que esos desechos pútridos iban a parar al río día a día envenenando sus aguas; me sentía intoxicado también, de ira, de impotencia. Aceleraba el paso y llegando al bosquecito de acacias soltaba los perros, era hora del espectáculo, era hora de que pasase algo bueno, de verlos correr zigzagueando entre la brisa con las melenas hechas viento, con las lenguas colgando y volando en cada zancada. Me sorprendía cada vez, siempre. Ya para irnos hacía sonar las cadenas y los collares chiflando agudamente y los veía venir, aunque a veces tenía que ir yo hasta ellos: los afganos suelen ser algo displicentes.

También recuerdo el Sauce, cómo olvidarlo, esa silueta oscura y entreverada coronada de briznas de verde pálido y móvil, yo decía que era mi amigo y de lejos lo saludaba con los ojos, con algo parecido a otra voz, con un sentir, un anhelo, que sé yo. Cuando llegaba hasta él recorría su corteza con mis dedos acariciando su tensa piel, observando los surcos entre sus escamas; un paso adelante el Tunjuelo iba herido, atrapado entre sus orillas, llevando su dolor multiplicado hasta su desembocadura.

Cuando un día llegué hasta la entrada de la Isla del Sol, hasta el puente y, desde allí vi que mi amigo no estaba, que alguien había dispuesto de su vida porque sí, solo por verlo caer, solo por silenciar su belleza, lo inofensivo nuevamente fue mancillado ¿Qué mal puede hacer un árbol sembrado a la orilla de un río? Ninguno. Fue ser inofensivo su pecado, su

mácula. Era bello ese árbol y era mi amigo, compartimos la tierra donde nacimos, él y yo, su estampa y su silueta me llamaron a verlo desde niño, es decir desde siempre y hasta la última vez como un ser que irradiaba vida, frescura. Pocas veces regresé después de aquello, preferí tomar otras rutas, algo ingenuo pues todas mis otras rutas también iban a dar al Tunjuelo, al río de mi vida, al que pertenezco como hijo de su territorio. Luna, Faraón y Luxor corrían a sus orillas y yo voy tras ellos, consumiéndome, recogiendo trozos de su recuerdo.



Daniel Méndez Bernal. Bogotano de padres bogotanos, de abuelos cundinamarqueses, un espécimen del páramo. Nací en 1973 en la mitad de un octubre torrencial en el hospital de la Hortúa desde donde fui llevado al que fuera mi territorio de toda la vida; el barrio Venecia al sur de Bogotá. Estudié la primaria en la Escuela distrital que estaba al frente de mi casa,

soy bachiller en Artes del colegio distrital Gustavo Restrepo, administrador agropecuario (tecnólogo SENA) y carpintero artesano de la escuela de Artes y Oficios Santo Domingo.

Entrevista

Daniel Méndez Bernal

¿Cómo surgió la idea del proyecto?

Pienso que surgió con la espontaneidad del musgo, una pensada o casual reunión de condiciones que derivan un resultado, en este caso una historia.

¿Por qué decidió desarrollarlo en el taller de Idartes?

Más que una decisión, lo percibí como una oportunidad; escribir conformaba el objetivo específico del taller, por lo tanto el proyecto se desarrolló aunadamente con los temas tratados en las diferentes sesiones del mismo.

¿Qué herramientas le dio el taller para ayudarlo a desarrollar su proyecto?

Me permitió rodearme de personas con la misma inquietud por escribir. Esto fue una fuerte motivación para mí. Conocí escritos y escritores(as) increíbles y compartí algunos que conocía. Primordialmente, el taller me apasionó, porque creó una complicidad alrededor de la literatura entre sus asistentes.

¿Qué tipo de libros lee?

He leído principalmente literatura, novelas, cuentos, poesía de distintas épocas.

¿Los talleres de Idartes ayudaron a convertirlo en lector?

Hace bastante tiempo soy lector, pero el taller me ofreció nuevas fuentes de lectura, enriqueció mi mundo.

¿Qué relación existe, en su caso particular, entre la lectura y la escritura?

Comparando lo que he escrito con lo que he leído, tanto en cantidad como en calidad, puedo decir que soy un lector con ligeros visos de escritor.

Para este texto específico, ¿qué leyó?

Por esos días tal vez releía *Ángeles clandestinos*, de José Antonio de Ory, una recopilación de testimonios de allegados al poeta Raúl Gómez Jattin. Pero suelo leer varias cosas al tiempo, un tanto desordenadamente.

¿Cómo fue el trabajo con el tutor? (¿qué tipo de trabajo hacían?)

Desde mi experiencia, el trabajo con el tutor fue provechoso, se siguió una secuencia pensada que permitió desarrollar los contenidos del taller de una manera asertiva, dinámica y, por qué no, yo diría apasionada.

¿Cómo fue el trabajo con sus compañeros? ¿En qué enriquecieron el texto?

La interacción fue el punto clave. Se aprende escuchando al otro leer su propio escrito, es una experiencia emocionante.

¿Sigue escribiendo?

Sí, a pequeña escala.

¿Usted es un escritor?

Tengo algo de escritor, en ocasiones me topo con la escritura, son encuentros felices.

¿Quién es un escritor?

Alguien que tiene el poder de transmitir emociones y sentimientos vivos a través de la palabra escrita organizando el lenguaje de singular manera y creando singulares efectos en el lector.

¿En qué cambió su vida el haber escrito?

Pienso que la escritura o el ejercicio de escribir ha sido una válvula de escape emocional que tiene la capacidad de abstraerme de la cotidianidad, algo inestimable.

¿En qué cambió su escritura el haber asistido a un taller?

El taller me permitió depurar importantes aspectos a tener en cuenta para escribir; construcción gramatical, puntuación, ortografía, entre otros.

¿Para qué escribe?

Escribo para mí. Como un juego personal, como armar un rompecabezas de la nada.

¿A qué horas escribe?

De noche casi siempre, o de madrugada.

¿Cree que cualquiera puede ser un escritor? ¿Qué se necesita para serlo?

Creo que cualquiera puede disfrutar de los placeres que brinda escribir, pero no creo que cualquiera pueda convertirse en un escritor, creo que la vocación juega un papel importante, sin embargo se necesita aún más que vocación para ser un escritor; entrega, disciplina, convicción, incluso mucha suerte.

Cita de las 5:00 p. m.

Fernando Guevara

Yo estaba apostando cinco millones de pesos a que el segundero y la entrada de aquel hombre sincronizarían perfectos a las 4:00 p.m.

La tarde se veía oscura el tráfico pesado, esos son presagios de un mal día en Bogotá. Básicamente todos los días lo eran. Tal vez por eso me gustaba mi ciudad. Entonces oprimí mi esfero repetidamente tratando de controlar los nervios.

Quince, catorce, trece, doce, mirada fija a mi muñeca izquierda, diez, nueve, ocho, siete, gota de sudor deslizándose desde mi frente, cinco, cuatro, tres, dos, la puerta se abrió a las 4:00 p.m. en punto. Respiré tranquilo. Siempre gano.

Él entró con su característico sombrero de cuadros, tan flaco y tembloroso que si yo quisiera ser malo, abriría la ventana y el viento se lo llevaría a dar una vuelta por Chapinero.

—Doc, no se imagina lo que me ha ocurrido estos días. Creo que la vida se burla de mí —decía mientras tomaba aire y dejaba caer su cuerpo de 27 años sobre un *puff* rosado, frente a mí.

—Cuéntame cada detalle, que para eso has sacado cita —digo, fingiendo ansiedad, volteando mis ojos protegidos por cristales redondos, pensando en que el momento más emocionante de esta cita se extinguió hace unos segundos, cuando gané una apuesta.

—Ha sido S —me dijo, consternado.

Como para variar, pienso.

I llegó a mi consultorio a principios de 2013. El diagnóstico fue fácilmente deducible, ni siquiera necesité ser profesional en psicología para poder saberlo. Fractura múltiple de corazón. Se le notaba porque tenía el alma seriamente lacerada, las ilusiones machacadas y se sentía a metros que le dolía muchísimo respirar. Lo supe a simple vista, porque yo también fui joven alguna vez.

Desde ese día, todo lo que ha hecho es hablarme de S. Fue el primer, único y verdadero amor de I, así me la describía cada vez que venía a este consultorio. Entonces la “madurez” hizo acto de presencia, y rompió cualquier posibilidad de un futuro. Hoy en día las relaciones se acaban más fácilmente por falta de madurez que por infidelidades.

Ella le compró unos productos de venta libre para reponerse de la ruptura, le dedicó canciones del Binomio, Arjona y Melendi y fue quien le recomendó mi consultorio, para así poder olvidarla. Habré conocido mujeres crueles en este mundo, y ella.

Ha pasado más de un año, e I sigue viniendo puntualmente a las 5:00 p.m. los lunes y jueves de cada semana a mi consultorio, para decirme cuánto ama y odia a S. Sin embargo, esta vez me vi obligado a darle la cita a las 4:00 p.m.

—¿Me está prestando atención, Doc?

—Por supuesto— respondo vagamente.

—Entonces, esa es la cuestión. ¿Cómo puedo olvidar a S, si se me aparece en mis sueños, toma mi rostro dulcemente en sus manos y me pide que nos casemos?, dígame Doc, ¿cómo se puede? ¡Así no se puede, Doc, así no se puede! Es muy jodido.

Mi nombre realmente es D, pero teniendo en cuenta que I es aficionado a Zemeckis y Spielberg, dejé que me llamara Doc, de ese modo pudo entrar en confianza conmigo.

—¿Tienes algo en mente para solucionar este lío?

—No, Doc, no sé cómo hacer, es como si nuevamente pusiera mi mundo patas arriba, y lo digo literalmente.

La primera vez que le escuché decir eso de “mi mundo patas arriba, literalmente” fue hace unos cuatro meses. Y casi me ahogo con un sorbo de té que bebía en ese momento. No es fácil contener una carcajada cuando se tiene una bebida caliente en la boca y, aún peor, cuando se debe demostrar profesionalismo al oír a los pacientes.

Pero, en serio, me fue difícil no imaginarme la desdicha del pobre I si de verdad su campo gravitacional se invirtiera. ¿Cómo haría ese hombre para dar un paseo en la calle? ¿Qué maromas tendría que hacer para servirse un vaso de jugo? O aún peor, ¿qué desagradable momento viviría el día en que el pobrecito se enfermara de diarrea? Debo reconocer que fue hilarante imaginarlo.

—Ha sido un sueño, I, es un deseo de tu subconsciente, nada más que eso. No puedes echar a perder estos meses que hemos trabajado por eso.

—Pero, Doc, ¿y qué tal que sea ella, diciéndome que me ama de un modo único? Podría ser una reestructuración de nuestra vida. Un comienzo épico para un nuevo amor. Aunque no le niego que me da miedo que otra vez me vuelva... bueno, usted no necesita escucharlo, solo véame.

—En tu sueño, ¿ella tenía pies? —le digo.

—No lo sé, no lo recuerdo, ¿qué tiene eso que ver, Doc? —me dice reafirmando su posición sobre el *puff*.

—El asunto es que si no tenía pies, tal vez no es la misma S que amaste. Tal vez es una muy similar, pero diferente. Piénsalo.

—Tenía sus mismas curvas, era su misma esencia, era S, mi S. ¿Y si fuera ella? ¿Qué tal que le crea a usted, Doc, la ignore a ella, y me pierda la posibilidad de tener a la mejor mujer haciéndome compañía? Si antes no lo he hecho, estoy seguro de que moriría.

Es curioso ver cómo en un mundo donde te matan por un domicilio mal hecho, donde mueres de ébola, H1N1, y cuanta enfermedad se quiera inventar la OMS, aún haya alguien que tiene la decencia de morir de amor.

—Esto es lo que harás. Evita todo pensamiento en torno a ella. Evita nombrarla, escribir sobre ella o tener el más fugaz deseo de compartir con ella. Necesito que reprimas a ese romántico que llevas dentro. Entonces, si vuelve, si tiene pies, si es la mujer de la que te enamoraste, ya podremos ver qué sucede.

—Será difícil, Doc, pero lo intentaré, estaré juicioso con mis medicamentos. Haré ejercicio, y me dedicaré a crear mi ejército de pequeños robots hechos de reciclaje —dijo emocionado, confiando plenamente en mis consejos.

A pesar de todo no pude mirarlo a los ojos y decirle que nunca más escucharía de los labios de S un te amo. No como él quería. Tal vez porque a pesar de todo, durante este año y medio de verlo cada semana, le había tomado algo de afecto al muchacho. Era eso, o tal vez lo era pensar en los \$140.000 que se depositaban en mi cuenta con cada visita de una hora que I me hacía. Aún no estoy muy seguro.

—Sigue al pie de la letra mis consejos, I.

—Gracias, Doc, le haré caso, y estoy seguro de que esta será la última vez que nos veamos —me dijo con una sonrisa y un buen apretón de manos.

Siempre me decía lo mismo, lo había hecho desde hacía un año, pero bueno, al menos yo cumplía con mi deber con la comunidad de sacarlo en un mejor estado de como me era entregado.

—¿I, puedes hacerme un favor?

—Por supuesto, Doc, ¿cuál?

—Cuando salgas, ¿podrías anunciarle a mi cita de las 5:00 p. m. que es su turno, que siga?

—Claro que sí, Doc, dígame el nombre del paciente que debo llamar y con gusto lo haré —dijo con una agradable sonrisa

—Se llama S.

Fernando Guevara. Como dibujante y aprendiz empírico de la escritura, fascinado por el cine, el teatro, los libros, los comics y los videojuegos, creo que no hay mayor placer en esta vida que el de entregarse por medio de los gráficos y la literatura al maravilloso arte de la narrativa de historias. Convencido de que no existe un medio “idóneo” para tal fin, sino que con el talento y los recursos necesarios se pueden hacer grandes obras, viajar a increíbles lugares, y crear experiencias únicas, en cualquier medio.

El cazador de hombres

Ismael Alexander Yepes Orduz

Lejos de todo, en el atardecer remoto de las regiones árticas, el cazador de hombres despierta aturdido. Es verano. El sol se filtra en la nieve inestable del desierto albo. Una bocanada de aire pasa con dificultad por los pulmones maltrechos del impasible nómada. Desea moverse pero su cuerpo ya no le responde. Entonces descubre el blanco teñido de rojo y reconoce en el fluido que tanta veces había derramado, el destino inequívoco de una muerte lenta y tranquila. Agoniza, evoca los recuerdos felices de sus días de fortuna en noches jamaquinas, los botines de guerra enterrados en playas olvidadas, el amor pago y sin compromisos de los puertos asiáticos. Hace bien, para qué recordar las masacres perpetradas por órdenes piratas, las numerosas vidas saldadas por cuenta de su oficio de mercenario, los esclavos capturados y vendidos en los mercados de Singapur y Malasia, y, sobre todo, para qué amargarse por el infame crimen de la diosa de los vientos a quien mató, sin pudor ni compasión, por robarle tan solo una rosa negra que llevaba entre sus manos. Ella misma, que con su último aliento, le advirtió sobre su final inminente: habrás de morir solo, en un lugar más frío que el hielo que llevas dentro. Y así es. Desolado, perdido en la mitad de la frialdad más grande jamás imaginada por su mente angosta, el viento comienza a soplar con más fuerza y la nieve empieza a enterrarlo vivo. No se inmuta, por el contrario encuentra un poco irónico que los servicios de la

parca sean tan simples y efectivos. Inmóvil, arrullado por el susurro de la brisa helada, finalmente sucumbe al sueño eterno. Un día después, en el atardecer remoto de las regiones árticas, descubrirá que el infierno no es otra cosa que despertarse siempre en el mismo día y en el mismo lugar a la hora funesta de la muerte.

Ismael Alexander Yepes Orduz. Bogotá, Colombia, 1977. Ganador en la categoría Poeta Consagrado: segunda edición de la Revista *La Literatura en el Arte*, 2014 (Ibagué, Colombia). Tercera mención de honor Concurso Internacional de Poesía Atiniense, 2014 (Buenos Aires, Argentina). Sus textos han sido publicados en diferentes medios literarios en Colombia: Editorial Zenú (Montería), Revista Urcunina Literaria (San Juan de Pasto) y en España en la Editorial Diversidad Literaria, en la antología poética *Versos desde el Corazón* y los *Micro Relatos Épicos "Breves heroicidades"*. Alista un próximo libro con la recopilación de sus poemas bajo el seudónimo de Nicolás Almanzor.

El cuaderno de urbanidad

Jota Jota Muñoz Cárdenas

Caminé lo más lento que pude. Recuerdo que arrastraba mis zapatos negros de charol. Las nueve calles, que más tarde se llenarían de cenizas y sangre, se hicieron muy cortas aquella mañana. Ni siquiera me colinché en una Lorencita, como solía hacerlo cuando me dolía el estómago y tenía que correr a casa. Me aterraba encontrarme cara a cara con mi mamá después de lo que pasó en mi colegio. No habría tenido tanto miedo de haber sabido que en unas horas el colegio San Francisco desaparecería para siempre.

Que yo recuerde, nunca fui tan bruto como esa mañana. ¿Cómo me pareció buena idea esconderme en el baño de las profesoras? ¿A qué horas me enamoré de la profesora Kaito? ¿Por qué verla orinar en el baño me parecía excitante? ¿Cómo se me cayeron las gafas culoebotella que no se me zafaban nunca, ni cuando jugaba fútbol en el patio? Justo en el momento que espiaba en cuatro patas por debajo de la puerta patinaron por mi nariz aterrizando en las fulgentes baldosas del baño de profesoras. El ruido cristalino interrumpió el sonoro y continuo chorrillo de la profesora Kaito, que orinaba sentada dejándome ver sus medias veladas arremangadas en los tobillos y sus calzones color piel estirados al máximo entre rodilla y rodilla. Todavía tengo la duda si lo que me delató fue el golpe de mis gafas o el “¡Juepucha, me pillaron!” que se me salió.

¿Por qué el Padre García, tuvo que darme ocho coscorriones, si cuando me dio el primero entendí que había metido la pata? Además no sé si pasarse los nudillos por la lengua antes de cada coscorrón se hace para aumentar el dolor o para disminuirlo. ¿Por qué las otras profesoras se indignaron tanto? ¡Si yo no quería verlas a ellas! ¿Por qué en la nota que el Padre García escribió para mi madre decía en mayúsculas: MATRÍCULA CONDICIONAL? si no fue tan grave y además no alcancé a ver nada de lo que quería ver. Y ahora que lo pienso, qué raro era que la profesora Kaito estuviera encargada de la clase de francés siendo una menuda ojirrasgada japonesa.

A sabiendas de que en mi casa me esperaba una soberana fuetera, y hasta un escobazo me darían de ñapa, prolongué mi llegada dando vueltas por la ciudad. Es que mi mamá era cosa seria, mis hermanitos y yo conocíamos bien su correa de cuero con alcance de cuarenta metros, sus poderosos pellizcos de treinta toneladas de presión, su chancleta con sensores que giraba hasta 180 grados para partirle a uno el labio o un diente y dejarlo boquinche por unos días, sus cachetadas de ninja imposibles de esquivar y el cirirí de regaños torturantes que en algunas ocasiones duró hasta tres días. Mi madre era sobreprotectora. Esa era la forma de educar en los años cuarenta. Años de la Bogotá fría, muy fría, de abrigo y sombrero, de la Urbanidad de Carreño, el purgante de paico y mis pantalones cortos (obligatorios en el colegio San Francisco) que no me protegieron nunca de las palizas de mi madre.

Deambulé con las manos en los bolsillos, mirando a todos lados. Jugué con pelotas imaginarias mientras saludaba a vecinas en balcones, también imaginarios. Repasé las vitrinas de los almacenes de ternos y paraguas de la calle diecisiete y silbé Tutaina, que en abril salió desafinada. Gritaba goles del rojo o del azul y daba vueltas en la cuadra de las chicherías. De pronto oí las explosiones, pero no vi caer los palos de los voladores. Gritos y chiflidos como los que se escuchan en las procesiones se oían no tan lejos. Un grupo de hombres armados y apestosos a coñac pasaron apurados y amenazantes con sus machetes brillantes. Olía a llanta quemada como en el día de las velitas. El lejano aullido de una sirena se acercaba

peligrosamente. Bogotá ya olía a muerte. No quise saber el porqué del alboroto, sólo corrí a casa.

Al llegar sentía un puercoespín en mis tripas. La nota del Padre García se mojó con el sudor de mis manos. Traté de no hacer ruido con la puerta. Me saqué los zapatos negros de charol (obligatorios en el colegio San Francisco). Descalzo y agazapado, me arrastré hasta el fondo de la casa, a mi pieza. Cualquier horrendo evento que estuviera pasando afuera no se comparaba con mi mamá emberracada. Debía alejarme de la cocina, donde se suponía que estaría ella fritando arepuelas.

Como pocas veces pasaba, me llegó una ráfaga de lucidez. Metí el cuaderno de urbanidad, que era el más aburrido, el más grueso y el de más hojas, entre mis nalgas y el pantalón corto (obligatorio en el colegio San Francisco). En seguida, me puse las cinco camisas blancas del semanario (obligatorio, también, en el colegio San Francisco) una encima de la otra, para menguar los golpes. Así enfrentaría a mi mamá y en su cara le diría lo mucho que amaba a la profesora Kaito.

Pero mi valentía se acabó cuando sonó el teléfono de la sala, una, dos, tres, veces ¿Por qué mamá no contesta? ¿Pues porque no está! deduje. Caminando como muñeco de año viejo crucé el corredor rápidamente y levanté la bocina, era el Padre García:

—¡Peñuela, es urgente, pásame a su mamá, que algo terrible ha pasado!

Yo, como un buen cristiano estudiante del colegio San Francisco, con mi mejor sonrisa y voz musical, le dije:

—Yo sé que es grave, padrecito García, pero figúrese que ella salió y se demora un juuuuurgo en volver.

Al otro lado de la línea, el padre gritó:

—¡No se burle Peñuela, que esto es serio! ¡Dígale a su mamá que me llame pronto!

Colgué y corrí a buscar la caja de herramientas para sacar de allí el alicate con el que cortaría el cable del teléfono. Al parecer la hemorragia de buenas ideas seguía fluyendo. Como pude, subí al techo y me arrastré por las tejas para cortar toda comunicación entre el Padre García y mi madre. Cuando el cable rojo colgaba como péndulo del tejado, oí de nuevo esa gritería en las calles, y las vecinas se asomaron a los balcones. Algunos

proyectiles, que no eran voladores, zumbaron cerca de mi cabeza. Llovían piedras en los techos. Se veían columnas de humo. Por la calle unos señores borrachos arrastraban un bulto desnudo de carne y sangre que parecía ser otro señor. Me preocupé por mi mamá y mis hermanitos ¿A dónde habrían ido?

Desorientado, salté al patio. La misión era otra ahora: salir a buscar a mi familia entre la gente enloquecida. Mientras caminaba vi personas dormidas o muertas tiradas en los andenes y en la línea del tranvía. Grupos de borrachos acorralando a un solo hombre con golpes y machetazos y la Lorencita en la que siempre me colgaba ardía en llamas. Comencé a gritar ¡Mamá, mamá! Tropecé con vecinos, policías, asesinos, asesinados y uno que otro niño perdido, como lo estaba yo.

Para alivio mío, tras unos minutos aparecieron todos en la esquina. Con pasitos acelerados mamá arrastraba a mis hermanos de la mano. Nunca la vi tan feliz de verme. Mi mamita que era un dechado de ternura y nos cuidaba como nadie, que más que madre era una santa, gritó mi nombre: ¡Gabriel!, y me abrazó. ¡Todos estábamos bien! Me tomó de la mano con fuerza y nos llevó a todos a la casa.

Cerró la puerta tras nosotros, puso todos los cerrojos, colgó la tranca, alejó su familia de la agitada ciudad. Con porte de orador griego y aire diplomático se dirigió a sus hijos:

—Niños míos, ¡Ha pasado algo terrible! ¡Bogotá no será la misma! Colombia no será la misma. ¡Mataron al doctor Gaitán!

En medio del discurso de mi madre, muchas preguntas trascendentales martillaban mi juicio: ¿Habrán clase mañana? ¿Olvidarán mi castigo? ¿Quién era ese doctor Gaitán? ¿Por qué lo mataron? ¿Me amaré la profesora Kaito como yo la amo? ¿Tendrá calzones de otro color? Mamá terminó su soliloquio de advertencias e instrucciones para los días por venir. Atrincherados en casa nos abrazó, en orden de menor a mayor. Mientras palpaba mi abullonado cuerpo, el sonido del timbre del teléfono me hizo saltar de terror. Ahí estaba el cable rojo columpiándose aún ¡Entonces era el azul! Mi madre me miró a la cara queriendo esculcar mi conciencia. Apretó los dientes, achinó los párpados y arrugó las cejas, como lo hacía siempre antes de buscar la chancleta.

—¿Usted qué diablos hace con todas esas camisas puestas y ese cuaderno en las nalgas? ¿Usted qué hizo Gabriel Peñuela?



Jota Jota Muñoz Cárdenas. Estudiante de Licenciatura de Educación Básica con Énfasis en Lengua Castellana y Humanidades en la Pontificia Universidad Javeriana. Escritor de cuentos y artículos de opinión para periódicos y blogs. Sus cuentos han hecho parte de varias antologías como: *Escritos bajo el mismo cielo* de *Bogotá Cuenta*, *Once no autores* de *proyecto Once*, *Entre luces rojas* de *Editorial M*. Es codirector del fanzine *Lectomaniacos* y ahora mismo desarrolla por su cuenta un Taller de promoción de lectura y escrituras creativas con jóvenes de la localidad de Suba. Cuando la literatura y las letras se lo permiten, oficia como peluquero y zapatero.

Entrevista

Jota Jota Muñoz

¿Cómo surgió la idea del proyecto?

La idea de este cuento surgió a raíz de un acercamiento que tuve a varios documentales sobre el Bogotazo, en los que se abordaban muchos temas, pero noté la ausencia total de la visión infantil. La infancia y la juventud estuvieron presentes en los hechos del 9 de abril, pero la historia oficial parece desconocerlo.

¿Por qué decidió desarrollarlo en el taller de Idartes?

Es un texto que por alguna razón no me satisfacía, y el espacio del Taller de cuento era perfecto para redondearlo y trabajarlo.

¿Qué herramientas le dio el taller para ayudarlo a desarrollar su proyecto?

Muchas. La escritura, como cualquier oficio, exige el conocimiento de las teorías clásicas, y el desarrollo de los ejercicios propuestos es un entrenamiento provechoso.

¿Le gusta leer?

Mucho, me considero un lector juicioso.

¿Qué tipo de libros lee?

Todo el tiempo estoy leyendo algún libro de cuentos, me gustan también las novelas históricas y la novela negra.

¿Los talleres de Idartes ayudaron a convertirlo en lector?

Para ser sincero, leo desde que tengo recuerdos, pero en cierto modo las lecturas propuestas por el director me invitaron a acercarme a autores y libros que tal vez no habría leído por iniciativa propia.

Para este texto específico, ¿qué leyó?

Abordé algunas noticias de la época y crónicas escritas sobre los hechos específicos por ejemplo: *Crónica del bogotazo*, de Gustavo Wills; *El mito del 9 de abril*, de Carlos Fernando Amézquita, y *El país de mi padre*, de Plinio Apuleyo Mendoza.

¿Cómo fue el trabajo con el tutor?

No trabajamos directamente sobre mi texto, pero muchas de las temáticas abordadas en el taller fueron preponderantes en el trabajo con el texto.

¿Cómo fue el trabajo con sus compañeros? ¿En qué enriquecieron el texto?

El trabajo de los grupos de edición es un muy buen ejercicio, que le proporciona a cada autor muchas visiones diferentes de sus textos. Es un verdadero privilegio tener lectores de calidad y múltiples opiniones para moldear un escrito.

¿Sigue escribiendo?

Todos los días. Si no se quiere perder la forma, se debe ir todos los días al gimnasio, así lo asumo.

¿Cree que se puede enseñar a escribir?

Sí. La teoría y las técnicas que existen sobre la escritura se pueden transmitir de forma positiva, siempre y cuando el receptor tenga disposición y disciplina.

¿Cree que se aprende a escribir?

Sí, porque si bien es cierto que se requiere un porcentaje alto de talento, también se pueden llegar a producir muy buenos textos con constancia y disciplina.

¿Usted es un escritor?

Sí lo soy, porque el oficio de escribir está ligado a mi vida independientemente de las publicaciones o el reconocimiento. Para mí escribir es una necesidad imperante. Cuando entro en mi faceta de autor me siento poderoso, útil y feliz.

¿Quién es un escritor?

El escritor no es el que vive de escribir sino el que vive para escribir. Escritor es el que piensa que la verdadera estética de la vida está en escribirla, más que en contarla, fotografiarla o pintarla.

¿En qué cambió su vida el haber escrito?

La escritura siempre ha sido para mí una especie de desahogo y desde hace cuatro años, cuando decidí tomármelo muy en serio, trabajo duro para que esta sea mi profesión y lograr (sin pretensiones) una pequeña cuota de inmortalidad con mis escritos.

¿En qué cambió su escritura el haber asistido a un taller?

En lo que más he notado el cambio es que siento que he perdido mucho de la rigidez que creía necesaria para adentrarme en muchos temas. Salí del taller siendo más valiente con la pluma.

¿Para qué escribe?

Pienso que este mundo tiene y genera muchas historias que deben ser contadas, y más allá de que sean reales o no... es un deber plasmarlas y dejar testimonio de que pasaron por el mundo o por mi mente, sin importar si se leen mucho o poco, o si gustan o no.

¿A qué horas escribe?

Cuando tengo tiempo y el día me da un respiro. No tengo rutina establecida.

El prestigio de la inocencia

Zue Quintana

Pensaba en salir a la calle, robar un banco, comprar todos los dulces de la tienda de doña Graciela y quemar lo que sobrara. Tener toda la ropa que siempre quise y comer hasta reventar. Gritarle al mundo en una plaza pública, no dormir en toda la noche, conocer París, Italia, Cuba.

—¡No señora! Usted no me sale a esta hora —dijo mamá.

—Son las seis de la tarde mamá. Además, probablemente mañana sea el fin de este mundo.

—Eso dijeron en el año 2012 y yo sigo aquí cocinando y haciendo oficio como en ese entonces.

—¿Y qué tal que sea verdad?

—¿Y qué tal que no? Si se la roban por ahí a esta hora tendría que vivir el resto de su vida con ese trauma.

—¿Qué harías si supieras que es verdad?

—¿Verdad qué? ¿Que llegó el fin del mundo? Probablemente llamaría a sus abuelos, cocinaría lo que más les gusta y comeríamos juntos.

—Por eso. Hazlo, es lo que harías. Hazlo y me dejas salir. ¿Sí?

—¡Que no tiene permiso!

—¿Llegó el fin del mundo y me dices que no tengo permiso?

—Que no se va a acabar el mundo. Más bien esperemos a que llegue su papá a ver qué es lo que piensa de eso. Así va a entender que no se va a

acabar el mundo.

—¿Y si papá piensa que sí? Estaría perdiendo mi tiempo hablando contigo sobre esto.

—Bueno dígame, ¿Usted qué haría entonces? ¿Una culicagada como usted que haría en su último día de vida?

—No moriremos mamá, solo iremos a otro mundo, o eso dijo mi profe. Yo comería mucho, compraría toda la ropa que ustedes no me compran. Además, viajaría por el mundo entero para comprar dulces.

—¿Todo eso en una noche? No alcanzo yo a recoger el chiquero que deja su papá en un día y usted viajará por todo el mundo. ¡Ja!

—¡Ash! Nunca me pones atención.

—Pero si le estoy poniendo atención.

—Está bien, si su papá no llega en cinco minutos vamos a la tienda de doña Graciela y compramos todos los dulces que tenga, ¿Bueno? —dijo mamá, buscando una tregua.

—¿Y después me dejas salir?

—Si su papá no llega en cinco minutos, sí.

—Bueno.

Mamá siempre le abre la puerta a mi papá como si supiera el momento exacto cuando va a llegar. Para mi desgracia, a los pocos segundos de terminada la conversación mamá abrió la puerta.

Él, con los ojos llenos de lágrimas, me abrazó diciendo una y otra vez:

—¡Las amo! ¡Las amo!

—¿Qué te pasó? —dijo mamá con cara de terror.

—¿Viste las noticias? Tal vez hoy sea nuestro fin. No quería llorar, pero pensar que las perderé me aterra...

—¡Aja! —grité—. Te lo dije, mamá. Papá, no vamos a morir, solo viajaremos a otro mundo, como dijo mi profe. Tú serás tú y yo seré yo. Y vamos a estar juntos, como ahora.

—¡Ya! —gritó mamá—. ¡No moriremos, tampoco iremos a otro mundo! Esos científicos están locos, mañana verán que todo eso es falso.

—Mañana... —dijo papá entre sollozos.

Zue Quintana. El nombre parece aguardarle desde ya un futuro artístico. Tiene 16 años y habla con una propiedad adulta. Por disciplina o pereza o tiempo, le huye a una cita con su guitarra. Reniega de su madre, pero entre las dos existe una paciencia infinita, hecha a punta de encarar problemas juntas. Es hija, por sobre todas las cosas. Y hermana, muy buena hermana. (Por: Alejandro Martínez).

La peregrina

Carmen Luisa Castro Carvajal (Caluca)

Después de parir trece veces, tuvo la certeza de que era hora de partir. Empacó lo justo para no tener frío, no sentir sed, no aguantar hambre y descansar cuando fuera necesario. Antes de salir, sirvió lentamente una taza de café de la última cosecha y, mirando desde el balcón hacia los tres caminos, sorbo a sorbo repasó su historia.

Sara había nacido y crecido en Tres Esquinas, un poblado muy pequeño de calles y casas amplias, prometedor sin ser próspero y tranquilo, aún cuando en cada casa se guardaba un recuerdo atroz de la última guerra. Sus gentes eran optimistas y alegres, condición que los más viejos atribuían al viento que bajaba suavemente de la cordillera en las madrugadas y en las noches, que caía como rocío sobre la piel, la mente y el corazón aliviando el sopor del sol que en el día lograba juntar el cielo con la tierra.

En el parque central convergían tres caminos: el que podía llevarla al otro lado de la cordillera hacia las grandes llanuras, los ríos infranqueables y los atardeceres de oro, y que ella solía ver desde la meseta; era el camino de la selva que a pocos metros de abandonar la explanada, se volvía empinado y húmedo, lleno de chusque, y solo podía hacerse a pie y a caballo. Hacia el norte, estaba el camino que descendía al valle y al gran río, en el que las luces de las ciudades y de los carros serpenteantes

presagiaban afanes nunca vividos; lo presidía una piedra que tutelaba la entrada y la salida del bus de línea que arribaba todos los días a las 11 de la mañana y salía a las 4 de la tarde y, hacia el sur, marcado por la gran Ceiba, el camino viejo que se perdía en la falda de la cordillera; decían los antiguos que llegaba hasta la gran laguna, que como un mar interior provocaba la imaginación de Sara, que estaba llena de propagandas de televisión sobre paraísos perdidos.

A los 14 años conoció a Mateo, aserrador y agricultor, que llegó a Tres Esquinas buscando un viaje de madera de comino para un *cachaco* que estaba construyendo su casa en el Carmen de Apicalá y que la quería tal y como la había visto en una revista. “No importan los costos”, dijo; al parecer tenía suficiente dinero después haber vendido un viejo apartamento en el barrio Teusaquillo en Bogotá.

El carro llegó fallando y cuando por fin franqueó la entrada del pueblo, del que había oído hablar tanto, se encontró con Sara, que estaba sentada en la gran piedra. Mientras se le acercaba le pareció que conversaba con el camino. “¿Hay algún taller o alguien que pueda ayudarme a desvararme?”, le dijo, conservando la distancia. Ella le devolvió una dura mirada, como las que hacen las mujeres cuando las interrumpen mientras están hablando. Visiblemente molesta, Sara comenzó a caminar hacia el pueblo y al rato llegaron dos hombres a empujar el jeep.

Mateo era bueno para contar historias y cantar coplas y pronto descubrió que esta era una habilidad muy apreciada en el pueblo, porque a pesar de tener tres caminos, la gente de Tres Esquinas no salía de allí y por generaciones se habían acostumbrado a que llegaran parientes y peregrinos trayendo noticias de lo que eran las tierras que podían ver desde lejos. El recién llegado pronto se hizo un lugar en medio de los calentanos, y con la plata que le había dado el *cachaco* para el viaje de madera, decidió quedarse en Tres Esquinas, sabiendo que no vendrían a buscarlo por miedo a las muchas historias, ciertas e inventadas, que se contaban sobre la selva de Galilea, que cubría la parte más agreste de la cordillera y en donde la guerra seguía viva.

“Te llevaré a las tierras extrañas”, le había prometido Mateo la noche que la besó atrás en la nuca. Fue una noche sin estrellas, pero Sara no lo

notó; entretenida como estaba con las historias de ese hombre con mirada de halcón y brazos fuertes de aserrador. Esa misma noche la embarazó.

Gisella, Salma Tatiana, María de los Ángeles, Nasly Lucía, Isidro, Iván José, Zoraida, Jesús Francisco, Faber Antonio, Ruth, Juan, Eva (la niña especial) y Mateíto, el último, que ajustaba diez años, llenaron su vientre y su tiempo. Ahora tenía 44 años.

Mateo se había convertido en un afamado aserrador. Sara podía desde lejos escuchar la caída de los árboles y, sin saber porqué, los lloraba; lo que era extraño, porque no había llorado nunca con el nacimiento de ninguno de sus hijos. Los mayores, como muchos de los varones del pueblo, tomaron el camino de la selva y de la guerra, dejando el estudio atrás; los primeros años recibió noticias de sus andanzas, hasta que poco a poco les perdió el rastro. Las hembras, apenas terminaron el bachillerato, tomaron el camino del norte, que descendía al valle y por el cual llegaron hasta las casas de veraneo de los *cachacos*. De ellas, de sus amoríos, gracias y desgracias, sabía por María de los Ángeles, que era la única que venía a visitarlos, porque era dicharachera y charlatana y tenía tanto que contar. Fue a ella a quien le confió, una noche muy estrellada, que se iba; no le dijo cuándo, pero le hizo prometer que apenas lo supiera recogería a Eva y a Mateíto para acabarlos de criar.

—¿Y mi papá?

—Por él no te preocupes, está cansado y enfermo, la soledad es su mejor destino, pronto no podrá talar más árboles ni engendrar más hijos.

—Y tú, ¿adónde vas?

—Al mar.

Tomó el último sorbo de café, batió la taza y miró detenidamente la figura que dibujó el *cuncho* en el fondo del pocillo; todos los caminos estaban allí. La puso con cuidado sobre la mesa, tomó el pequeño cuchillo de pelar, lo envolvió en un pañuelo y, sin mirar atrás, franqueó la puerta.

Cuando pasó cerca de la gran Ceiba se detuvo, la abrazó, susurrando el nombre de todos los árboles que conocía y que Mateo había aserrado, y luego nombró en voz alta a cada uno de sus hijos, Con toda la calma del mundo desenvolvió el cuchilo y en el gran tronco centenario escribió:

Mateo, me voy a tierras extrañas. No me sueñes, para que pueda caminar en paz.

Carmen Luisa Castro Carvajal (Caluca). Ibagué, 1965. Graduada en Comunicación Social con énfasis en trabajo comunitario e investigación social interdisciplinaria; como analista política del conflicto colombiano he escrito artículos y participado en conferencias sobre el tema. Parte de mi oficio ha sido acompañar a comunidades rurales y urbanas de Colombia en la construcción de poder popular y ciudadano, y eso me ha permitido ser testigo de la manera como hombres y mujeres, aparentemente sin grandes relatos, logran desplegar una fuerza interior que convierte los desafíos cotidianos en historias de dignidad. La escritura ha sido, hasta ahora, un oficio de la intimidad. A partir de los talleres de Idartes estos relatos aspiran a ser recreados para que los lectores se acerquen a los pliegues de nuestra geografía humana.

Entrevista

Carmen Luisa Castro Carvajal

¿Cómo surgió la idea del proyecto?

Viajo con frecuencia a diferentes regiones del país acompañando comunidades en sus procesos organizativos sociales, culturales, educativos y ambientales. En esos recorridos siempre busco seguir la pista de historias que me permitan conocer los pliegues de la vida de quienes habitan esos lugares y/o protagonizan esos procesos, y en conversaciones posteriores suelo recrear esas historias para que otras personas puedan acercarse al país profundo y siempre me consterna el asombro que producen, de manera tal que tomé la decisión de escribirlas

¿Por qué decidió desarrollarlo en el taller de Idartes?

La convocatoria mostraba que era un taller para escribir, para desarrollar un proyecto creativo, así que era justo lo que estaba buscando, tiempo, espacio e impulso para escribir con aportes que me permitieran viabilizar el proyecto.



¿Qué herramientas le dio el taller para ayudarla a desarrollar su proyecto?

Un sentido claro y aterrizado del oficio de escribir, esto ha sido fundamental, en un par de ocasiones anteriores me había acercado a algún taller literario, donde había mucho de apreciación literaria sobre textos, más cercano a la idea de la inspiración, que sentí lejano a mis posibilidades; en el taller de Idartes, la práctica, el diálogo entre lenguajes, el uso de las nuevas tecnologías y el hacer los ejercicios prácticos para la construcción de textos, hizo alcanzable la meta.

¿Le gusta leer ?

Leer me mantiene viva.

¿Qué tipo de libros lee?

Cuando la lectura es parte de la experiencia vital, cambia con la vida y como la vida, es cambiante, ahora estoy apasionada por autores y autoras

que pueden tomar distancia de su propia experiencia, saltándose los límites del relato autobiográfico para hacer escritura poética y contextual, como Herta Muller o Clarice Lispector, pero también estoy leyendo textos históricos a través de piezas como los corridos mexicanos y siempre hay conmigo un libro de cuentos o de relatos o de poesía.

¿Qué relación existe, en su caso particular, entre la lectura y la escritura?

La misma que existe entre viajar y contar historias, entre escuchar música y bailar, entre mirar al horizonte y caminar.

Para este texto específico, ¿qué leyó?

Mis apuntes.

¿Cómo fue el trabajo con el tutor?

Bueno, es creo yo, como un trabajo con cualquier tutor bueno. Un tutor bueno te lee, te hace anotaciones, te increpa, difiere, sugiere, sonrío...

¿Cómo fue el trabajo con sus compañeros? ¿En qué enriquecieron el texto?

El manejo de los talleres al llevar a compartir el proyecto a través de la lectura en voz alta, el trabajo en grupo, la creación colectiva, necesariamente enriquece el texto, con giros, imágenes, recursos descriptivos, si estás abierto, no se puede pasar sin ser tocado.

¿Sigue escribiendo?

Sí, La Peregrina es parte de un grupo de 11 relatos en construcción que acontecen en el suroriente del Tolima.

¿Cree que se puede enseñar a escribir?

Si la palabra enseñar está siendo usada como sinónimo de educar (sacar de adentro), sí.

¿Cree que se aprende a escribir?

Se aprenden los secretos, las claves del oficio.

¿Usted es una escritora?

No, soy aprendiz.

¿Quién es un escritor?

Quienes hacen de esta actividad el quehacer diario, para quienes más allá del acontecimiento, la escritura es razón de ser y estar.

¿En qué cambió su vida el haber escrito?

Le he abierto un agujero a la inercia en la que he estado imbuida en los últimos años de mi vida.

¿En qué cambió su escritura el haber asistido a un taller?

Se hizo pública.

¿Para qué escribe?

Ahora, para agrandar el agujero que ha abierto este relato y ver si se convierte en túnel o en cráter.

¿A qué horas escribe?

Cuando no estoy viajando, en la noche, porque mi vida sigue la agenda de un trabajo lleno de reuniones y correos, cuando estoy viajando, en cualquier lugar en el que me pueda sentar a tomar un café.

¿Cree que cualquiera puede ser un escritor? ¿Qué se necesita para serlo?

De oficio sí, ahora, un escritor que trascendencia... ese es otro problema.

La tintera

Juan Carlos Delgado A.

Resurgió de su inconsciencia después de doce horas. Pensé que iba a comenzar a gritar al verme, como en las películas, y cuando abrió los ojos me arrepentí de no haberle puesto un trapo en la boca. Pero no, abrió los ojos y me miró por ocho segundos en silencio, mil uno mil dos mil tres, mil cuatro, mil cinco, mil seis, mil siete, mil ocho, así enseñaban a contar para controlar la ansiedad, *Ansiedad y Paranoia* en Discovery Health; ahí paré la cuenta que llevaba mientras tenía el puño listo para romperle la boca en caso de oír ese alarido desgarrador de las películas. Sólo me miró, cerró los ojos y volvió a dormir.

Otra vez pasan las dos de la mañana y hasta ahora salgo de esta puta oficina. Los oficinistas de un hospital somos la calaña del servicio médico, los que llenan papeles mientras otros salvan vidas. Listo el informe para que el Director lo presente y de nuevo se gane los aplausos y felicitaciones de los jefes de la seccional. Ni siquiera estoy invitado a la reunión, pero algún día este cabrón me dará el ascenso y habrá otro imbécil que pase las noches en este cubículo. Me tomé esas cuatro cervezas que encontré en la nevera de la cocina de empleados, seguramente sobraron de la celebración de cumpleaños a la que tampoco me invitaron. En mi casa terminaré la faena de esta divertida noche.

Las calles están solas para ser noche de viernes, todo el mundo anda de fiesta, miro el tacómetro como de costumbre, 110 kilómetros, decido bajarle no sea y me encuentre con un retén y me quiten el carro, sería lo que me falta, todavía quedan cuatro años para que sea mío.

Fue un segundo, salió de la nada, alcanzo a frenar pero ya muy tarde; en la calle solitaria está alguien tumbado frente a mi carro y una cárcel esperándome. Mil uno, mil dos, mil tres, mil cuatro, mil cinco. No se levanta, nadie pasa tampoco. Me bajo, tres termos ruedan por la calle y un olor a café fresco me saca de la gravedad del accidente. Es una niña, pienso al ver su diminuto cuerpo, pero me acerco más y se convierte en mujer al ver sus firmes senos. La sangre que brota de su cabeza se confunde con el tinto que corre a su lado por el asfalto. El movimiento lento de sus senos me indica que no está muerta, tiene una cortada facial y una fuerte lesión craneoencefálica, de algo sirve ser médico graduado de Youtube y Google. Quinto examen de medicina reprobado, otro fracaso, dije que era mi última oportunidad y con ese examen se fueron a la basura mis sueños de ser médico, el único sueño que tuve en la vida. La calle sigue sola, la sacudo, le grito, le pregunto su nombre, la calle sigue sola, recojo los termos, su maleta, dos termos siguen llenos y el otro sigue regando su tinto por la calle, el olor a café fresco me sacude, aún está caliente y por un segundo pienso en lo rico que sería tomarme el termo entero, dejarla ahí y seguir con mi vida. La calle sola, abro el baúl del carro y entran termos, maleta y muchacha. La calle sigue sola, no hay rastros, arranco con normalidad, el reloj del carro dice 3:05. Diez minutos de viaje con olor a café. Llego al edificio y el celador abre la puerta dormido, no se da cuenta del golpe en el carro.

Llegamos al apartamento y sigue dormida, la acuesto en mi cama, la amarro con la ropa que tengo en el piso, todo lo hago con la naturaleza de quien acuesta su pequeño niño a dormir. Me sirvo un whisky y la miro, ahora la puedo ver bien. Debe tener unos 15 años, la sangre en su rostro, ya seca, se acumula a lo largo de una cortada de unos siete centímetros. “Las suturaciones en el rostro deben realizarse en forma paralela a la herida para evitar al máximo cicatrices profundas”, eso lo vi en *Cirugías Reconstructivas* en Discovery. El olor a café llena todo el apartamento, me

sirvo un tinto de sus termos, el mejor tinto que he probado en mucho tiempo, es un café oscuro, espeso, con la amargura exacta para contrarrestar la dulzura de la tintera. Me quedo dormido por unos veinte minutos y al despertar ya la luz mañanera ha llenado la habitación, “tomar una siesta después del café hace que la cafeína actúe eficazmente y el cerebro sea más agudo al despertar”, *Efectos del café en el cerebro* en Youtube. La tintera sigue durmiendo, pobres taxistas enfermos que se quedaron esperando probar su tinto y morbosearse la quinceañera.

Alcohol, gasa, aguja, hilo, abro el video en el portátil para no olvidar ningún detalle de la *limpieza de heridas preoperación quirúrgica*. La tintera sigue inconsciente, sus senos continúan demostrando que está viva y llamándome a tocarlos, pero no, en este momento soy un médico profesional y debo curar la herida de la paciente. Caliento la aguja en una olla con agua durante veinte minutos, tengo el trapo empapado con formol por si despierta, pienso que va a despertar al insertar la aguja en su rostro, pero no, sigue durmiendo sin una mínima reacción, fueron veinte puntadas, punto cadeneta decía mi abuela al tejer, la costura queda perfecta, debí hacer un video y subirlo a Youtube: *Sutura quirúrgica en rostro a paciente inconsciente*, sería más famoso que todos los médicos que trabajan en ese hospital de mierda.

Las tres de la tarde, pienso en que despierte, me de un beso y me prepare una taza de ese delicioso café. Abre los ojos, me mira por ocho segundos en silencio, los cierra y vuelve a dormir. Me acuesto a su lado y juntos nos entregamos al merecido descanso después de tan larga jornada.

Las dos de la mañana, abro los ojos y ella sigue a mi lado, dormida, le doy un beso para que despierte como las sirvientas en los cuentos, pero no, sigue dormida con su enorme chichón en la cabeza y la gasa cubriendo la cicatriz de la sutura, una obra de arte de la cirugía. Ya vamos a cumplir un día de que nuestras vidas se unieran. Youtube — buscar: *Contusiones cerebrales accidente*. Estoy en investigación.

Amanece y me recuesto otra vez a su lado, la abrazo, es hora de dormir, nuestra segunda noche juntos.

Hace años no dormía tanto, ya es medio día del domingo, me despierta el vibrar del celular. Debe llevar minutos vibrando pero no nos ha

despertado. Nos despertamos igual a como nos acostamos, igual a como vamos a dormir el resto de nuestras vidas.

Limpio sus heridas, su respiración sigue estable y los puntos parecen estar sanando con normalidad. Me levanto con cuidado y en la cocina decido hacer un caldo, debo tener la comida lista para cuando despierte, debe estar muriéndose de hambre.

Ya las seis de la tarde, nuestro primer fin de semana juntos está terminando, encerrados, unidos disfrutando del placer de la vida en pareja. Todas las semanas trabajando ahora tendrán un sentido.

Caliento el último sorbo del último termo de tinto, hago mucho ruido, ya quiero que se despierte, quiero oír su voz, quiero que me pida que le dé la comida y que me agradezca por cuidarla y salvarla. Dejo caer la olla, golpeo la mesa, agarro su pie y la muevo para que despierte. Por fin comienza a mover sus párpados.

Cuando de nuevo abre los ojos, me mira, yo sé que no va a gritar, ¿para qué gritar?:

—Tranquila, tuviste un accidente, pero todo va a estar bien.

No sé por qué le digo que tranquila, yo sé que lo está. Estamos juntos y eso es lo importante. Trata de moverse y se da cuenta que está amarrada.

—¿Cómo te llamas?— mil uno, mil dos, mil tres, solo me mira.

—No sé.

“Amnesia psicogénica post traumática, está clarísimo. En los casos auténticos, las amnesias psicogénicas pueden ser fruto de los efectos combinados de una lesión cerebral y un trauma emocional”, *En Busca de la Memoria*, Youtube. De la lesión cerebral me hago responsable y autor directo, pero el trauma emocional no es culpa mía.

—¿Me regalas un tinto? —dice.

Después del café se queda descansando en cama, no está dormida, me mira y mira el apartamento, no hablamos nada. Cierra sus ojos.

Ya se acerca el amanecer y sigue durmiendo, falta poco para irme a trabajar. Tengo que ponerle el trapo en la boca por si grita mientras no estoy, tengo que ir a trabajar, ya tengo un motivo para aguantar tantas horas en esa oficina.

El cabrón me felicita por el informe.

—La junta de socios del hospital ha quedado conforme y aumentarán las subvenciones gracias a los resultados financieros del último periodo.

Gracias al maquillaje que he hecho querrá decir, pero le sonrío, creo que sonrío por primera vez, no por sus informes ni por su puto hospital, sonrío porque sé que en casa me esperan y estaré acá unas horas al día para poder pasar mi vida junto a ella.

Juan Carlos Delgado A. Nacido en Bogotá. Soy un Realizador Audiovisual y creador de contenido creativo. Cinéfilo, escéptico y melómano. Dedicado al cine documental, la fotografía y el periodismo cultural. Andando este encantador camino de la escritura creativa.

Marieta: la sirena de los labios encantados

Dayana González Fajardo

“Cada quién es dueño de su propio dolor”.

El primer recuerdo de Marieta era el beso que le dio su madre al nacer. No recordaba nada más, no recordaba los gritos de dolor, ni los inútiles esfuerzos de la partera para salvarle la vida, ni siquiera los pasos sin destino de su padre. Sólo recordaba la sensación cálida y tibia de aquel primer beso.

Marieta no tenía memoria fotográfica, ni cerebro de genio, simplemente tenía la habilidad para recordar cada beso dado, cada beso recibido, del primero al último. Al principio no lo hacía conscientemente, era algo innato, instintivo, natural en ella, como si hubiera sido creada para besar. Su madre murió al nacer ella, y su padre fue el encargado de criarla. Él era leñador, al igual que la mayoría de hombres del pueblo y, al igual que todos, era un hombre tosco, forjado por la rudeza del bosque y la dureza del sol. Su familia se componía únicamente de ellos dos, su padre se la pasaba el día entero en el bosque, y sólo se veían en la noche para cenar y dormir. Pasaba los días arreglando la humilde cabaña y cocinando lo que encontrara, y se convirtió en una experta clasificando sabores.

A los doce años ya era consciente de su habilidad para recordar besos y sentía mucha intriga por probar de nuevo un dulce beso en la boca, volver a sentir ese particular sabor que le dejó su madre antes de morir. El segundo beso en sus labios fue a sus catorce años y se lo dio Aurelio, el hijo de un leñador que vivía cerca de su cabaña, aunque más que un beso fue un pico

tímido, rápido y frío, pero despertó en ella sensaciones que nunca antes había experimentado. No fue nada parecido al beso de su madre, pero ella sintió, que en esa unión momentánea había extraído una parte del ser de Aurelio y había recorrido cada milímetro de su alma.

Empezó entonces una búsqueda de sensaciones y sabores, ya no en alimentos sino en besos de personas. A la semana de ese primer beso, ya había besado a todos los niños del pueblo. En total dieciséis besos. Entonces, decidió acercarse a jóvenes a buscar esos besos que tanto le faltaban. No sabía cómo pedirlos sin que la consideraran loca, así que decidió empezar con César, un joven de diecisiete años ayudante de la tienda. César era de las pocas personas que le hablaba de vez en cuando y siempre la recibía con una sonrisa. Un día, mientras él estaba en la parte posterior de la tienda, le explicó que quería conocer el sabor de cuántos labios pudiera y le preguntó si podía besarlo. Ella jamás se imaginó que César fuera a estar tan dispuesto pues no había notado lo bella y sensual que estaba. Marieta era diferente a las demás personas del pueblo, su pelo negro, largo y ondulado caía sobre su espalda dorada; el sol en vez de endurecerla, parecía alimentarla, fortalecerla, y hacerla más hermosa cada día. Su belleza contrastaba con la decadencia y miseria de su entorno. César, entonces, la tomó por la cintura, metió su lengua en su boca y empezó a besarla de manera apasionada. Esa sensación tibia y húmeda fue un detonante para exponenciar las sensaciones de Marieta. Una oleada de calor subió desde los pies hasta sus mejillas, recordó la calidez del fogón cuando cocinaba y percibió un sabor salado como pescado con yerbabuena y berenjena asada.

A partir de ese día se decidió a buscar besos, de cualquier hombre o mujer, buscar besos para probar ese sabor particular de cada ser que era infinitesimalmente más succulento que cualquier comida. El siguiente fue Joaquín, el tendero, de unos cuarenta y tantos, que al escuchar la anécdota de su ayudante también quiso probar los besos de la niña. Joaquín tenía un sabor amargo, a cerveza mezclada con cigarrillo, pero para ella cada nuevo sabor era único. Marieta no volvía a besar a una persona ya besada porque su interés era el de recolectar diferentes sabores y sensaciones.

De ahí en adelante sus labios pasaron por casi todos los hombres del pueblo, los diecisiete leñadores compañeros de su padre, los nueve jóvenes haraganes que se la pasaban todo el día en la plaza, los once ancianos jugadores de cartas, además del panadero, el zapatero, el escritor, el maestro, el barbero y el cartero que iba el último domingo de cada mes. En el pueblo empezaron las habladorías con respecto a ella, y aunque Marieta solo recolectaba besos, la empezaron a tachar de puta. A punto de cumplir dieciocho años, fue a donde el cura, se sentó en el confesionario y él, que había oído las confesiones de los hombres que la habían besado, pensó que venía a confesar sus pecados, pero ella venía a pedirle un beso. El sacerdote se abstuvo de su solicitud, no por su religiosidad ni por sus votos, sino por el miedo de que le quedara gustando. Él ya había escuchado de voz de sus feligreses, el delicioso y único sabor de ella, la calidez indescriptible de sus labios, el dulce manjar de su lengua, la miel de su saliva y, sobretodo, el embotamiento mágico en el instante del beso.

Por recibir otro beso de Marieta, los hombres le habían prometido muchas cosas: la totalidad de la leña cortada, las hachas, los machetes, las cabañas pequeñas, las cabañas grandes, los negocios de cada uno; de cuatro recibió propuestas de matrimonio, de quince propuestas de mozería, y de dos la vida misma. Cómo ya no encontró más hombres que besar (o sabores que recolectar), decidió irse a buscar nuevos sabores. El último beso en el pueblo, se lo dio a su padre en la frente una noche mientras dormía.

Salió de allí con una mochila de fique, un vestido viejo de flores marchitas, unas botas de trabajo, un pedazo de carne frita, dos limones y cuatro naranjas frescas. Mientras caminaba empezó a recordar cada uno de los besos, cuarenta y cinco besos con lengua, dieciséis picos, cuatro besos en la frente, tres besos en la mejilla izquierda, cuatro en la derecha, uno en la mano, y el inolvidable primer beso de su madre. Recordó sabores compuestos, de hierbas y frutas, salados y dulces, secos y húmedos, tristes y alegres.

A cuatro días de andar por caminos pedregosos y secos, Marieta había agotado su reserva alimenticia y por ocho días más sobrevivió a punta de bayas, hojas, gusanos y uno que otro escarabajo. Al noveno día, divisó a lo lejos una carpa sucia y desteñida, y decidió a ir a ver si podía conseguir

comida y algún nuevo beso. Ya cerca notó que era un circo y se acercó a un joven que, inútilmente, barría tierra hacia afuera de la carpa con un trinche afilado. Le preguntó si podía regarle un poco de agua y algo de comer. El joven se sonrojó y huyó corriendo hacia el interior de la carpa. Volvió con Aristóbulo, el dueño del circo, un señor de edad quien, con cara amable, le preguntó quién era ella y si tenía algún talento. Marieta dijo que sabía cocinar, limpiar, barrer, trepar árboles, reparar y afilar hachas. Viendo la cara decepcionada del señor, dispuesto a sacarla de allí, decidió contarle su habilidad para recordar besos, los problemas que había tenido y su necesidad de encontrar nuevas personas a quien besar. En seguida la cara de Aristóbulo cambió, le trajo un vaso de agua fría, dos tajadas de pan dulce, una manzana verde, y un poco de guisado de carne con papas del día anterior. Marieta devoró el plato mientras el dueño la veía con complacencia, maquinando con la niña el nuevo acto para el circo. Una vez hubo terminado de comer, la llevó al interior de la carpa y le presentó a sus nuevos compañeros de oficio: Luciana y Luciano los hermanos trapecistas, Ámbar la vieja adivina y mujer de Aristóbulo, Marcel el domador, Ígneo el traga fuegos, Tintín y Tantán los payasos, Atlante el monstruo, Ramona la mujer barbuda, y por último, Juan el joven de oficios varios que había encontrado barriendo en la entrada. La recibieron con poco entusiasmo y siguieron con sus labores.

Marieta estaba entusiasmada, nunca había visto tanta gente tan diversa, y siguió su recorrido al establo de los animales. Allí encontró a un león viejo, dos cebras pequeñas, un armadillo, cuatro mulas de carga, dos simios medianos y tres micos tití. Aristóbulo, la llevó entonces a su improvisada morada, una hamaca dentro del establo y una caja de cartón para guardar sus pertenencias. Allí durmió plácidamente imaginando sabores nuevos en besos no dados. Al día siguiente, Aristóbulo la envió a donde Ámbar para que le confeccionara un vestido para su nuevo acto. Ámbar le tomó las medidas y se dispuso a elaborarle un pomposo vestido brillante con telas baratas. Entonces, se fue a la cocina y le ofreció su ayuda a Luciana, que era la encargada de cocinar ese día. Luciana la miró despectivamente, y le dijo que si tanto quería ayudar le dejaba la labor completa para dedicarse a ensayar. Luciana la detestaba, aunque más odiaba que Luciano la mirara de

rejo. Marieta tomó dos grandes pescados, los sazonó con sal y limón, y los cortó en rodajas que puso a freír en un caldero sobre el fogón instalado en el piso. Procedió a hacer una ensalada con dos cebollas cabezonas blancas, tomate chonto, jugo de limón, un chorrito de vinagre y sal gruesa. En otra olla puso a cocinar arroz, al cual le añadió un poco de albahaca y pimentón. Cuando estuvo todo listo, procedió a servir en platos de plástico y a cada plato le agregó cilantro picado para darle más sabor. Juan, por una rendija de la carpa, observó absorto todo el procedimiento, deleitándose en el olor que expedían las ollas y los colores que iban adquiriendo la comida y cada plato servido. A un llamado de Marieta, todos vinieron a comer, y chuparon hasta la última espina de pescado. Quedaron satisfechos y encantados por la nueva cocinera. Sin embargo, este no era su nuevo oficio. Nadie, ni ella misma, sabía todavía a qué se iba a dedicar. Estaban a dos días de San Benito, y Aristóbulo presentaría allí el nuevo acto del circo.

Al día siguiente se propuso hablar con cada uno de sus compañeros para conocerlos mejor y conseguir algún nuevo beso. Empezó con los payasos Tintín y Tantán, que se encontraban lavando sus trajes en un río. Tintín había crecido en un pueblo lejano, era pobre y no tenía trabajo, sin embargo siempre se caracterizó por su buen humor y así lo conoció un día Aristóbulo, quien le propuso unirse a su circo a cambio de techo y comida. Como el trato era inmejorable Tintín aceptó sin pensarlo. Dos años después, en otro pueblo más lejano, conoció a Tantán, una joven campesina, octava en una familia de quince hermanos, que apenas si comían algo. Tantán se escapó con Tintín y él le enseñó su arte para hacerla parte del espectáculo. De sus nombres ya no se acordaban, ni de dónde venían. Juan era hijo de los dos, y aunque era un joven muy bello y rozagante, era muy tímido y casi nunca hablaba. Luego se dirigió a donde Ígneo, quien se encontraba ensayando su acto, él solo le dijo que había aprendido su oficio en la cárcel y que hacía cinco años acompañaba al circo. Nadie supo nunca por qué estuvo en la cárcel. Luciano y Luciana eran hijos mellizos de Aristóbulo y Ámbar, tenían veinticinco años, eran las estrellas del circo, habían nacido en él, y desde pequeños fueron entrenados para ser el show principal. Ellos vivían en una habitación de una especie de tráiler con camas y un camerino propio. Luciana era antipática, tal vez se sentía amenazada por la belleza y

el encanto natural de Marieta. Luciano en cambio, era amable, simpático y muy cordial, le invitó a recorrer su camerino y le enseñó los trajes brillantes que usaba.

Marcel, Ramona y Atlante se encontraban jugando naipes bajo un árbol, y hasta allá fue a preguntarles su historia. Ramona empezó con problemas hormonales desde su primera menstruación, en casa le dieron menjurjes de toda clase, hierbas machacadas, diente de león con ajo, cebolla bañada por luz de luna, sangre de gallina degollada, leche de vaca recién parida, pero ninguno de estos remedios arregló su situación. En su casa la miraban con desdén y nadie quería que se le acercara, así que un día decidió irse a buscar suerte. Aristóbulo la encontró pidiendo limosna y le ofreció un acto en su circo. Marcel jamás había domado una fiera, aunque era emprendedor y desde chico se había ido de su casa rebuscando trabajos aquí y allá. Llegó al circo haciendo oficios varios, e hizo una conexión especial con todos los animales, en especial con el león. Siempre le llevaba comida, le arreglaba el pelo, y el león al sonido de su voz se volvía dócil y tranquilo como un cachorro. Un día Marcel, vio al león intranquilo con su pata enredada en una malla, así que, sin pensarlo, abrió la puerta, entró sin miedo y lo desenredó. Al verlo, Aristóbulo pensó que el león se iba a comer al joven, pero este sólo se levantó y le dio una especie de abrazo a Marcel. Inmediatamente, despidió a su domador y Marcel tomó su puesto. Atlante fue vendido por sus propios padres, había nacido con una deformidad en el rostro y en la espalda, una especie de tumor que abultaba estas partes, y su talla era muy grande, así que desde pequeño fue criado en el circo y su acto de monstruo era uno de los más vistos.

En la noche, Marieta fue a probarse su nuevo vestido a donde Ámbar, y le preguntó cómo podía adivinar el futuro. Ella le dijo que a la gente sólo le gustaba escuchar lo que querían oír, y ella sabía en su rostro lo que cada cual quería: unos querían poder, otros fama, otros casarse, otros belleza, otros amor, pero la gran mayoría siempre quería dinero, porque con dinero se compran el poder, la fama, la esposa, la belleza y hasta el amor. Aunque con solo ver a Marieta, Ámbar sabía que su vida iba a ser corta y tal vez nunca encontraría lo que buscaba, no se lo dijo. Le probó el vestido, que realzaba toda su belleza y la hacía ver mucho mayor. Ese día con el único

que no pudo hablar fue con Juan, debido a que había sido enviado a conseguir un pedazo de madera, pintura y una barra de labios para el nuevo acto.

El jueves que llegaron a San Benito, el pueblo estaba expectante. El circo llegó muy temprano y se pusieron a armar los toldos y la gran carpa de los actos principales. Dentro de la carpa principal actuaban los trapecistas, el traga fuegos, los payasos y el domador, y en la parte exterior se ubicaban los toldos para los actos individuales que se presentaban una vez se acababa el espectáculo principal. Marieta aún no sabía cuál iba a ser su acto, así que se encaminó para hablar con Aristóbulo y preguntarle por sus funciones. Él le dijo que su labor sería de repartidora de besos. Tendría que sentarse en su toldo, untarse lápiz labial, y cobrar quinientos pesos por cada beso. Con eso se pagaría su sustento en el circo, y si ganaba más de veinte mil pesos, le daría un porcentaje en efectivo para sus propios gastos. A Marieta no le desagradó nada la idea, porque además de probar diferentes besos, le iban a dar techo, comida y dinero. Además nadie la recriminaría porque era un acto artístico. Feliz, se dispuso a arreglar su toldo y a decorar su escenario; hasta hizo un cartel que rezaba: “Marieta: la sirena de los labios encantados”.

En la noche, todo estaba dispuesto para la apertura del circo el día siguiente y agotados, se dispusieron a descansar. Todos, excepto Marieta, que en su toldo quiso probarse el vestido y preparar su acto. Juan, que no había podido dormir desde el arribo de ella, se tomó dos copas de aguardiente del estante de su papá y se dirigió hacia el toldo de Marieta. Cuando la vio, le pareció que estaba espléndida, parecía una visión de una diosa en su vestido multicolor, el destello de la tela se reflejaba en sus hombros dorados y su hermoso pelo negro caía sobre su espalda descubierta. Sin preguntárselo, y esperando una bofetada, Juan la tomó por la cintura y la besó. Ella no opuso ninguna resistencia y se fundieron en un largo e íntimo beso que duró hasta el amanecer. Los labios de fruta fresca de Juan, llenaron a Marieta con una sensación cálida y dulce, y a Juan el sabor indescriptible de Marieta hizo que confirmara su amor hacia ella. Cuando oyeron ruidos cercanos, cada uno se fue por su lado. Se abrieron las puertas del circo y la gente empezó a llegar. Aristóbulo perifoneaba los más

increíbles actos a través de un altavoz, y el público empezó a recorrer los diferentes toldos.

El acto principal se presentaba a las once de la mañana y a las cuatro de la tarde, y tenía un valor de tres mil pesos, los actos de los toldos estaban dispuestos todo el día, excepto a la hora del acto principal, y cada uno tenía un valor de quinientos pesos. Las mujeres jóvenes acudían a donde la adivina para averiguar su futuro y si se casarían pronto, los niños curiosos optaban por ver a la mujer barbuda y al monstruo, pero Marieta no tenía ningún cliente aún. Aristóbulo empezó entonces a promocionar el nuevo acto, la bella sirena de mar Marieta, atrapada en su forma humana por el amor a un hombre, ahora necesita besos para poder volver al mar. Al principio se acercaron dos jóvenes, pagaron mil pesos y ella los besó a cada uno. Los besos fueron largos y los jóvenes, que quedaron hipnotizados, salieron corriendo a buscar más dinero para volverla a besar. Aristóbulo le recomendó dar besos de veinte segundos máximo, para potenciar su tiempo con los clientes. Aunque Marieta, pensaba que cada beso duraba lo que tenía que durar, hizo caso para conservar su trabajo. Con los comentarios de los jóvenes en el pueblo, en menos de dos horas ya se había hecho famosa, y en la tarde la fila ascendía a más de treinta personas.

Al final del día, Marieta había dado ciento treinta y siete besos con un saldo de sesenta y ocho mil quinientos pesos, un valor muy por encima de lo que había pronosticado el dueño del circo. En la noche fue a descansar a su hamaca, y Juan, que no podía contener su amor, fue sigilosamente y la besó de nuevo. Esto fue extraño para ella, en su toldo había tenido que besar de nuevo a varios clientes que repitieron turno, aunque no sentía novedad en el sabor de alguien ya besado. Sin embargo, con Juan fue diferente, con este nuevo beso sintió un nuevo sabor, como el anterior pero renovado, más intenso, mucho más dulce. De nuevo su beso duró hasta el amanecer y Juan desapareció, otra vez, sin decir ni una palabra. Al día siguiente, antes de que se abrieran las puertas, ya había fila en el toldo de Marieta. El día fue exitoso, apenas tuvo tiempo de almorzar un bocado, ir dos veces al baño y preparar tres jarras de limonada fría para refrescar sus labios. No se sentía desgastada, por el contrario disfrutaba cada nuevo beso y lo catalogaba en su archivo mental. Se sentía completa y feliz de realizar

un trabajo que tanto le gustaba. En la fila vio clientes del día anterior y la gran mayoría, apenas recibía su beso, hacía la fila de nuevo.

En el pueblo ahora sólo se hablaba de la sirena, y de nuevo las habladurías empezaron a aparecer. El saldo de este día fue de doscientos ochenta y cuatro besos, ciento treinta y nueve mil quinientos pesos, y dos anillos, una pulsera, una cadena, y una medallita que dejaron algunos hombres en prenda cuando se les acabó el efectivo. Aristóbulo, feliz por las ganancias, compró dos pollos asados para la comida y celebró invitando a todos a una botella de aguardiente. Hicieron una fogata en la noche y festejaron hasta la una de la mañana. Aristóbulo le instaló una carpa individual a Marieta para que descansara y puso en ella una mesita de madera y un chinchorro nuevo. Todos estaban contentos, excepto Luciana, que cada vez la miraba con más desprecio, porque además, a regañadientes, había tenido que ceder su mesita de madera para dársela a ella. Esa noche, mientras todos dormían, Marieta fue en busca de Juan. Quería saber si era posible encontrar un nuevo sabor en él. Lo encontró apesadumbrado junto a los animales y lo tomó suavemente de la mano. Al preguntarle qué le pasaba, simplemente la besó de nuevo, con su gran amor, y Marieta, extasiada, esta vez sintió caramelo en su boca, y un dulce licor amaderado que la empezó a ensimismar. Sin embargo, lentamente, Juan la apartó de su lado y huyó. Ella sentía una extraña sensación con Juan, pero se distrajo imaginándose los besos nuevos que sentiría al siguiente día.

El domingo el circo estaba a reventar, la fila se había duplicado e inclusive se hallaban algunas mujeres que cubrían su rostro. Aristóbulo subió la tarifa de Marieta a mil pesos, y aunque el pueblo reclamó, no les quedó más que pagar el precio. Ese domingo nadie hizo fila para ver los actos del circo, ni a la adivina, ni a la mujer barbuda, ni siquiera al monstruo Atlante; ese día todo el pueblo fue únicamente a recibir el beso de la sirena. Durante todo el día y toda la tarde, trabajó sin descanso. El cura de la iglesia y algunas mujeres fueron a intentar cerrar el acto, pero fueron expulsados y abucheados por el resto del pueblo. A las seis de la tarde dio por terminado su trabajo y el saldo fue de trescientos ochenta y nueve besos, cuatro cadenas de oro, tres cuadros del sagrado corazón, un bulto de yuca, seis relojes de pulsera, un reloj de bolsillo, unos zapatos nuevos, un

abrigo de visón y un martillo de bola, además de trescientos setenta y un mil pesos en efectivo. Aristóbulo estaba muy contento con las ganancias de Marieta, pero evidenció que en el pueblo se estaba armando una revolución por los besos de la chica y decidió que levantarían su carpa y se irían de allí en la noche.

Entrada la noche, se marcharon de San Benito y tomaron rumbo hacia Pueblo Viejo. En la madrugada acamparon, en un claro junto al río y se dispusieron a descansar. Juan tomó la mano de Marieta y la llevó hasta la orilla del río, y con mucha dificultad le dijo que la amaba y que no quería que nadie más la besara. Ella no sabía qué decir, también había algo que sentía por Juan, pero no concebía la vida sin dar nuevos besos, era su naturaleza. Para no lastimar a Juan le dijo que intentaría cambiar de acto, y hablaría con Aristóbulo. Se besaron el resto de la madrugada y se quedaron dormidos. Al otro día, Marieta estaba inquieta. No quería dejar de dar besos, pero tampoco quería herir a Juan. Se puso a idear planes para cambiar su acto, pero se veía distraída, extraña. Atlante se percató de su actitud y le preguntó qué le sucedía. Ella le dijo que sentía un vacío en su pecho, que no sabía qué hacer, y mientras le contaba esto sintió un deseo impulsivo por besarlo. Fue un beso muy tierno, suave, sintió una mezcla de miel con cerezas silvestres. Era el primer beso para Atlante, quien se sintió encantado, enamorado y eclipsado. Marieta se dio cuenta de que jamás dejaría de buscar nuevos besos. Juan la vio de lejos y concluyó lo mismo.

Juan no se podía sacar de la cabeza a Marieta, no dormía, no comía, solo pensaba en el instante de volver a besarla, de volver a abrazarla, de sentirla cerca suyo. Tenía unas ansias incontrolables de poseerla, de hacerla su mujer, de llevársela lejos y esconderla de cualquier humano, de que sólo con sus labios saciara su deseo de besar.

Como pasaban los días, Juan empezó a sentirse enfermo y debilitado. Para los demás ya era evidente y ni sus padres con su humor pudieron mejorarlo. Además, sentía que todo el circo se burlaba a sus espaldas por el sentimiento que tenía por Marieta. Se tornó agresivo, malhumorado, no soportaba que nadie le hablara y hasta empezó a maltratar a los animales. Marieta también se sentía enferma, pero era por la falta de besos, aún no

llegaban a ningún pueblo, y solo con los besos nocturnos de Juan no se satisfacía. Su naturaleza se apoderaba de ella y la estaba lastimando.

Una tarde, para distraerse, fue a ver practicar trapecio a los gemelos, sin embargo Luciana no se encontraba en la carpa, solo Luciano quien sonrió suspicazmente al verla entrar. Desde hacía tiempo deseaba los labios de Marieta, pero no se atrevía a hacerlo por temor a sus padres y para no incomodar a su hermana. Sin embargo, al verla tan hermosa y radiante, no pudo contenerse y fue directo a su encuentro. No intercambiaron palabras, sólo miradas, Luciano la tomó por la cintura, pasó sus dedos por su espalda descubierta, ascendió con ellos hasta la nuca y la acercó lentamente hacia él, disfrutando cada milímetro de ella. Empezaron a besarse apasionadamente y Luciana, que entraba en ese momento en la carpa, se enfureció al verlos y salió corriendo lloriqueando. En el camino se encontró a Juan quien estaba en el establo recogiendo heno con su trinche y le contó lo sucedido. La furia y los celos se apoderaron de Juan, que se dirigió a la carpa como un toro hacia un trapo rojo. Cuando los vio, el nivel de ira superó sus límites y arremetió violentamente hacia ellos. Soltó el trinche y separó de un manotazo a Marieta arrojándola al piso. Luciano y Juan empezaron a forcejear, y aunque Luciano trataba de calmarlo, la cólera no lo dejaba escuchar. Empezaron entonces una vehemente lucha cuerpo a cuerpo, puños y patadas empezaron a llenar el ambiente, mientras Marieta los miraba aterrada, acurrucada en el piso. Juan atinó un puño en la mandíbula de Luciano haciéndole sangrar copiosamente por la boca. Luciano devolvió el golpe con una patada propinada sobre la rodilla izquierda, haciendo trastabillar a Juan, que cayó de espaldas sobre el trinche de hierro postrado en el piso. Los tres dientes oxidados atravesaron su pecho, acabando de romper su corazón. Luciano lo observó horrorizado y salió corriendo a llamar a su padre mientras Marieta, con lágrimas en sus ojos, lo besó por última vez.

Totalmente acongojada descubrió que después de tantos besos dados, después de tantos labios rozados, el sabor que siempre buscó era el que probaba ahora, el sabor del dolor revuelto con lágrimas saladas, el sabor de la muerte mezclado con amor, el sabor de aquel primer beso que su madre le dio. Sin ánimo ni fuerzas dejó a Juan en el suelo, se levantó y salió

caminando lentamente, sin dirección ni destino. Y siguió caminando sobre arbustos y rocas, sobre piedras y arena, y siguió y siguió hasta que su piel se agotó, hasta que su cuerpo se quebró, hasta que su alma se perdió. Marieta jamás volvió a besar.

Dayana González Fajardo. Diseñadora industrial con énfasis en gestión de la Universidad Nacional de Colombia. Docente universitaria de diseño y mercadeo. Asesora y coordinadora logística de proyectos y eventos masivos para entidades públicas y privadas. Participó del Taller de Escritura, Localidad de Los Mártires, 2014. Egresada del Taller de Cuento “Ciudad de Bogotá”, 2015. Participante del Taller Virtual de Escritores, 2015. Segunda finalista con el cuento *El ladrón de Julios* en el concurso interno “En nombre de los condenados” del Taller de Cuento, julio de 2015. Segundo puesto en el Concurso Nacional de Cuento de la Cámara de Comercio de Montería y grupo El Túnel, Agosto de 2015.

SOS

Giovanni Bautista Henao

¡No jodás! No me vengás a decir qué soy, ¿vos creés que podés en estas letras decir qué soy?, pintame pues el límite, la rayita para que no se salga el coloreado, un mapa de colegio pintado con Prismacolor, ¿eso no? Sos los colores y el sacapuntas y la hoja.

¿Pensás que podés decir que he sido librito de historia mentirosa, o acaso creés que soy las cosas que hice? ¿Y cuáles cosas hice, según vos, que pretendés ser yo mismo? ¿Creés que soy eso que se acurrucaba en el closet cagado del susto cuando él llegaba borracho? ¿eso creés que soy? El atao que lo oía romper las puertas y la cara de ella ¿O que aún estoy adentro de vos? Sos el álbum de fotos, las fotos, los desenfokes y las sonrisas fingidas.

Viejo, ¿o qué sos?, el jugador malo que no era bueno para los deportes, el de la bicicleta chiviada, el de la vergüenza en la calle de ese barrio allá en Calarcá, ese pueblo de maricas y malosos, el que escogían de último para los picaos, el último, ¿sos el pueblo del zapatero, el pueblo de tu mamá? ¿sos quién? El de la rabia, el que no bailaba, el que no le hablaba.

O ¿sos ese?, el de la FZ50 roja que se quedó con la novia del de la moto pinina, la más rápida, eso decían. El que se estrelló una noche con un jeep, el que se jodió la mano y cambió la moto por un betamax.

O ¿creés que soy las cosas que pienso?, vos creés que todavía sos ese que después la conoció, que salió con ella, que bailó con ella, que la besó a ella, que la acompañó a ella vestida de colores fosforescentes a las fiestas allá abajo al frente del cementerio, allá abajo en la Albania donde la viste una o dos veces no más en vestido de baño, ¿sos ese? El de los zapatos rojos, las medias blancas, los pantalones altos, las camisas bien planchadas, el del cimbronazo del agua, del perico en la nariz .

O ¿sos ese? el que en el taxi una noche le acariciabas la espalda y terminaste acariciándole las tetas y ella lloró por que no la respetabas, sos ese que bailaba breaking girando en la mano ¿Sos acaso ese? El de las visitas de los sábados, el de las minitecas los domingos. Las llamadas a escondidas.

O ¿sos ese?, el que se vistió de negro, todo de negro, y acompañó el cuerpo frío de ella al cementerio, la enterraron aunque no en la tierra sino en una fosa de esas que son cuadradas por delante y largas de cemento, allá donde la metieron en un cajón y vos pusiste un corazón de flores blancas , ¿sos ese? El de irse al cementerio, el de meterse al closet a tirar con la hermana.

O ¿sos ese? El mismo que le toma fotos a las flores y las pone en Instagram y allá lejos en los pantanos donde viven los cocodrilos, otra mujer, otra pérdida pone corazón rojo, corazón morado, ¿Acaso eso sos? El que bailó con ella, se despertó con ella y ya dijo que no más, que así no se puede y salió y cerró la puerta y quisiste incendiar la casa, solo quisite.

O ¿creés que soy las cosas que siento? dejás de ser eso que dicen que sos y vos ¿sabés qué dicen de vos? no sabés es nada porque no oís es nada, sos ese que empezó a oír metal y a saber que si oía metal no tenías que decir nada porque los que oyen metal no dicen nada, se quedan ahí callados y de vez en cuando mueven la cabeza metidos en las camisetas negras, en eterno duelo, en luto desde el día de la procesión con pura gente del colegio llevando ese cajón, ¿sos ese acaso? El que oye radio, jazz y lee desde que supo que así no estaría solo, que los libros no cierran nunca.

O ¿es que eso fue cuando era hace mucho tiempo? sos ese que caminaba las calles en la madrugada, por la mitad como te dijeron, hombre guevón cuando ande solo de noche ande por la mitad por si le sale algo tenga

pa'donde coger, ¿sos ese? El de patrullar la ciudad a las cuatro de la mañana oyendo música porque es así como mejor se oye, en el carro mirando titilar las luces de las antenas y le decís a ella “mira cómo respiran”.

¿O qué sos?, al que le dio por estudiar eso porque tocaba irse de ese pueblo cagao para ver si el papá lo miraba, pero se demoró veinte años para darse cuenta, sos ese que se enamoró un poco de veces de mentiras y un par de veces de verdad, el de la novia de artes que la usaste tanto, te le llevabas el carro para salir con la que de verdad querías, sos ese que decían es que tiene algún talento pero nada que le sale, el ogro amansado con ilusiones, vos la tuviste ahí cerquita una noche, dos noches, tres, muchas noches y la destruiste y decías es que ese tal Nerón, qué berraco tan malo echarle candela a Roma, si eso fuera verdad y vos que le echaste candela a tus recuerdos, fotos, cartas, a tus ciudades, a las de ella, que te demorabas en hacer para después prenderles candela ¿sos eso acaso? Al que le brillan los ojos. La candela , las cenizas, Godzilla Tokio el mar Malograo.

¿O qué sos? El de la bicicleta blanca andando por la séptima a las cuatro de la mañana borracho que viene de Music Factory, feliz de venir de ver a la del parche en el ojo ¿sos ese? El del vómito en la almohada, el del espanto, el de la malditidad.

O sos ¿quién?, el que viajó y volvió, el que empezó y pintaba edificios, el que pintó apartamentos en Londres, que lavaba platos en el tuk tuk vietnamita, el que monta la bicicleta blanca prestada por Londres y toma cerveza barata de homeless, el que mandaba una carta todas las semanas y solo recibió una que decía: “estoy embarazada, vivo con otro”, te le tiraste a un bus rojo de dos pisos y no pasó nada porque por acá andás, ¿sos ese? El de ¡vamos Boca ¡Carajo! Con los puños apretados tragándote las lágrimas en el Palogrande.

¿O qué sos?, el que volvió para no volverse a perder en esas noches de exageraciones y abusos. ¿Cuál sos?, el que creía que todo lo de antes había sido malo y perverso, el que fue también arquitecto, el empresario, el que se rindió porque ya habiendo amado eso no vuelve, el que volvió, el que peleó por volver, el de volverse a ir al pueblo cagao que le recordaba en cada esquina ¡que sí!, que esa que vio tantos años antes aún estaba por ahí, ¿cuál sos vos? El de la bicicleta que se pliega.

¿O acaso sos el de los bares, el de la puerta, el de las noches? ¿Ese? el de el bar blanco, el del naranja, el del rojo, el del negro, el del amarillo, el del verde, ¿cuál? Uno por año. El que se queda callado mientras coge confianza.

¡Ah! ese, el hijueputa de la puerta, el que se quebró una vez, dos veces, tres veces, el del campero, el que se caga a alguien con la palabra ácida que corroe ¿cuál? El que lo perdió casi todo, una vez, dos veces, tres veces.

O ¿acaso sos el de volver a empezar? el de los sábados en las mañanas, el de los fuegos en las montañas, el de las tardes viendo el fútbol, el que lee con desespero, el que lee con pereza, el que lee con las ganas, el de las madrugadas sin dormir, el que es esposo y el que ya no lo es, el que amaba a Metallica hasta que ya no más, que qué pereza, el que oye a INTERPOL porque qué poder de banda, el que viajaba y se volvía otro, uno más manso, uno más sonriente, una mejor versión. Más plegable.

¿O acaso sos? el que se quiere sentar por que está mamado de que le duela la espalda, el de los pies destrozados metidos en una ponchera acordándose del zapatero, ¡viejo bello!, ¿cuál sos vos? Abrazame que necesito un abrazo y que me digás que todo está bien. ¡que sí, que todo va a estar bien!

O sos todos y ningún hombre, porque a mí eso de que me vayan poniendo límites como si fuera un país, una finca o un apartamento, algo ridículo de nosotros los micos, que apenas nos bajamos de un árbol empezamos a ponerle límites a todo, a andar por aquí clasificando todo, haciendo inventarios y poniendo plaquitas, que a quién quiere más, que qué le gusta más, que qué no le gusta, que por quién votó, que qué equipo le gusta, que si esto o que si aquello, y mirá, vos llevás así un poco de tiempo y hoy justo te ponés una camisa bien planchada y te queda grande, hombre, que sos talla M, de mediano, pantalones 31 de mediano, dependiendo del estado de ánimo, zapatos 40 de mediano, el mismo que se imagina que el cielo, si es un cine, es una cosa maravillosa, porque es que películas hay es muchas, que qué importa eso del dolor si uno se siente parte de todo otra vez y que pa eso es que sirve el amor y la disculpa de alguna ella, que hasta ahora han sido algunas, que qué bonito que es ver crecer un cachorro, que la música ayuda, hombre, que sí ayuda, ese mismo, tal vez eso podrías ser

pero yo no sé y ni me importa, porque esto que sale en la pantalla cuando espicho la techa también puede ser otra mentira, porque esto de que uno entiende al otro es más ganas que verdad, que a veces pasa ese milagro y ¡chaz! te conectás con todo y ahí sí que te sentís vivo y ahí sí que no importa porque no existe ningún límite, ninguna definición ninguna raya y ningún color, y no necesitan ni una tilde, ni una camiseta, ni una raza, ni nada de esas pendejadas que nos inventamos nosotros micos omnipotentes ¿ah manada de guevones?

O ¿qué sos pues?, el capricho de la bola que un día le dio por explotar y el Big Bang, eso parece, y después de un poco de tiempo, si es que eso existe de verdad, estoy aquí, con mi sobrina al lado y ahora sí que nada es más importante que ver Kung Fu Panda 2, y sentirla a ella al lado, oírla respirar, sentir su cuerpo y su calor, y vos que atravesaste todas esas calles y te leés esas letras de gente dizque importante, sos feliz con ese jugo de naranja, con ese calor de un cuerpo de alguna ella que alguna vez amaste y dejaste de pensar en estas pendejas de saber quién sos o quién no sos, respirá que un día ya no lo vas a hacer y ahí sí que te jodiste hombre, vos ni territorio, ni recuerdo, ni tarjetica de presentación, respirá que te saliste de la hoja, rayas la mesa. Respirá miles de colores Prismacolor, respirá que ese es el milagro más grande de todos, hombre respirá.

Giovanni Bautista Henao. No nació en Calarcá, Quindío, como dice la cédula. Nació en un hospital en Chapinero, un miércoles antes del mediodía. Malo para el fútbol y para los otros deportes también. Fue a la universidad y un viernes se vistió con un vestido azul oscuro cruzado de paño y recibió un papel que dice que es arquitecto. Él cree que eso es otra mentira. Fue los sábados al taller de Idartes de Usaquén porque los partidos del Arsenal dejaron de pasarlos por televisión. Va cuatro veces a la semana a la Universidad Nacional y toma jugo de naranja. Comete diseño cuando lo dejan. Bailó con el grupo de danzas de la escuela para señoritas Uribe Uribe y quedó de virreina. Lavaplatos, limpiador de baños, portero de bar, vendedor de plátano verde, nieto de zapatero, empresario experto en cómo no se tienen que hacer las cosas, sus mejores proyectos son una baranda y un lavamanos que no existen. No ha leído a los gigantes aún.

Un cuento color ratón

Juana Carolina Villa

Había una vez un cuento que quería ser contado. Era impaciente, terco y persistente; cuando se le metía alguna idea entre líneas, nada ni nadie lo hacía renunciar a ella. Aunque ambiguo en su forma de ser, era más valiente que cobarde, más altanero que sumiso, más inocente que ladino. Vivía en el dedo meñique del pie izquierdo de una desdichada mujer, enloquecida por los gritos de los cuentos que no podían salir de su interior. Estos la atormentaban día y noche, pidiendo que los sacara de allí. Por cosas del destino, con sus giros inesperados y quien juega a veces malas pasadas, los cuentos habían ido a parar a todo lo largo y ancho de su pierna izquierda, en vez de ser contados, como normalmente sucede. Por no poder nacer y vivir de boca en boca como es la naturaleza de los cuentos, afligían a esta mujer hasta el punto de desquiciarla. Pero en este momento no nos detendremos a explicar por qué llegaron a habitar a esta pobre pierna atormentada, quien a su vez tenía bastante maltrecha a su poseedora.

Allí vivían cuentos de todos los tamaños, sabores, colores, texturas, temperamentos y matices; había mucha variedad y pluralidad en aquella pierna, que obviamente vivía incómoda con tanto cuento reprimido. Por eso frecuentemente se sacudía tratando de liberarse. En sus esfuerzos infructuosos por zafarse de esta maraña de historias no narradas, la pierna

izquierda hacía caer a la mujer a cada rato. La gente, sin poder entender aquel drama interno, se burlaba llamando a la mujer “La coja loca” o “La loca coja”.

El hecho es que gran cantidad de cuentos vivían hacinados allí, como suelen estar los inquilinos de barrios pobres y marginados; aunque a diferencia de ellos, no vivían en la pobreza, porque todos los cuentos eran ricos en ideas e imaginación, entre ellos no existían ni clases sociales, ni dinero, ni todas estas cosas que vuelven bastante desdichados a los seres humanos. Vivían bastante apretujados, todos en pugna por salir, y así, aunque la mayoría no fueran malintencionados, ni despiadados, terminaban entre ellos en conflicto, llegando a tener a veces serios problemas. Como es sabido la convivencia no es fácil, mucho menos cuando se vive hacinado.

El nuestro pertenecía a esa raza de cuentos sensibles y compasivos, aunque hablaran de gente mala, o de las pasiones subterráneas y las turbulencias de la naturaleza humana. Era cortico, pero sustancioso, más profundo que extenso. De textura algo carrasposa, como una lija que raspa finito; con sabor picante y a la vez agridulce, con olor a café recién tostao, de color gris ratón tirando a una tonalidad casi oscura, porque era un tanto triste y melancólico, aun así tenía un brillo de luz esperanza en la punta de su cola, con algunos matices de cielo azul en su lomo.

Lo cierto es que el pequeño y audaz cuento Color Ratón tomó la decisión de ser contado, ¡aunque tuviera que morir en el intento! Tenía suficiente coraje, pasión y arrojo para emprender la travesía. Así, a pesar de su tamaño, de algunas fragilidades, inseguridades y temores, salió del dedo meñique, y logró con mucho esfuerzo abrirse paso entre otros cuentos. De esta forma empezó a remontar la afligida pierna en busca de la salida habitual de los cuentos; ese aparato corporal frecuentemente mal utilizado, conocido comúnmente como la boca.

En el trayecto tuvo que enfrentar a los más pendencieros y buscapleitos. Uno de estos cuentos quien se creía “la gran maravilla”, egocéntrico, hasta lo retó en duelo a muerte, pero nuestro intrépido cuento siguió de largo y se hizo el de oídos sordos, no por cobardía, sino por prudencia, pues a veces es más sabio seguir y no quedarse a desafiar a los necios.

Color Ratón no fue el único que emprendió esta travesía, muchos tuvieron la misma idea. Por el camino abierto a su paso, dificultoso y empinado, lleno de obstáculos y abismos, se conoció con varios cuentos y de todos fue aprendiendo palabras, frases, ideas y conocimientos; esto le sirvió para enriquecer y mejorar su propia historia. En las noches se reunía con otros cuentos a narrarse entre ellos y a pasar el rato en sus horas de vigilia y descanso, así aprendían el uno del otro. Algunos eran taciturnos y silenciosos, mientras que a otros no los callaba nadie siendo de los que más gritaban y aturdían a la mujer que habitaban. Los jocosos y divertidos la hacían desternillarse de risa, los dramáticos y teatrales le hacían llorar a moco tendido llevándole de una emoción a otra aún más intensa.

De paso por los intestinos sintió un fuerte olor a mierda y tuvo ganas de vomitar, pues era quisquilloso con los olores, entonces siguió lo más rápido que sus pies permitían y llegó al hígado, en donde se habían quedado a vivir algunos y se sustentaban de emociones viscerales. Una tarde, después de grandes esfuerzos, llegó a las costillas y se quedó unos días enredado en un debate bizantino sobre Adán y Eva; si primero fue dios o el diablo, el huevo o la gallina. Estando allí en esta discusión infructuosa, se hizo amigo de un cuento tramposo, enredador y culebrero, pero que en el fondo era de buenos sentimientos.

Culebrero lo salvó en una oportunidad de un enredo serio con otro cuento muy agresivo que le estaba buscando camorra. A partir de este incidente siguieron juntos, abriéndose paso a través de aquel cuerpo tan convulsionado e invadido. La travesía duro varios meses de incontables aventuras y desventuras.

Pasando por el corazón, encontró un cuento femenino, le impactó sobremanera e hizo vibrar todo su ser. Color Ratón se enamoró. Ella tenía aroma a flores de lavanda, a canela, un intenso color rosado flamingo, sabor a miel ligeramente ácida, textura de peluche y manos de seda. Llevaba en sus entrañas, una tierna historia de amor con un final conmovedor. Era muy amoroso aquel cuento; hasta les curó las ampollas de los pies porque el camino era largo y escabroso y ellos andaban a pie desnudo.

Cuando llegó a la garganta escuchó a un cuento con voz parecida a la de Gardel. Cantaba de manera lastimera y dramática. Era un tango sensual,

trágico; contaba una historia que le desprendió unos lagrimones, pues Color Ratón era un sentimental empedernido, lloraba por todo y nada. Cuando llegó a la boca, había un alboroto inimaginable porque se congregaron muchos cuentos impacientes, esperando que la mujer bostezara o emitiera la primera palabra. Todos querían salir al mismo tiempo como pasa en el transporte público de las grandes ciudades. En la lengua de la abrumada mujer se había hecho un tremendo trancón de cuentos. Culebrero, dueño de sus artimañas y tretas, logró colarse entre tal tumulto, arrastrando de la mano a nuestro cuento Color Ratón. Cuando ella abrió la boca, fueron los primeros expulsados. Culebrero salió dando grandes alaridos de júbilo, empezó inmediatamente a ofrecer y vender sus muchas falacias y embustes. Enseguida salió nuestro pequeño cuento Color Ratón, quien no cabía de la dicha de poder contarse. Ese fue el primero de sus tantos nacimientos.

Juana Carolina Villa. Estudió en la Universidad Nacional de Colombia, de donde se graduó como zootecnista, pero ejerció durante poco tiempo su profesión para dedicarse definitivamente a la elaboración de artesanías. Se casó en 1991 y tuvo a su hijo Juan Esteban. En el año 1996 se separa y emprende una vida nómada. Desde la década de los 90 se dedica a la producción y venta de artesanías, a escribir y a viajar como mochilera. Trabaja en la elaboración de una novela. Ganadora del segundo puesto del “Primer concurso de poesía de Letras del sur”, realizado en la localidad de Ciudad Bolívar en Bogotá el 15 de agosto de 2014. Estudia Guión Literario y creación de cuento en la Fundación Gilberto Alzate Avendaño.

Hay que romper la maquinita¹

Epílogo
Entrevista con Federico Falco

De Federico Falco hay que contar, entre otras cosas, que no nació en Buenos Aires. Eso es bueno decirlo, porque en el prólogo de *La hora de los monos* (Emecé 2010) se habla de revisar lo que está sucediendo en la provincia de Córdoba, en Argentina. Según él, hay un ensimismamiento de la literatura porteña, que por pereza y simplificación suele ser percibida como toda la literatura argentina. ¿Existe realmente una literatura cordobesa frente al centralismo porteño?

Es una pregunta complicada de responder. No sé si hay exactamente una literatura cordobesa. Sí creo que hay literatura en el interior del país. Hay una literatura con una fuerza y características propias. En algunos casos, replica características de la literatura de Buenos Aires, pero en otros casos se diferencia y permite que aparezcan otras estéticas y otras corrientes. No sé exactamente si llega a convertirse en un campo literario por sí mismo, si tiene la fuerza estética necesaria como para diferenciarse, pero es potente y aparece de una manera muy fuerte.

Recuerdo a Juan Filloy, cordobés, y en particular ese libro de cuentos contundente que se llama *Gentuza*.

Filloy es de Río Cuarto, de una ciudad muy cercana al pueblo donde nací y donde viví, y es todo un personaje. Filloy es una figura muy aislada; incluso vivía lejos de Córdoba capital, en un aislamiento que él mismo buscaba. Situaciones como esa creo que eso ya no suceden, hay redes mucho más armadas, mucho más sólidas, y cosas que se empiezan a construir de una manera mucho más visible.

¿El hecho de ser de Córdoba se lo puso más difícil al empezar a moverse, al empezar a publicar?

Sí y no. Si bien escribía desde bastante antes, mis primeros libros surgen como un “coletazo” de la crisis del 2001 en Argentina; en Córdoba esa crisis nos permitió a un grupo de autores juntarnos, conocernos, comenzar a intercambiar escritos y lecturas. En ese momento, un tema de debate importante era si había una literatura cordobesa o no; qué había que hacer para construir un campo cultural o literario en Córdoba o cómo modificarlo si ya existía.

La sensación que siempre me dio es que Córdoba hacía mucho más difícil la visibilidad; Córdoba tiene muy buenas editoriales independientes, algunas con larga trayectoria, pero que no termina de resolver el problema de la distribución, de cómo hacer para que esos libros circulen incluso fuera de la ciudad de Córdoba. Pero a cambio de esa dificultad en la visibilidad y en la circulación, Córdoba nos dio (o a mí me dio) una gran libertad. La libertad de escribir desde la sensación de “bueno, no importa. No se puede construir una carrera literaria desde acá, entonces escribamos para divertirnos, escribamos sin que importe...” Esa libertad fue algo que a mí me hizo mucho bien, que valoré mucho.

Pero tenía un grupo de amigos, un grupo de lectores que comentaban sobre lo que escribía.

Sí, y eso fue muy importante. Córdoba es una ciudad que tiene una larga tradición cultural, con una de las universidades más viejas del país; siempre fue una ciudad de poetas, una ciudad ligada a la universidad, con un cierto halo de alta cultura. Pero en los años 80 y 90 apareció un grupo de mujeres

narradoras, casi todas venidas de la literatura infantil y de la promoción de la lectura. Seguramente alguien se va a enojar y me va a decir que no es así, pero desde mi lectura de cómo sucedieron las cosas, creo que todo lo que está sucediendo hoy en Córdoba tuvo que ver con la aparición de María Teresa Andruetto, de Lilia Lardone, de Perla Suez. Ellas empezaron a fundar talleres literarios, e introdujeron en el campo ciertas lecturas que tenían más que ver con el gótico sureño norteamericano o con la literatura de la posguerra italiana, lecturas extrañas para el canon porteño. Nos pusieron en contacto con ciertos autores regionalistas argentinos de los años 50 y 60 como Daniel Moyano y Antonio Di Benedetto y eso germinó en lectores muy críticos, en nuevos lugares de referencia, en nuevos autores de referencia. Yo recuerdo en particular *Puertas adentro*, una novela del año 96 o 97, de Lilia Lardone, donde aparecía el paisaje de la pampa gringa cordobesa: esa novela a mí, en lo personal, me abrió un montón de posibilidades, me permitió ver un montón de cosas.

¿Siente que por ser un escritor de provincia se le exige “pintar la aldea”?

No. Llega un momento en el que es difícil hablar de un autor como alguien que viene de Buenos Aires o de Córdoba. Hay muy buenos autores que de alguna manera representan la literatura de su provincia pero se mudaron a Buenos Aires y construyeron toda su carrera allí. Por eso, no creo que haya una exigencia en ser de provincia. Más bien, como decía antes, me parece que lo que hay en la provincia, si uno la sabe aprovechar, es mayor libertad.

Pero Córdoba es un micromundo culturalmente muy sólido. Tiene editoriales independientes, la vida circula...

Sí, tiene autores y editoriales independientes, diarios, lugares, revistas; una movida musical, una movida teatral independiente muy intensa y con una larga tradición. Es una ciudad universitaria, y eso hace que todo el tiempo llegue gente joven que hace cosas nuevas en las artes plásticas, en la música. En ese sentido es una ciudad realmente interesante.

Cielos de Córdoba (Editorial Nudista) es el título de una novela corta que usted publicó en 2011, y supongo que tendrá algo de esta reflexión.

Los cordobeses tenemos una tonada muy particular, y lo que todo taxista te dice en cuanto reconoce la tonada es “¡Ah! Cuando pueda vendo todo y me abro un kiosko en las sierras, me compro una hostería en las sierras”. Córdoba siempre tuvo esa imagen de paraíso, de lugar para ir a descansar. Yo siempre replico, “Yo vivo en Córdoba y no me parece un paraíso en la tierra”. De hecho, una de las ideas disparadoras de *Cielos de Córdoba*, proviendo de estos habitantes de Buenos Aires que se mudan a las sierras de Córdoba buscando algo más. A mí, en ese momento, me parecía interesante desmontar la idea de paraíso viviente o de paraíso en la tierra con que se asocia al paisaje cordobés y tratar de narrar desde algo más cercano a lo real.

El protagonista, en la novela, es un adolescente en esa edad complicada en el pasaje de la infancia a la juventud; es como un bicho raro en el pueblo porque es el hijo de dos extranjeros, dos porteños que se mudaron al pueblo y abrieron un Museo OVNI.

Córdoba es una provincia muy grande que tiene muchos paisajes. A mí me interesa particularmente el paisaje de las sierras porque convoca a los seguidores de ciertas tradiciones o tendencias, también de ciertas fantasías. No sé cómo llamarlos: están los fanáticos ovnis y los fanáticos new age, los que suponen que debajo del Uritorco hay una ciudad enterrada. Es una mezcla de gente muy interesante, un caldo de cultivo.

En ese ambiente cordobés tan particular, qué lo llevó a usted a interesarse en la lectura, primero, y después en la escritura?

Bueno, yo vengo de un pueblo muy pequeño en el sur de la provincia de Córdoba que es totalmente llano, es la típica imagen de la llanura pampeana, una llanura más bien marrón y de poca lluvia. Cuando era chico no había bibliotecas en el pueblo, había una muy pequeña a la que era muy difícil acceder. No hay hoy librerías en el pueblo.

Tanto mi mamá como mi tía eran profesoras de letras, entonces en casa había libros y para mí era normal ver a los adultos leyendo. Supongo que por esa convivencia con los libros me pareció normal empezar a leer. Y descubrí que en los libros había un escape a un mundo diferente.

Las personas que viven donde hay montañas están acostumbradas a pensar que del otro lado de las montañas hay otra cosa. La gente que vive al

lado de ríos, de puertos marítimos, está acostumbrada a que por el mar o por el río lleguen otras cosas. La gente que vive en la llanura puede caminar cien pasos o caminar cien kilómetros y el horizonte siempre es el mismo, siempre se va alejando de la misma manera y uno queda atrapado en ese paisaje de donde pareciera que no hay escape.

Yo en los libros encontré esa ruptura con la monotonía del paisaje, la posibilidad de irse a otro lado, de pensar en otros mundos, de pensar en otro tipo de relaciones sociales, otro tipo de comunidades, de vínculos. Quizás por eso me interesa muchísimo la literatura como escape. Me interesa la idea de escaparse hacia un libro y hacia el mundo que propone ese libro. Ese mundo interpela el mundo en el que vivimos. A veces uno necesita una cuevita a la que esconderse un tiempo sin que nadie moleste. Vivir tranquilo sin preocuparse por nada y entretenerse leyendo.

¿Cuáles fueron sus primeras lecturas?

Un poco las clásicas de un niño, lo que podía conseguir; estaba la colección Robin Hood, una colección amarilla en la que aparecían Sandokan y los Tigres de Malasia, clásicos como Julio Verne, ese tipo de cosas. Después llegué a ese momento un poco más complicado de la preadolescencia en el que sentía que ya era grande y quería leer cosas de grande, no libros con dibujos. Entonces empecé a leer libros supuestamente para adultos; hubo otra etapa de mi vida en la que leía a Sidney Sheldon, a ese tipo de autores de best-sellers de los cuales ahora reniego un poco. A los 15 o 16 años empecé a encontrar autores que me decían cosas mucho más interesantes; Cortázar en primer lugar, y a partir de él fueron abriéndose otros caminos.

Esto que usted está describiendo era el camino clásico de los lectores: los libros para niños, después los best-sellers, hasta que se topa uno con la literatura. Pero ahora la gente reniega de Sandokán y de Verne...

A mí toda la literatura de género me parece fascinante, primero porque tiene esta cosa de escape, y segundo, porque desde un lugar más sesudo, más conceptual, es muy difícil pensar hoy en una literatura original. El siglo xx nos metió en la cabeza la idea de la literatura como progreso hacia adelante y evolución experimental; es muy complicado pensar algo que esté más

allá, por ejemplo, de César Aira, un autor que a mí me encanta, que es genial, pero que también cierra todas las posibilidades de evolución. Es como un camino sin salida. Es como el final de la literatura.

¿Su fascinación con la literatura de género tiene que ver con la idea de escritor? Yo imagino que usted era un lector con una idea teórica de lo que es un escritor, pero no muy concreta.

No conocí a un escritor hasta que fui bastante grande.

Usualmente cuando uno revisa determinadas ideas de lo que es un autor, de lo que es un escritor en América Latina, surge una figura masculina paterna muy implicada en ciertas opciones políticas y en un accionar directo sobre la realidad cotidiana de un país, un decir ciertas cosas importantes para ese país.

El intelectual público, que ya no existe.

Pero es una idea que sigue ahí. Para mi generación, o tal vez para la generación anterior, esa figura dejó de ser una figura interesante, se convirtió en una figura casi inalcanzable. En Argentina los intelectuales, los escritores, ya no tienen tanto poder, sus opiniones no tienen tanto valor.

Esa sensación de que hay posibilidades de correrse de ese lugar, de que hay otras literaturas tal vez más de lo menor o de lo minoritario, surge de una serie de desencantos generacionales; de haber sido un niño durante el alfonsinismo, adolescente en los años 90, de vivir la crisis del 2001; eso hace que la idea de lo político haya quedado un poco marginada. Pero en estos últimos años la escena literaria se volvió a politizar y volvió a aparecer un discurso, lo político volvió a ser tema de discusión interesante.

Mientras tanto, el modernismo nos dio una serie de poéticas ya armadas, poéticas que no tienen nada que ver con la interacción pública sino que están abocadas a otra cosa, a literaturas más marginales.

Cortázar fue su primer encuentro con algo literario sorprendente, extraño. ¿Los cuentos? ¿*Rayuela*? ¿Qué?

Los cuentos, sobre todo los cuentos primeros: empecé a leer fascinado un ejemplar de *Bestiario*. En mi casa no había un ejemplar de *Rayuela*, entonces la leí casi al final; pero después de *Bestiario* estaba “El perseguidor” y “El perseguidor” pasó a ser un cuento fascinante (más

incluso que “Casa tomada” y que los cuentos más clásicos); no entendía nada de lo que estaba pasando —debía tener 14 o 15 años— pero me llamaba mucho la atención la oscuridad, la idea del artista maldito y del arte como forma de vida, y de la vida ligada al arte y entregada como ofrenda a la muerte.

Y esas lecturas de Cortázar, de esos cuentos, eso lo llevó a decantarse en determinado momento por la escritura de cuentos... No le echaría la culpa a Cortázar. Debo decir que siempre fui mejor lector de cuento. A partir de cierto momento los cuentos comenzaron a interesarme un poco más.

¿Cuándo comenzó a ser un lector más literario?

Cuando comencé a ser un lector más literario o un lector más sofisticado, aunque suena mal decirlo, los cuentos comenzaron a interesarme más.

Cortázar y... ¿qué más?

Cortázar, y después de un par de paradas intermedias, aparecieron los cuentos de Antonio Di Benedetto, de Daniel Moyano, de Filloy. Hubo también una época gris, más de mezcla, cuando uno no entiende bien qué es realmente interesante y que no. Me acuerdo de leer Cortázar y al mismo tiempo leer “Misteriosa Buenos Aires” de Manuel Mujica Láinez y entender que Cortázar me gustaba más y que Mujica Láinez me interesaba menos. También Borges, el gran fantasma de la literatura Argentina, a quien durante mucho tiempo odié.

No había aparecido en esta conversación...

Cuando uno tiene 15 años y ha leído a Cortázar con fascinación, se supone que el salto natural es leer a Borges, pero al hacerlo se encuentra con la frustración constante. Yo leí y no entendía por qué supuestamente Borges era tan bueno. A mí, me aburría. Durante mucho tiempo fui ese adolescente que decía que “leer a Borges no estaba bueno”; después me di tiempo para leerlo y descubrirlo. Sólo me faltaba crecer un poco, incorporar lecturas para aprender a disfrutarlo.

Usted en ese momento ya estaba leyendo, dice, Moyano, lo cual me hace suponer que ya están por ahí en el horizonte Andruetto y sus

secuaces...

Andruetto y sus secuaces: un hermoso título. Unos años antes, unos años después: no recuerdo, me es difícil armar la cronología, pero por ahí aparece *Stefano* de Andruetto, o *Puertas adentro* de Lilia Lardone. También en esa época Andrés Rivera se había ido a vivir a Córdoba. Después entré a la universidad y entre uno y otro momento debió estar el boom latinoamericano. Cortázar se trajo a García Márquez, a Vargas Llosa, a toda la tropilla junta. No sé si era la edad ideal para leer *Cien años de soledad*; lo disfruté un montón, pero creo que me perdí la mitad de las cosas.

Si uno empieza la lectura del boom con Cortázar todo lo demás es muy difícil.

Sí, pero si uno pasa de Cortázar a Rulfo ahí ya hay una intensidad interesante, una intensidad que va en aumento. Rulfo es como estar en otro lugar.

Rulfo es otra cosa. En cambio los otros eran un paquete.

Sí, venían como en combo, todos juntos. Hay que tener en cuenta que en esa época para mí era muy difícil acceder a los libros. No había librerías y yo no tenía modo de moverme mucho hacia una ciudad para conseguirlo. Dependía de lo que podía conseguir en las bibliotecas de mi casa, de mi tía, de algunos amigos; en las bibliotecas del pueblo se encontraban las crestas del boom: se podía conseguir *La ciudad y los perros*, *Cien años en soledad*, pero cosas más elaboradas, no. A Donoso, por ejemplo, lo leí mucho después.

María Teresa Andruetto comenzó a ser conocida en Colombia como escritora de literatura infantil, aunque ha escrito de todo. ¿Ese era un tema en ese momento?

Cuando yo era chico, en los 80, estaba empezando cierta promoción de la lectura, pero los libros infantiles eran bastante poco interesantes comparados con los que pudo haber leído la generación siguiente. Pero cuando empecé a ser un lector un poco más sofisticado, a leer con intenciones más literarias, fue el momento en el que María Teresa, Lilia y todo ese grupo empezaron a publicar para adultos.

Así que a mí me impactó mucho más *Tama*, que es la primera novela de María Teresa, que sus libros para chicos. En su momento, leí *Stefano*, una novelita juvenil en la que María Teresa trabaja el tema de la inmigración — su historia familiar es muy parecida a mi historia familiar.

Quien lo haya leído a usted tarde o temprano llega a la conclusión de que en sus cuentos hay animales por todos lados, los más extraños y los más comunes.

Sí, hay muchos animales. No sé si tengo exactamente una respuesta para eso. En principio fue algo que fue sucediendo sin que yo me diera cuenta. Tengo una respuesta a posteriori, algo que surgió de preguntarme por qué esta fascinación por los animales o por las relaciones con los animales. Me da la sensación de que tiene que ver con el lenguaje. Creo que comunicarnos es muy complejo, y comunicarnos con palabras es más complicado todavía. Estudié comunicación audiovisual, pero trabajo con palabras escritas todo el tiempo; creo que el lenguaje es una de las herramientas más hermosas que tenemos, pero también una de las más limitadas. La comunicación entre dos seres humanos basada solo en palabras es realmente complicada.

Y se presta para malos entendidos...

Todo el tiempo hay malos entendidos. Confusiones que a veces son graves. Por ejemplo, cuando uno dice “te amo”, ¿qué se entiende por amar? Sobre el exacto significado de ese tipo de palabras surgen un montón de conflictos.

De alguna manera cuando uno se relaciona con animales aparece otro tipo de comunicación. Una comunicación que está más allá de las palabras; y aunque también se puede dar entre seres humanos, en el caso de los animales los problemas que nos traen las palabras quedan afuera y aparece algo que tiene que ver con lo lúdico, con lo emotivo, con las sensaciones.

¿Usted tiene animales domésticos?

No. Pero yo vivía en un pueblo y a dos cuadras de casa empezaba el campo, así que tuve un trato intenso con animales. Tuve muy pocas mascotas propias y en este momento no tengo. Tener un animal es mucha responsabilidad.

Hay un cuento tremendo sobre eso, ¿cómo se llama?

“El hombre de los gatos”. Sí, es una responsabilidad que todavía no me animo a tomar. Forma parte de mi fantasía y en algunos momentos tuve gatos que ahora están en la casa de mi mamá y mi papá, dejaron de ser mi gato porque yo no me podía hacer cargo de ellos dado que viajaba... Mi hermano tiene un perro que después se volvió el perro de la familia, y verlos a ellos era algo mágico. Ninguno de los dos hablaba pero el perro entendía todo lo que le pasaba a mi hermano y mi hermano entendía todo lo que le pasaba al perro, y eran como una simbiosis perfecta, de lealtad más allá de todo límite.

Hay algo en ese tipo de relaciones que me atrae, que me intriga, y tal vez ahí esté el germen que después aparece en los cuentos.

Hace poco me encontré con una historia hermosa: en mi pueblo un señor bastante grande había amaestrado una gallina para que viajara en el volante de su bicicleta; él iba en su bicicleta y la gallina iba agarrada al manubrio y era maravilloso, hasta que alguien le robó la gallina e hizo con ella un puchero. Me interesa ese límite entre la ternura y la supervivencia y la maldad extrema que surge en torno a los animales. Los animales generan eso, son muy indefensos.

Los animales de sus cuentos no son para nada compañeros o colegas en el camino; tienden a despertar lo peor de las personas. Funcionan también como espejo en el cual interpelar nuestra propia humanidad o civilidad. No sé. Es uno de esos temas que no sé realmente cómo solucionar; creo que por eso escribo tanto sobre animales.

Ha hecho residencias literarias en varios lugares: ¿es el viaje un detonante?

Viajar me parece vital para poner el cuerpo en movimiento, para exponerse a otro tipo de ideas, de situaciones, de conflictos. Y también me parece vital para poder volver y encontrar tu lugar al regreso y mirarlo desde un punto de vista nuevo y correrse de lo que ya dábamos por sabido. Creo que la idea de hacer arte, sea el arte que sea, implica estar descolocado, salido un poco de lugar. Y para eso es necesario viajar.

Lo que es imposible de hacer en Córdoba, según su descripción inicial.

El paisaje de la pampa desactiva el viaje porque uno puede viajar literalmente durante horas desde el sur de Córdoba hasta Buenos Aires y el paisaje casi no cambia. Es como si uno viajara esquivando cosas, como con una línea chata en la lejanía.

Hay un par de videos en su página web de un viaje así.

En alguna época hice videoarte y ese tema me parecía fascinante y lo trabajaba desde lo visual. Me imagino que ustedes en Bogotá tienen una experiencia de horizonte totalmente diferente.

Claro, tenemos montañas, que dan una falsa sensación de seguridad.

Uno asume que al otro lado de las montañas hay algo, y está la esperanza de pasar al otro lado, pero también está bueno eso de la protección que no transmite el horizonte chato.

Sus viajes y su actividad también obligan a la pregunta sobre el estudio de la escritura.

Hice una Maestría en Escrituras Creativas en español en Estados Unidos y, antes, cuando empezaba a escribir hice un taller con Lilia Lardone. En la actualidad coordino talleres de escritura creativa y me parece una actividad fascinante; los talleres en sí me parecen un lugar fascinante. También es cierto que creo que es casi imposible enseñar a escribir. Uno puede enseñar técnicas, uno puede aprender técnicas, uno puede aprender trucos. Todo lo que tiene que ver con la técnica se puede traspasar y explicar, pero también hay un núcleo duro que cada autor es responsable de generar y que no hay manera de enseñarlo.

Yo no creo en esa cosa mágica de nacer siendo artista. Creo que uno tiene que formarse como artista; que uno es responsable de tener una mirada original sobre el mundo, de leer con sentido crítico, de pensar de manera original, de estar atento a las ideas ideas; ese tipo de cosas no se enseñan.

Usted habla de tener una mirada original y de pensar de manera original y eso caracteriza su obra. ¿Usted cómo llegó allí?

No sabría decir exactamente cómo llegué. En algunos casos tiene que ver con la propia geografía, con tratar de entender nuestro lugar en el mundo. Tiene que ver con desconfiar un poco de todo, obligarse a pensarlo todo de nuevo, probar, ver, tener curiosidad especial u obligarse a tenerla —muchas veces hay que obligarse a hacer las cosas. Esta actitud de obligarse a tener curiosidad, a investigar algo que no se sabe aunque uno no tenga ganas, es importante. Además es sumamente divertida.

Uno tiene que encontrar su modo particular de ver las cosas. Un punto fundamental tiene que ver con identificar los lugares comunes, identificarlos y cuestionarlos; también aceptar que algunos lugares comunes son necesarios y son comunes porque realmente son así, y otros se fueron quedando en el tiempo y podemos pensarlos de otra manera. Yo creo que el artista tiene que estar en un lugar incómodo y tiene que obligarse a ello todo el tiempo.

Cuando uno encuentra la maquineta de hacer poemas de la que habla Gelman y empiezan a salir poemas (o cuentos) como chorizos, hay que romper la maquineta. Descubrir la maquineta es el primer indicador de que las cosas no están funcionando. Hay que estar alerta al momento en el que uno se comienza a repetir, en el que uno dice cosas que no piensa pero las dice porque todo el mundo las dice.

En ese mismo sentido me parece que hay un malentendido en torno a los talleres y es que la gente asiste pensando que es el lugar donde le van a enseñar. En realidad eso no es lo importante; lo importante en un taller es generar un espacio de discusión, un espacio donde cada uno pueda, así sea para ver cómo piensan los otros, decir: “Yo no pienso como ustedes, me tengo que diferenciar; todos escriben policiales, entonces yo voy a escribir distinto”.

De alguna manera el taller es una réplica en miniatura de lo que puede llegar a pasar en un campo literario más grande. Es el espacio donde uno puede encontrar su voz y defenderla; probar voces; darse cuenta, a través de las críticas de sus compañeros, de que algo no está bien, de que “este no soy yo”; aceptar que puede haber una diferencia entre lo que uno quisiera ser y

lo que puede hacer. El taller me parece el lugar ideal para debatir y construirse como autor, más allá de compartir lecturas, y pelearse, y discutir textos. No creo que sea un lugar de aprendizaje como lo es un aula.

La diferencia entre lo que uno puede hacer y lo que uno quisiera hacer...

Es terrible esa diferencia.

Es terrible no verla. Muchos escritores no tienen un deber ser y no ven el abismo.

Más allá de la figura pública que quisiera ser o de la figura que quisiera proyectar, está el momento de escribir en sí. Hay gente que tiene todo el cuento en la cabeza, tiene la estructura completa, los personajes, y saben antes de sentarse a escribir que es una genialidad. Pero cuando se sientan a escribir resulta que la distancia que hay entre la genialidad de lo que uno tiene en la cabeza y lo que queda en las brutas palabras que es capaz de garrapatear en el papel es abismal; ahí surge la frustración. He estado muchas veces en ese lugar y por eso creo que la mejor forma de evitarlo es comenzar a escribir sin saber lo que uno tiene en la cabeza.

¿Ha hecho el proceso contrario de pensar un cuento antes de escribirlo?

Lo hice y lo hago. A veces tienes una idea genial o una idea que te parece hermosa y te sientas a escribir y no funciona, o no es una idea para vos, o todavía no estás en el momento adecuado para escribirla.

Frente a eso, en mi caso siempre aparecen dos posibilidades: una es la paciencia —a lo mejor todavía no es el momento; escribir es bucear en aguas profundas, se están moviendo cosas que muchas veces uno no tiene ni idea de que están ahí adentro. Uno pensaba que era un bello cuento que iba a resolver en dos tardes y en ese bello cuento aparece el conflicto de tu vida y de pronto se enreda todo.

Pero por otro lado, cuando alguien tiene algo muy armado en la mente y después lo que queda en el papel es la distancia, aparece la posibilidad de escribir en ese momento lo que salga y entregarse a eso.

Vuelvo a la idea de que el lenguaje es limitado. A mí me encantaría explicar todo con la mayor precisión posible, pero “se me lengua la traba”,

me equivoco, digo lo que puedo como puedo; ya cada uno entenderá. El cuento es un poco eso, es estar abierto a las posibilidades que surjan durante la misma escritura.

El cuento y el poema: *Aeropuertos, aviones* (Ediciones ¿Qué vamos a hacer hasta las seis?, 2006), es una plaqueta de poemas. Y *Made in China...* ¿A qué leyes obedece el poema?

¡Ay! Para mí la poesía es un terreno minado y complicado. Me encanta leer poesía. Leo mucha poesía. Me parece que es muy importante. Admiro mucho a los poetas, que son capaces de exponerse con una precisión y una belleza por momentos intolerables. No me considero un buen poeta.

Pienso que en la narrativa hay que tratar de hacer el mayor esfuerzo posible por contarle algo al otro. Digamos que la narrativa está más al servicio del otro, busca que el otro entienda, que vea, que no se aburra. Lo quiero llevar hasta un lugar complicado, pero quiero que me entienda.

La poesía, en mi caso, sale de un lugar más mío, así que es probable que el lector no entienda nada de lo que va a pasar y no me importa. De alguna manera la poesía es más egoísta. En general no escribo mucha poesía, tiendo a no publicarla, tiende a quedar ahí, en un cajón. Sale en momentos más o menos complicados, entre baches, cuando la narrativa está trabada. Me parece que tiene más que ver con el yo que con el afuera.

En Nueva York hizo una Maestría en Escrituras Creativas y después fue Iowa. ¿Cómo nacieron las fotografías que tomó durante su residencia en Iowa?

En Iowa se trataba de ir a escribir y a vivir allí tres meses. Éramos escritores de todo el mundo viviendo en la misma ala de un edificio parecido a un hotel. Las habitaciones eran iguales con mínimos cambios en la decoración. Al principio no nos conocíamos, cada uno estaba encerrado en su habitación escribiendo en idiomas totalmente diferentes. La escritora eslovaca no podía leer lo que yo estaba escribiendo, yo no podía leer lo que ella estaba escribiendo. Había mucha gente comprometida con su escritura; a unos los veías porque escribían con la puerta abierta, o escribían en el bar. Después, poco a poco, empezamos a invitarnos a una u otra habitación a tomar el té o a tomar mate, o cerveza y al tener acceso a las habitaciones de

los otros escritores, me di cuenta de que cada uno se había apropiado de su espacio de una manera distinta, pegando fotografías, corriendo los muebles de lugar, agregando ciertos objetos a la decoración. Eso me pareció fascinante. Entonces les pedí permiso a todos para tomar fotos de sus habitaciones y subirlas como una forma de registro de nuestro paso, porque iba a llegar un día en que todos íbamos a volver a empacar y las habitaciones iban a volver a ser planas.

¿Se le ocurrió a usted en 2012 cuando fue a Iowa que la maldición de los talleres puede ser eso que tantos han señalado de una cierta uniformidad en la escritura?

Esa idea estaba en mí mucho antes de ir a Iowa. De hecho en Iowa no teníamos talleres y no podíamos leernos los unos a los otros; discutíamos lo que nos contábamos que íbamos haciendo, pero realmente no había forma de leer lo que estaba escribiendo el otro autor porque estaba en otro idioma.

Pero sí, la uniformidad es el riesgo de los talleres. Creo que quien coordina un taller debe ser sumamente responsable de propiciar que cada uno encuentre una voz propia. Hay dos grandes problemas. Por un lado hay mucha gente que va a taller porque quiere escribir exactamente como el coordinador de ese taller, quiere escribir igual a como escribe la “estrella literaria” que coordina el taller, quiere aprender la receta. Por otro lado, los coordinadores de taller tienen que ser responsables de que la gente no escriba como ellos escriben, de señalarlo, de ponerlo sobre la mesa. El taller tiene que ser un espacio para que cada quien encuentre su propia voz, y ese debe de ser un tema; si es necesario, hay que decir “mira el cuento que trajiste la semana pasada se parecía mucho a... y el cuento que traes ahora se parece más a...” El punto es cómo discutir esta cuestión, cómo averiguar qué tradición quiere uno seguir.

La actuación del coordinador del taller es importante en este sentido. Conozco gente que ha tenido que llevar al taller el mismo cuento cinco veces, porque hasta que el director no lo aprueba no puede llevar otro. Esto me parece terrible. La figura del coordinador como un evaluador de calidad, porque desde ese lugar, el coordinador evidentemente está pensando en un cuento modelo ideal. Sólo de ahí puede surgir la idea de aprobar un cuento,

de que hay cuentos que se pueden aprobar y otros que no, de que hay un cuento modelo que se tiene que seguir.

Yo creo que en el cuento no debe haber modelos a priori. El cuento tiene que ser una cosa que surja y se constituya a sí mismo y que cumpla con ciertas reglas, de manera que cuando nosotros lo leamos digamos “esto es un cuento”; pero que sea un cuento que no se parece a ningún otro cuento.

Ahora habla el tallerista, pero yo me pregunto si cuando usted comenzó a escribir cuentos, tenía un cuento modelo en la cabeza. Sí, uno siempre tiene un cuento modelo en la cabeza, y es con los fantasmas propios con los cuales debe pelear. Una cosa es que uno quiera hacer algo, que uno tenga un modelo, y otra es un modelo impuesto.

En mis primeros cuentos, se ve claramente que el modelo era un modelo era cortazariano. Cortázar y Rulfo aparecen ahí, Moyano; para mí, en ese momento, así tenía que ser un cuento.

Cuando uno está empezando trata de cumplir con una serie de reglas; es como aprender a bailar: me sé unos pasos de los que no quiero salir porque si lo hago la gente va a comenzar a mirarme y a decirme que estoy dando vergüenza. O no voy a tener éxito. Pero pensar en términos de éxito es complicado. Es importante que te guste lo que hiciste. El problema es cómo saber si a los lectores les va a gustar. Eso no está en tu poder.

La paradoja es que cuando empezamos a escribir tratamos de cumplir reglas para ser aceptados como escritores y lo más importante para ser aceptados como escritor es ser original, tener una voz propia... y no seguir reglas.

La tensión, entonces, se establece entre la tradición a la que uno quiere pertenecer y la necesidad de romper esa tradición.

En la introducción a la nueva edición de *La hora de los monos* Jiménez Morato arma una bronca feroz contra Carver. ¿Carver fue un tema para usted?

Carver fue una influencia importante para toda mi generación. Muchos trataron de pelearse con Carver, desmarcarse de él, pero los lectores seguían reconociéndolos como carverianos. A mí me parece un autor fundamental para entender una serie de características del cuento moderno, pero hace

cosas que ya había hecho Hemingway o que ya había hecho Chéjov. El problema de Carver es que es muy fácil de imitar, es de esos autores que se te pegan. Carver y Borges.

Quienes optan por escribir como Carver no saben todo lo que él está dejando atrás, no saben que la apuesta de Carver (o de Gordon Lish) es sacar lo máximo posible y que los huecos evoquen el conflicto que está contenido en esas páginas pero que no se llega a contar. Su técnica es contundente pero su estilo es fácil de copiar.

Pasa mucho a los escritores jóvenes, que copian la pose — *soy muy interesante*— pero no tienen nada que decir.

Es un tema muy interesante este de los “jóvenes viejos”. Cuando era chico leía libros de dibujitos y quería dejar de leerlos porque quería ser grande. Cuando uno comienza a escribir quiere hacerlo como los adultos, sobre grandes temas, con una estructura y una prosa clásicas: cosas que se aprenden con mucho tiempo, con mucha vida y mucha lectura. Pero el único valor que uno tiene cuando es joven, es ser joven. Nadie te pide que hayas leído la biblioteca entera y que manejes todos los temas de Borges, porque a los 18 años serías un *nerd*, no tendrías vida. Hay que escribir sobre lo que conoces, tal vez con muchísimas imperfecciones, pero en la idea de juventud está la imperfección. Es muy normal encontrarse con estos “jóvenes viejos” que se disfrazan de adultos, se ponen una coraza, y quieren escribir *El túnel*. ¡Escribí sobre ser joven, desde una forma y un contenido joven! Para ser Sábado ya va a haber tiempo.

Volviendo a Carver, algo que tiene su obra es un abandono de la ironía.

Hay que ser irónico por dos años como mínimo (risas). Cuando uno es irónico se está defendiendo: hago humor y río porque no puedo mostrarme desnudo. Es lo que Carver hace: acepta que no se puede reír, le duele, le genera conflicto, y la suya es una actitud desarmada, de exposición frente al lector. Para reírse irónicamente es necesaria una segunda lectura con cierta distancia...

¿Cómo le ha ido con los editores? Usted empezó a editar con un compañero suyo....

Sí, Luciano Lamberti fue mi primer editor. Éramos amigos muy cercanos, él fue una de las personas con las que empecé a escribir. En un momento dado él armó esta pequeña editorial con otros dos amigos y desde ese lugar extraño se convirtió en mi editor.

Me parece vital tener amigos, buenos lectores a los cuales pasarles el manuscrito y que te digan “esto no, esto sí”.

¿Esos lectores siguen siendo sus amigos de adolescencia? ¿Han ido rotando, ha ido creciendo el círculo?

Cuando uno encuentra un lector capaz de decirle “no”, tiene que cuidarlo un montón. Luciano sigue leyendo mis cosas. Lilia Lardone, que fue mi primera coordinadora de taller, lee casi todo lo que yo escribo. Me parece importante no pasarle las cosas a tanta gente, porque habrá demasiadas opiniones diferentes.

¿Qué tan importante fue haber sido seleccionado para la revista Granta en 2010?

Fue muy importante. Yo había publicado dos libros de cuento en el 2004 y no había vuelto a publicar nada más. Era un desconocido. Me dio la posibilidad de encontrar otros lectores, otros interlocutores, también de conocer a muchos escritores que no conocía.

Como todas las cosas buenas tuvo su lado más complicado. Acababa de terminar un libro y no tenía nada más escrito. Me puso ante la obligación de responder con algo más pronto, me expuso a una serie de situaciones que hasta entonces yo desconocía, que tal vez no supe manejar del todo bien. Me pusieron en el escenario y no lo disfruté mucho.

Después de Granta apareció la antología que usted hizo para Traviesa. ¿Cómo fue ese proyecto?

Gracias a Granta conocí a Rodrigo Hasbún y me invitaron a coordinar esta antología. A mí me interesaba la idea del género, de los cruces, de las hibridaciones. Y me parecía genial el componente de lo latinoamericano deslocalizado que tiene Traviesa. Me parece que América Latina es un lugar estratégico para el tema: consumimos géneros que vienen de Estados Unidos o de Europa y acá surgen los modelos propios. La apropiación de modelos, la mixtura (desde el arte colonial y el arte aborígen) está presente

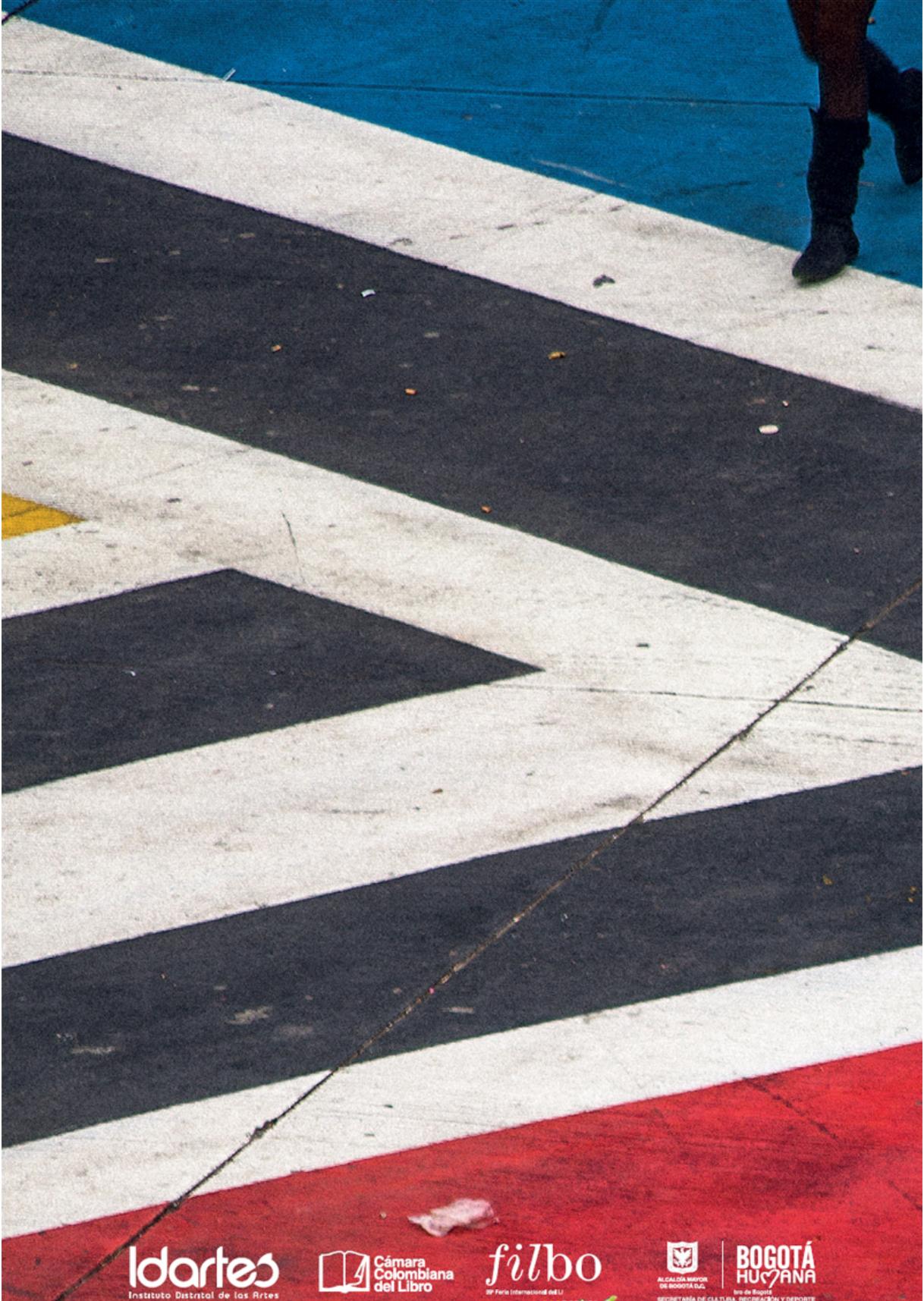
en toda la historia de los latinoamericanos en el arte, la música, la literatura. Y en todas las ciudades latinoamericanas está “lo trucho”, lo “chiviado”, que es un concepto muy interesante para pensar la literatura desde ahí: ¿por qué no escribir melodramas “truchos” desde América Latina? ¿Por qué no escribir aventuras truchas desde acá?



1 Jaime Andrés Monsalve y Margarita Valencia entrevistaron a Federico Falco durante su viaje a Bogotá para participar en el programa Bogotá Contada. La entrevista formó parte del programa Los libros, que se transmite por Radio Nacional de Colombia los domingos a las 8 am. La versión que aquí se imprime fue transcrita por Alexander Caro y editada por Margarita Valencia.

El mismo impulso con que se reivindicó el paso de las bibliotecas públicas a la gestión del sector cultura, alentó la expansión de los talleres de escritura creativa que de tres talleres especializados, pasaron a ser una red presente en todas las localidades de Bogotá.

Varios autores y críticos nos han apoyado en definir ese enfoque cultural que diferenciamos del enfoque educativo tradicional en lo que se refiere a la palabra, la lectura y la escritura en la ciudad. Asumimos la literatura como un mundo -de-lo-posible y no como un museo, asumimos la experiencia literaria con la palabra (oral, leída o escrita, en tabletas...) no como un asunto de expertos y de ilustrados, sino como una facultad de todos. El poeta no es quien habla por los otros y le da voz a los que supuestamente no tienen voz. El poeta no es el que anuncia una Verdad, por muy plural que ésta sea. El proceso literario que reivindican los talleres de escritura creativa se debe a unas literaturas en movimiento donde lector y escritor se confunden, son cómplices. En otras palabras, pensar la literatura en movimiento supone hacer posible una literatura más viva que no se conforme con transmitir conocimientos más “cultos” a otros (menos “cultos”), sino que irrumpa en nuestras vidas, en la cotidianeidad, como una búsqueda (en lo) sensible donde todos tomamos la palabra y hacemos parte de una potencia de reconfiguración permanente de lo real que le apuesta a develar lo sensible, a que hagamos uso de la facultades en juego en la creación. Todo ello no sin riesgo, el riesgo de ser otro y suspender la incredulidad, como lo expresaron los poetas. Son estos los espacios para explorar nuestras formas de vida-en-comunidad. De estas hebras está hecho este libro. Una escritura que es una dimensión esencial a la hora de construir una sociedad posible en la diversidad y en la pluralidad, madura para el disenso y el conflicto no violentos.



ldartes
Instituto Distrital de las Artes

 **Cámara
Colombiana
del Libro**

filbo
IF Feria Internacional del Libro



**BOGOTÁ
HUMANANA**
MAYORÍA DE CONCEJALES
SECRETARÍA DE CULTURA, RECREACIÓN Y DEPORTE

